

Las sucesoras

De cicutas y rosas

Las sucesoras

De cicutas y rosas

SUSANA BEATRIZ MASCI



Masci, Susana Beatriz

Las sucesoras : de cicutas y rosas / Susana Beatriz Masci. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Sofía Ediciones, 2019. 178 p. ; 21 x 14 cm.

ISBN 978-987-4030-62-7

1. Novela. 2. Narrativa Argentina Contemporánea. I. Título.
CDD A863

Edición de la autora

Gestión editorial: María Elena Sofía

SOFÍA Ediciones. Italia 362 "A" (6740)

Chacabuco, provincia de Buenos Aires.

Tel. móvil 011 15 4073 6429

mariahsofia@yahoo.com.ar

Contacto: susanamasci@gmail.com

Queda hecho el depósito que marca la ley 11723

Libro de edición argentina

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna, ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita del titular del *copyright*.

A mi amada y dulce Amparo.

A mis lectores.

A modo de *Prólogo*

Susana Masci ha escrito esta novela de una manera intrépida. Eligió contar desde una visión directa de la historia y también desde monólogos interiores de los personajes, cartas y memorias. Ha logrado que los mundos personales y el universo de la novela convivan en constante armonía hasta el final.

La clave de este texto literario reside en ir develando la verdad en la experiencia de vida de cada personaje, por aquello de que “cada uno cuenta su propia versión de la historia”. En este caso los personajes son honestos al manifestarse. Sufren, sienten y padecen los avatares como hijos de inmigrantes en la América nueva, generosa y también salvaje. América indómita que les pide toda clase de sacrificios para entregar a cambio sus bondades, sus frutos; donde ya establecidos el poder y las castas, los desamparados no hallaban otro camino que la obediencia y la entrega de la propia vida, muchas veces hasta la inmolación.

Las sucesoras, hijas y víctimas del sometimiento y la violencia, son las que hilvanan el hilo narrativo que sostiene la historia y fijan la dinámica de la acción. Laboriosas y oprimidas, injustamente condenadas, sin embargo aman y mantienen la esperanza de un mañana reparador, luminoso. Y por amar el amor las rescata, las salva.

Esta obra tiene un sentido más allá de los hechos que narra. Cándida, María del Pilar y Ana fueron mujeres invisibles, fueron objetos pasivos de uso -de hombres y de mujeres empoderadas-, fueron hijas y madres de grito silencioso, de rezo ferviente. Ellas, aunque personajes ficticios, resultan ser espejos de la mujer que hasta el día de hoy reclama justicia, igualdad y respeto.

Concluirá el lector al valorar este libro que, para tener el derecho a ser diferentes, desarrollar la tolerancia, y definir lo que queremos y podemos ser, rememorar las historias de nuestros antepasados inmigrantes se transforma en una práctica absolutamente necesaria.

CAPÍTULO I

Tras los muros

Observaba a la hermosísima Ana, embelesado. Ella mordía una roja manzana recién tomada del monte frutal. El color de sus labios se avivaba al contacto de la deliciosa fruta y él debió contener su impulso por besarla. Se le acercó sonriendo y abrió sus brazos bronceados y bien tonificados para envolverla junto a su pecho.

—¡Mía bambina! —exclamó en un balanceo impetuoso y arrollador.

—¡Quítate, Franchesco Vincenzo! —respondió la jovencita, divertida.

Habían crecido jugando juntos desde los seis años de él y los cuatro de ella. Las propiedades donde vivían eran lindantes. La blanca piel de Ana contrastaba con sus cabellos castaños oscuros y sus ojos negros.

Franchesco Vincenzo era el calco de su padre Franchesco. Rubio y de ojos azules, la piel siempre dorada por el sol y con cierta actitud varonil, entusiasta y provocativa.

En todos los juegos ella creía que ganaba. Él le permitía una fase de indulgencia y luego la vencía. Carreras, escondidas, saltos, pruebas. Todas las veces había sido así durante años y en todas las oportunidades ella había terminado chillando furiosa mientras él se reía. Últimamente las cosas estaban cambiando. Ya no eran niños y ella no se dejaba ganar.

Cuando Franchesco Vincenzo contaba con 20 años de edad se dijo que ella sería su mujer. La pensaba y la recreaba en su

mente cada día y cada noche. Sin embargo cuando todo parecía posible y la vida se mostraba gentil, sus sueños se desmoronaron abruptamente.

—¡Déjame probar esa manzana! —dijo al tiempo que le arrebató la roja y codiciada fruta. La mordió arrancando casi la mitad de la pulpa y ella en un instante se la volvió a quitar.

—¡Camine derecho para la casa! ¡Desvergonzada! —tronó la voz de don Joaquín Solar del Campo mientras señalaba en dirección de la humilde casita sobre la loma, donde habitaba Ana con su madre, encargada de la servidumbre, en la fastuosa casona de la estancia nombrada “La Perla de los Solar”.

Avergonzada y con el rostro teñido de rubor Ana corrió.

Franchesco Vincenzo quedó con una mueca de perplejidad largo rato. Regresó a su casa apesadumbrado.

Ana se refugió en los brazos protectores de su madre, una delicada mujer de contextura pequeña, que a pesar de ser muy joven aún, ya peinaba canas plateadas en sus largos cabellos, los que siempre llevaba atados con una cinta de color negro. Guardaba una tristeza infinita en la mirada y cierto mutismo que solo Ana conseguía quebrar. Su voz parecía emerger como un arrullo, para contentar o contener a su hija únicamente. Por lo demás apenas se la escuchaba hablar con muy pocas personas.

—Ay madre mía, no sabes lo avergonzada que me siento —dijo sumida en quebranto, con sollozos que no lograba contener.

—Tranquila Ana, tranquila hija mía, calma pequeña —repetía con voz dulcísima la madre, mientras acariciaba los cabellos de Ana y le secaba las lágrimas con sus propias manos.

—No estábamos haciendo nada deleznable o malo, madre. Don Solar del Campo nos odia, no le hemos hecho mal alguno, sólo haber servido a su familia hasta la humillación y ni siquiera así nos deja en paz. Franchesco Vincenzo es mi amigo.

¿Por qué tanto enañamiento contra nosotras madre? Dime.

—No es odio, hija —negó Cándida componiendo una mirada atormentada y profunda.

—Vámonos de aquí por favor, no quiero volver a ver a don Solar del Campo, es un hombre oscuro y cruel —balbuceó.

La mirada de la madre se congeló al notar que don Solar del Campo acaba de escuchar a su hija. Petrificada y presa de espanto vio la feroz bofetada que el hombre le propinó a la niña.

Los llantos y súplicas de ambas mujeres no fueron suficientes para calmar la furia del patrón.

—¡Prepare ya mismo un bolso de ropas si quiere! ¡Y si no quiere poco me importa! ¡Cumpliré mi promesa de encerrarla en un convento! ¡Le advertí que educara bien a esta mal parida! ¡Le dije que si seguía consintiendo sus caprichos las cosas terminarían mal! ¡Se lo advertí! —tronaba y repetía mientras se golpeaba el pecho.

La escena era desgarradora. Cándida que siempre se mostraba sumisa y frágil, ahora se rebelaba con toda la fuerza de su ser contra la voluntad del hombre.

—¡Tendrá que matarme antes de llevarse a mi hija! —bramó furiosa como una leona, al tiempo que don Solar del Campo le asestó un empujón certero, derribándola contra el piso de ladrillos donde Cándida fue a caer golpeando su cabeza.

La madre quedó manando sangre en el suelo y Ana fue conducida por la fuerza hasta el coche. El polvo del camino se le pegaba en la cara mojada por el llanto y en las manos bañadas por la transpiración y el lloro.

El arroyo acompañando el camino, serpenteaba su destino sobre un lecho de piedras calladas, a las cuales, las aguas no dejaban de cantar su remota y milenaria antífona.

El trayecto fue para Ana lo mismo que un oscuro e interminable viaje hacia los abismos de la tierra, sin

certidumbres y plagado de temores, por cuanto las amenazas de don Solar del Campo nada bueno podían prometer.

Confinamiento, enclaustramiento... eran palabras que siempre le habían sonado como espantosas y lejanas posibilidades, y de pronto la pesadilla comenzaba a cobrar vida.

Al cabo de un viaje de casi dos horas el coche se detuvo frente al Convento de Nuestra Señora del Huerto. Arrasada por la desesperación Ana intentó huir pero don Solar del Campo la detuvo con una fuerza fiera y sin soltar su brazo, hizo sonar las campanas de llamadas.

—Báñenla y enciérrenla en las celdas de castigo —sentenció la Superiora. ¡Allí aprenderá educación esta mocosa! ¡Personalmente me ocuparé de enderezarla! ¡No le lleven más que agua! En unos días la damita estará más tranquila que una gacela —aseveró.

Sin ninguna oportunidad de escape, Ana fue encerrada en una habitación de unos dos metros por cada lado, completamente a oscuras, con un pequeño tragaluz enrejado en uno de sus lados y casi a la altura del techo, a unos cinco metros. El piso era de piedra y no contaba con ningún tipo de mobiliario ni mantas. Sólo una bacinilla enlozada en un rincón rompía con la total vaciedad reinante en el lugar.

Las Hermanas que cumplieron la orden debieron multiplicarse por cinco porque Ana se defendía con patadas y arañazos intentando liberarse de ellas.

A su vuelta don Solar del Campo encontró a Cándida apenas repuesta del golpe, lavando la herida de su cabeza, bajo la bomba elevadora manual de agua.

—Ni una palabra de esto a nadie, ¿entendió?

Cándida no respondió. El hombre se alejó y como si nada, se adentró en la lujosa casona.

Al día siguiente la pobre mujer se disponía a comenzar con la rutina de los desayunos. Eran las 5 de la mañana y no había

logrado dormir ni un solo instante de aquella maldita noche, la primera larga noche sin Ana en la humilde morada.

Se alistó, se vistió con el uniforme negro y el delantal blanco, peinó su larga cabellera, ató la cola del pelo, se colocó la cofia blanca y salió aterida de frío, con el alma rota.

Mientras servía los desayunos cruzó una mirada fugaz con María del Pilar, la hija de don Solar del Campo.

Oyó los comentarios de la esposa del patrón, quien pensaba asistir a una función de gala en la Capital, donde se estaría presentando la obra titulada “Jettatore” de Gregorio de Laferrère, que sería estrenada el 30 de mayo de 1904 por la Compañía Podestá.

A Cándida le resultaba completamente ajeno ese mundo de joyas y vestidos lujosos entre los que se movía la señora. Ni siquiera le despertaban un mínimo interés. Las conversaciones de las damas de la casa le llegaban lejanas y frívolas. Tenía muy claras las cuestiones de status social y las marcadas diferencias de clases. No se permitía ningún cuestionamiento. Las cosas eran así desde que ella había nacido. Su propia madre estaba al servicio de otra familia acaudalada de la región y a la temprana edad de quince años, ella había sido confiada al servicio doméstico en la casona de don Joaquín Solar del Campo, siendo destinataria de la mísera paga por sus trabajos su madre, según las costumbres de la época, hasta que ella cumplió los 21 años de edad. Luego la pobrísima paga comenzó a caer en sus bolsillos con demoras, de manera bimestral o trimestral. Incluso tenía que soportar que al momento de recibir aquellos magros dineros ganados honradamente, el patrón se diera el lujo de vociferar que con el techo y la comida que se llevaba a la boca podría considerarse más que afortunada.

Cándida acababa de cumplir los 33 años de edad. No olvidaba que en un tiempo había tenido sueños. Había sido amada y ella también había amado. Hasta que nació Ana.

El capataz de la estancia “Las Moras” ubicada en la zona rural del partido de Chacabuco, Basilio Díaz, visitaba frecuentemente la propiedad y allí se habían conocido.

Habían comenzado a mantener una relación de profundo respeto, con una visita mensual del hombre unos 19 años atrás. Hubo un compromiso sencillo entre ambos, la tarde que él le regaló un ramo de margaritas blancas y le prometió casamiento.

—En cuantito pueda ahorrar unos pesos pa’ poder pagar un techo y comprar los muebles nos casaremos Cándida. Tenga paciencia que yo la sacaré de la servidumbre pa’ tenerla como una reina, como usted se lo merece —había dicho el muchacho.

Ella había correspondido a sus nobles sentimientos y soñaba con las claras promesas de Basilio.

La voz de la señora la trajo a la realidad.

—Sírname otra taza de té y trate de no pasarse con el azúcar. No sé qué estará pensando Cándida, pero esta mañana está más distraída que de costumbre. ¡El té que me ha servido no lo tomarían ni los perros, dulce y frío! ¡Ponga un poco de voluntad, caramba! Y tú querido, recuerda que debemos viajar con tiempo para visitar las grandes tiendas Guerrero, de la calle Florida, las que traen los mejores diseños de Europa. Quiero comprar un vestido y un par de zapatos italianos de buen andar para ser la reina en la presentación de gala. Sabes que estarán presentes el presidente Julio Argentino Roca y los gobernadores de algunas provincias.

—Como tú quieras, Mercedes. Sabes que nunca te he negado ningún capricho. Pero no sé si habrán entrado al puerto las embarcaciones con mercaderías, así como están las cosas...

Transcurrido un mes:

Don Joaquín Solar del Campo y su esposa Mercedes bajaban del coche conducido por su chofer frente a los salones

del Teatro de la Compañía Podestá, que lucía atiborrado de luces doradas.

En la presentación se apreciaba que la concurrencia era de la más distinguida y alta sociedad porteña, los vestidos que las damas lucían presentaban colores oscuros, con detalles de brillos y encajes, sombreros con plumas, carteras y zapatos de cuero, guantes de puntilla hasta los codos y cabellos rizados con tijeras calientes.

Los vestidos con escotes en V y faldas levemente más cortas que en las décadas anteriores permitían apreciar los calzados. Hasta entonces era mal visto que las piernas femeninas quedaran al descubierto por ser consideradas motivo de lujuria para los hombres. El estilo sastre marcaba las formas femeninas, imponiéndose la moda influenciada por el gran Ballet Ruso, que recorría los más encumbrados escenarios del mundo a escalas internacionales.

Los maquillajes buscaban aclarar la piel -dado que los bronceados se relacionaban con el trabajo de la servidumbre, muchas veces realizados al aire libre, bajo el sol-. Los polvos faciales en tonos claros acentuaban el rubí en los labios y se completaba con un toque de vaselina en los párpados, para dar brillo a los mismos.

Por esos años la sensual bailarina Isadora Duncan y la enigmática Mata Hari se convirtieron en íconos de belleza seguidos mundialmente.

—¡Pero con quién nos encontramos, Peter! —exclamó Magdalena Ruiz de Peterson dirigiéndose a su esposo a quien llamaba “Peter” y señalando al matrimonio que acababa de descender del Ford T.

—¡Querida Mercedes, qué bien te tratan los aires del campo, si estás como rejuvenecida, o son los secretos de alcoba que te tienen tan espléndida! —inquirió guiñando un ojo y codeando a Peter.

—¡Magdalena! ¡Lo mismo digo, mírate estás hecha una reina, se ve que la maternidad también te ha sentado muy bien! ¿Cuántos niños has traído al mundo? ¡Ya perdí la cuenta!

—Van siete niños querida y el próximo ya está en camino —respondió acariciando su vientre.

—Lo llevas muy bien escondido, no se nota tu gravedad. Imagino que el trajinar de la crianza te tiene a maltraer y por eso te ves algo pálida...

—De ninguna manera, tengo un ejército de nanas que atienden a mis hijos, para mí la vida es placer Mercedes, no he nacido para criar niños, la servidumbre está para eso. Y las institutrices se ocupan de sus letras, pero apurémonos a entrar, tengo el mejor palco, cerca de la platea presidencial, claro...

Tras ocupar sus asientos y en medio de un ambiente de alta alcurnia, a estancia llena, el salón quedó sumido en la más absoluta oscuridad y se descorrió el telón:

Carlos y su prima Lucía mantenían un diálogo, en el que a todas luces urdían ideas para deshacerse de don Lucas – pretendiente de Lucía.

En una elegante sala se apreciaba una mesa lustrada al centro, con algunas revistas y diarios encima. Una chimenea con leños ardientes y un piano de cola, enmarcaban el foro izquierdo y un sofá con tapices estampados, en tonos con prevalencias de amarillos y rojos, enseñoreaba el foro derecho. Del techo pendía una importante araña de lámparas diamantinas.

A poco de haber ingresado don Lucas, Lucía fingió mareos y dijo sentir una quemazón en las manos, -han pactado con Carlos hacer pasar por Jetta o Jettatore a don Lucas-.

Durante tres actos se irán hilvanando los acontecimientos. Llamarán a don Enrique, falso médico que en complicidad con Carlos y Lucía, asegurará que la joven ha enfermado gravemente de repentina.

Cuando don Lucas pidió la mano de Lucía a su padre -don Juan- la joven manifestó sentir “fuego en las manos”, pero don Juan fue lo suficientemente escéptico como para no tomar en consideración las palabras de su hija.

Carlos comenzó a vencer la confianza de su tía, doña Camila, para hacerle creer que todo lo malo que sucedía era producto del “Jettatore”.

El público estalló en carcajadas repetidas veces, sobre todo cuando el rumor de la mala suerte que encarnaba don Lucas, cobró fuerza entre la servidumbre.

Pepito, pretendiente de Elvira, hermana de Lucía, creía fervorosamente en ello y era presa de susto y desconfianza.

Benito, quien era el fiel sirviente de la familia, se asustó, lloró y hasta se desmayó ante la presencia de don Lucas, desatando el aliento rabioso del público.

Los estallidos en carcajadas y aplausos fueron en aumento, llegando a su pico más álgido cuando, después que don Juan descubrió que doña Camila escondía una pequeña herradura entre sus ropas, hizo su entrada Angela, la sirvienta, llevando una herradura colgada de la cintura.

En este punto, doña Camila ya no poseía dudas sobre la mala suerte que entrañaba don Lucas, dado que no cesaban de llegar malas noticias y como si ello fuera poco, fue el propio don Lucas quien en una de sus visitas, refirió que acaba de presenciar la caída desde las alturas de un andamio, de un albañil, quien por desgracia falleció inmediatamente ante sus ojos. Fue en este momento que la propia doña Camila sufrió un desmayo.

Lucía suplicó que no la obligasen a casarse con don Lucas, cuando llegaron noticias sobre un tremendo incendio que devoraba los campos de la familia.

Ante tan horrorosa evidencia, fue el propio don Juan quien terminó por echar a don Lucas de la propiedad y el

distinguido público aplaudió de pie, la lograda obra de Gregorio de Laferrère en su fecha estreno.

CAPÍTULO II

La misiva italiana

El correo llegaba a la propiedad de los Di Mastro Pietro. El sobre traía el sello de la Italia Unificada. En su interior unas pocas líneas dejaban conocer claramente los motivos de la misiva. El gobierno italiano había extendido el servicio militar obligatorio entre hombres nacidos en Italia, que iban de los 14 a los 30 años de edad. Franchesco Vincenzo se encontraba próximo a cumplir los treinta y estaba siendo reclutado por las fuerzas del país donde había nacido para servir a su patria.

—¿Cómo que tienes que irte? ¡Dime que no es cierto! ¡Por favor dime que no es cierto!

Ana se arrodilló alzando los brazos al cielo en la oscuridad de la noche profunda, luego se postró al suelo, al tiempo que Franchesco Vincenzo la obligaba a levantarse tomando su cuerpo casi desvanecido. La apretó fuertemente junto al suyo y así permanecieron largo rato.

Se despidieron con la desesperación incontrolable de Ana y la euforia de Franchesco Vincenzo prometiendo pronto regreso.

Transcurridos los días especificados, en la fecha de partida del pesado y lento vapor, sobre un muelle teñido de gris, se dejaban oír los gritos de júbilo y los cánticos entusiastas.

Pechos insuflados y una alta dosis de optimismo acompañaban a los que partían. Madres, esposas y novias que quedaban en tierra no alentaban con igual ahínco aquella algarabía. Ana ni siquiera estaba ahí. María Úrsula, la madre de Franchesco Vincenzo, tampoco. Sólo estaba el padre del

muchacho quien dio un espaldarazo a su hijo después de un fuerte abrazo.

La guerra ya estaba declarada en Europa, no obstante Italia no había ingresado en el grupo de los países enfrentados aún.

Fue el 23 de mayo de 1915, durante la más amarga de las primaveras europeas, cuando hasta los ríos dejaron de cantar y las manos dejaron de tejer blancas puntillas para ajuares, que el Reino de Italia declaraba la guerra al Imperio austro-húngaro, a Alemania, a Bulgaria y al Imperio Otomano.

Una vez más el destino se había encargado de separarlos. Ana y Franchesco Vincenzo estaban ahora distanciados por un océano infinito y pisaban distintos continentes. Tan alejados como la luna del sol. Tanto como una ostra marina de una luciérnaga de luces.

Al tocar suelo europeo el muchacho sintió el llamado de la tierra, un sentimiento inexplicable de pertenencia con ese lugar se hizo vívido en él. Le pareció reconocer algún olor indescriptible y mágico, que lo envolvió por un breve instante y se disipó como una neblina atravesada por un rayo de fuego.

Las voces de los reclutados lo ensordecían y apenas si lograba hilvanar sus propios pensamientos. Un oficial comenzó a dar órdenes y los fueron llamando por sus nombres al tiempo que pasaban a formar filas y grupos, bajo el mando de distintos hombres de rango militar. Los mismos recibían órdenes directas del comandante Luigi Cadorna. Los italianos no contaban con objetivos claros ni tácticas precisas. La guerra no era su mejor arte, por eso anteriormente habían estado perdiendo territorios en lugares donde la lengua o los dialectos que se hablaban eran los propios. No obstante al implicarse en el conflicto bélico lo hicieron creyendo que en poco tiempo se podrían recuperar esos territorios sin tener que contar bajas de consideración entre sus filas. La realidad sería muy diferente y sólo Italia contaría seiscientos mil hombres

mueritos y un millón de heridos, sin contar los civiles que también perderían sus vidas.

Cuando Franchesco Vincenzo escuchó su propio nombre en medio de aquel caos se dirigió al punto de llamada y obedeciendo las indicaciones del oficial a cargo del grupo donde fue destinado, entregó sus pertenencias y se vistió como un soldado italiano. El grupo era muy numeroso y la comunicación se volvía compleja porque aquellos hombres hablaban distintos dialectos. Fueron conducidos a las tiendas de campaña, que eran poco más que toldos de enormes dimensiones detrás de un campo de frondosa arboleda, estratégicamente elegido por los militares para permanecer ocultos de los bandos enemigos.

Los Alpes del otro lado parecían asegurar una barrera de protección de un ataque poco probable, por lo escarpado y elevado que eran aquellos cordones cubiertos de nieves eternas. El rigor del tiempo se hacía sentir y las ropas que llevaban eran escasas para paliar las bajas temperaturas. Les sirvieron algo caliente y sentados en el suelo frío, cubierto de pajas para atemperar aquella gélida naturaleza, recibieron las primeras y ligeras instrucciones de guerra.

Ana pasaba fugazmente por sus pensamientos. El sabor de una manzana en su boca se convertía en un recuerdo y un deseo incomparables. La gritería lo volvía a la realidad.

A poco de haber recibido indicaciones, los soldados pasaron a realizar ejercicios físicos de adiestramiento y comenzaron a recibir las armas para su manejo, consistentes en fusiles de tiro único y morteros. Pasadas unas pocas semanas el grupo se encontraba listo para ir al frente en su cometido. Perseguir las fuerzas austrohúngaras que en ese punto geográfico se encontraban diezmadas o al menos lo suficientemente dispersas y numéricamente disminuidas por la pérdida de hombres en luchas sostenidas durante el primer año de la guerra, mientras que Italia se encontraba con sus

fuerzas intactas y sin bajas. Los ejércitos se movían constantemente, desplazándose por todas las regiones de Europa.

—Di Mastro Pietro, preséntese en la sala de enfermería para lo que se le mande —escuchó decir de la voz de un superior.

Era la primera hora del amanecer, en un día que se presentaba con vientos y lluvias impiadosas, apenas terminó de beber su té caliente. Aprovechaba el tazón para calentar sus manos heladas. La piel reseca y partida por el clima le ardía en el rostro.

—A las órdenes, señor —respondió Franchesco Vincenzo dirigiéndose donde se lo enviaba. Atravesó los terrenos cubriéndose de la nevisca con una capa oscura que le entregó el mismo oficial.

Al arribar a la enfermería le dijeron que en adelante sería el ayudante del doctor del cuartel, Gino Ramazzotti, con quien rápidamente se entendieron y establecieron una relación de camaradería. Mientras el grupo se desplazaba a orillas del río Isonzo con cautela e inteligencia, el hospital de campaña se mantenía a la retaguardia, manteniéndose en la parte más segura conforme sus despliegues.

Transcurridos los meses Franchesco Vincenzo aprendió a realizar las curaciones y suturas que el doctor le fue enseñando.

—Agradezca que lo han destinado a la enfermería —dijo el médico en voz baja, una tarde teñida de gris y frío, al terminar algunas curaciones.

—Me habría gustado ir al frente con los soldados más adiestrados —respondió.

—No es lo que parece mi amigo, la guerra no es buena para nadie... mire cuántos son los que van al frente cada día —prosiguió el galeno—. Y vea cuántos vuelven. —Y señalando a los enfermos agregó: —y vea cómo vuelven...

—Llevamos ventaja doctor, les venimos pisando los talones todo el tiempo, cuando nosotros perdemos diez hombres, ellos pierden cincuenta, cien. Tenemos la mejor posición y los tomamos por sorpresa cuando menos nos esperan.

—Eso es cierto, pero nunca está dicha la última palabra. Nunca se sabe. ¿Tiene esposa Franchesco Vincenzo? ¿Hijos?

—Ana —nombró Franchesco, perdiendo la mirada en la distancia.

—Procure volver con ella. Cuídese las espaldas. No corra riesgos. No pida ir al frente. Mire estos hombres. Amputados, inválidos. ¿Madre? ¿Su madre vive? Piense también en su madre...

Al escuchar hablar de su madre, María Úrsula, un sentimiento de nostalgia profundo le invadió y llenó el ser. “*Dios te proteja, hijo mío*”, había dicho ella sollozando al abrazarlo, antes de su partida de la casa de campo, donde había sido criado con tanto amor. Sintió humedecerse los ojos. El recuerdo de Ana y su madre, sacudieron sus emociones guardadas.

De pronto el silencio del lugar fue asaltado por toda clase de gritería y zozobra. Disparos de fusiles y cañones procedentes del exterior comenzaron a retumbar de continuo. Franchesco Vincenzo alcanzó a ver los ojos muy abiertos del doctor Ramazzotti cuando éste fue alcanzado por un disparo, y mientras la sangre manaba por las comisuras de su boca atinó a balbucear “*corra*”.

Sin obedecer las palabras dichas por el agonizante médico, Franchesco Vincenzo se arrodilló para tomar la cabeza del amigo tratando de sostener en ese gesto la vida que se escapaba rauda, de aquél que cada día había entregado lo mejor de sí, para salvar otras vidas. Cuando el último aliento del doctor se apagaba, Franchesco Vincenzo cerró sus ojos y depositó el cuerpo inerte intentando darle un póstumo

servicio. No alcanzó a sobreponerse del impacto, cuando sintió que su cuerpo era aferrado por manos de fuerzas brutales que lo obligaron a incorporarse y a los empujones, lo condujeron a punta de armas y brazos en alto.

—Prisionero —fue lo único que pudo comprender de aquella lengua completamente desconocida que vociferaba toda clase de sonidos que a Franchesco Vincenzo le sonaban guturales.

El panorama fuera de la enfermería era desastroso. Hombres caídos, heridos o muertos. Griteríos y lamentos, llantos y quejas. Las voces guturales ganaban el espacio. La lengua completamente desconocida era cada vez más audible. Las filas de los prisioneros eran pobres. Los que estaban de pie y enteros, eran pocos. Y estaban siendo rodeados por el enemigo.

—Nos llevan vivos para cambiar por sus propios prisioneros —aseguró uno de ellos.

En ese momento Franchesco Vincenzo sintió temor. Al día siguiente no soportaba el cansancio, el hambre y el frío. Habían caminado todo el día anterior y toda la noche. Los alemanes aliados con los austrohúngaros los condujeron a sus trincheras vehiculizados en sendos carros de combate y caballos, obligando a los prisioneros a recorrer distancias enormes de a pie, sin alimentos ni agua. Eso fue el principio del infierno que les esperaba.

Durante días permanecieron atados de pies y manos a la intemperie y se salvaron de morir por hipotermia porque en las fosas o trincheras nevadas donde los arrojaron, el viento pasaba por encima de sus cabezas, y el calor de los cuerpos apretujados brindaba una mínima coraza contra el frío glacial.

A medida que se desplazaban los ejércitos tomaban posesión de los terrenos atravesados con todo lo que en ellos había: casas, palacetes, iglesias y animales.

Convencidos que los prisioneros tenían información para aportar respecto de los movimientos que planeaba la infantería italiana, los alemanes los fueron interrogando de a uno en salas improvisadas de castigo y tortura, dentro de una construcción de innumerables habitaciones. Buscaban hallar coincidencias o contradicciones en los relatos de aquellos desdichados.

Franchesco Vincenzo se encontraba en completa desventaja porque sus días en la enfermería no le permitieron conocer información táctica, que en cambio sí poseían sus pares. Estos sabían que se pretendía recuperar la ciudad de Goricia a través del río Isonzo.

El interrogatorio estaba a cargo de un superior temible y el traductor del bando enemigo no hizo ningún esfuerzo para explicar que Franchesco Vincenzo en la enfermería no tuvo acceso a la data planificada por la artillería ni la infantería italiana.

La figura de Ana, su voz y su perfume, le llegaban en danzas y sueños.

—*Quédate un rato más conmigo, no te vayas esta noche, mía bambina...*

—*Pronto amanecerá y don Solar del Campo será el primero en montar su caballo, no quiero que nos encuentre...*

—*Casémonos, Ana...*

En su agonía, el dolor era pronunciado de a ratos... evanescente en otros...

—*Me estoy muriendo...*

CAPÍTULO III

Encierros y abusos

—Báñenla y enciérrenla en los claustros de castigo —sentenció la Superiora. ¡Allí aprenderá educación esta mocosa! ¡Personalmente me ocuparé de enderezarla! ¡No le lleven más que agua! En unos días la damita estará más tranquila que una gacela —aseveró.

Gritó durante un buen rato hasta que la garganta comenzó a dolerle. Pateó la puerta incontadas veces. Caminó en círculos como una fiera cautiva. Siguió intentando gritar pero ya no podía emitir más que gemidos. Lloró doblada como un ovillo, de pie, sentada, acostada. Lloró día y noche.

Las horas comenzaron a transcurrir vacías. El sol penetraba el lugar con rayos oblicuos y débiles. Y fueron apagándose lentamente. Hasta que la oscuridad fue total y las voces que se habían escuchado lejanas también se acallaron.

Noche. Larga noche. Se oyó el ulular de un búho y un aleteo fugaz.

El amanecer del día siguiente la encontró sin haber dormido. Su cabeza parecía partirse de dolor. La garganta le sabía lacerada. Había sentido mucho frío y ahora temblaba enrollada en un rincón en posición fetal, sobre la piedra helada.

—*Franchesco Vincenzo... Madre... Vengan por mí... Rescátenme de este horrible lugar, Dios mío no me desampares... Franchesco Vincenzo, son tan amables tus palabras cuando me hablas, son tan cálidas tus miradas silenciosas, me diviertes cuando me regalas flores silvestres y*

te robas mis manzanas... eras tan bruto cuando jugábamos siendo niños. Ahora te muestras tan gentil... Sé que me respetas sinceramente. Sé que me quieres bien. No dejarás que nada malo me suceda. Ven pronto por favor. Ven por mí...

La pesada puerta de hierro se abrió y entró la Superiora acompañada por dos religiosas.

—Levántese —ordenó la sombría mujer.

Ana, sin fuerzas, parecía no escucharla. La Superiora avanzó un paso y ordenó nuevamente:

—Levántese —pero esta vez el tono imperativo y elevado de la religiosa hizo que Ana se sacudiera y se pusiera de pie, tratando de acomodar los pliegues de su falda y restregándose los ojos.

—Que sea la última vez que me desobedece, no haga que deba repetirle dos veces una misma orden porque le aseguro que lo pasará muy mal señorita, sígame —tras lo cual las mujeres se encaminaron por lóbregos pasillos.

Finalmente pasaron a una habitación de paredes blancas y muebles lustrados en tonos oscuros.

Una biblioteca ocupaba el ancho y el alto de una pared lateral. Sobre el escritorio se veía una carpeta de hilo blanco, finamente tejida y sobre la misma, algunos libros de anotaciones. Un tintero y una pluma ocupaban un extremo del mismo escritorio y un candelabro dorado del otro lado, iluminaba de manera tenue toda la *stanza*. La Superiora ocupó un sillón de tapiz floreado de estilo colonial y a los lados se sentaron las religiosas. Ana permaneció de pie.

—Desconozco las razones por las que don Joaquín Solar del Campo la ha traído a esta Congregación —comenzó diciendo la mujer—. Tampoco se lo preguntaré a usted. No me importa conocer los motivos, pero le diré que la suma de dinero que don Solar del Campo aporta a esta benemérita institución, han comprado mi silencio hasta la eternidad y mi compromiso de hacer de usted una señorita decente, que sepa

mostrar decoro, del modo que parece usted no sabe comportarse en absoluto —dijo componiendo una mirada de desprecio, con la cual recorrió de arriba abajo a la compungida Ana.

Al escuchar esas duras palabras Ana sintió una terrible opresión en su pecho al recordar el esmero y la dedicación que su madre había puesto en hacer de ella una persona educada. Vivió como una ofensa contra su propia madre los dichos de la desdeñosa mujer. Se mordió los labios, sin poder evitar un gemido de dolor.

—La he sacado de su confinamiento con la esperanza de comenzar cuanto antes con el encargo de don Solar del Campo. Sepa que aquí otras muchachitas han permanecido hasta siete días bajo llave, recibiendo tan solo una ración de agua y pan. Sepa también que con eso alcanza y sobra para no morir de hambre. Las condiciones de vida en el convento invitan al sacrificio del cuerpo y la elevación del espíritu. Acá nada es fácil. Tendrá que obedecer rigurosamente mis exigencias. Eso la librá de volver a los claustros de castigo. ¿Le queda claro?

Ana asintió meneando la cabeza, a lo cual la Superiora mostró su descontento:

—Caramba comenzamos mal, me obliga a repetir la pregunta, haga el favor de responder sí o no Hermana Superiora, pero no haga movimientos raros que aquí no somos animales sino personas. Son los animales los que remueven la cabeza y relinchan o mugen para comunicarse. Aquí usamos la palabra y si usted no sabe hablar tendrá que aprender a hacerlo muy pronto. Repito la pregunta. Tendrá que obedecer rigurosamente mis exigencias. Eso la librá de volver a los claustros de castigo. ¿Le queda claro?

—Sí Hermana —respondió con una profunda inspiración de agobio.

—Esto será más difícil de lo que yo suponía —prosiguió la Superiora. Tendrá que dirigirse a mí llamándome siempre Hermana Superiora. ¡Ah, ya me duele la cabeza de sólo pensar el tiempo que nos llevará formarla! ¡Si parece un animalito salvaje! —exclamó sacudiendo una de sus manos en alto, con aire despectivo y observando a Ana de soslayo, como si la niña perteneciera a una casta inferior—. Ocúpense ustedes queridas Hermanas Ofelia e Iris. La educación de esta clase de bestia sin modales no es cosa de la que pueda ocuparse mi refinado espíritu.

La humillación y el dolor de Ana al pensar en su madre, eran aún más dolorosos que el propio encierro. Deseaba refugiarse en sus cálidos y amorosos brazos desesperadamente. Deseaba acariciarla y pedirle perdón por las ofensas de la Hermana Superiora, que denigraba con sus palabras hirientes, la educación que ella le había brindado. No saber de su madre ni cómo se encontraría, le atormentaba el alma profundamente. La había visto caer y golpear su cabeza, cuando don Solar del Campo la obligó a subir al coche y ella no pudo socorrerla. ¿Se habría lastimado?

Sabía que su madre estaría tan afligida como ella por todo lo sucedido. Pensar en su madre fue lo que la mantuvo firme en el propósito de cumplir al pie de la letra con cada exigencia que le fuera impuesta. Para salir cuanto antes de ese lugar tendría que ser inteligente y obediente.

Franchesco Vincenzo era la otra persona amada, en quien la mente y el corazón de Ana se refugiaban.

“La suma de dinero que don Solar del Campo aporta a esta benemérita institución, han comprado mi silencio hasta la eternidad y mi compromiso de hacer de usted una señorita decente, cual parece que usted no lo es en absoluto”. Las palabras dichas por la Superiora resonaban en su pensamiento, las repasaba una a una, debía convertirse en una *“señorita*

decente”... y “*debía comenzar cuanto antes con el encargo*” había dicho también la religiosa.

Fue la Hermana Iris quien tomó la palabra:

—Síguenos, venga a tomar el desayuno —dijo fríamente. Sin embargo al haber recorrido un trecho prudencial, alejándose del despacho de la Superiora, su tono de voz cambió. Se había suavizado.

—No tema, nada malo le sucederá, ahora la acompañaremos hasta la sala comedor y conocerá al resto de las Hermanas. Luego veremos. Aquí llevamos una vida de oraciones y sacrificio pero usted podrá adaptarse bien, ya lo verá —adujo con voz calma y amigable.

—¿Podrá ofrecerme papel y pluma para escribir una carta por favor? —alcanzó a preguntar Ana.

—Olvídese de eso por su bien, mi querida.

Al entrar a la sala comedor todas las miradas se detuvieron sobre ella. Algunas resultaban compasivas, otras indiferentes, algunas acusadoras. Era un grupo de unas veinte mujeres de diferentes edades, unas muy jóvenes, la mayoría de ellas maduras y unas pocas, ancianas.

Se oía cierto bullicio, un bullicio cuidadoso, acartonado, como si cualquier descuido pudiera romperlo.

Le indicaron donde debía sentarse. Era la última silla del lado izquierdo, en una gran mesa larga, vestida con mantel de lino blanco y puntilla tejida a mano en los bordes.

El olor a encierro, mezcla de humedad y ácido, le resultaban desagradables, ajenos y amenazantes. Las Hermanas perdieron rápidamente el interés por observarla y se ocuparon de servirse sus desayunos, untando el pan tostado con mermeladas y mantecas.

Ana no sentía apetito. Estaba con el corazón destrozado y una angustia creciente, preguntándose cuánto tiempo le llevaría convertirse en una “*señorita decente*”. ¿*Habría modo de escapar de aquí? ¿Y dónde iría?*”, se preguntaba a sí misma.

—Sírvese un café con leche, Ana —le invitó la Hermana Iris.

—Desayune bien porque el día es largo, son las seis de la mañana y hasta el medio día le será difícil sobrellevarlo sin probar bocado, haga un esfuerzo.

—No tengo hambre —justificó Ana.

—Me siento inapetente dirá desde hoy en adelante. Los animales sienten hambre. Las personas nos sentimos “inapetentes” —terció la Hermana Ofelia.

Animales, personas, ¿qué diferencia hay?, pensó Ana profundamente angustiada. *Hambre, inapetencia, es lo mismo... a este paso nunca podré salir de aquí, estas mujeres son muy estrictas, su manera de vivir es tan diferente de la vida que llevaba junto a mi amorosa madre, nosotras dormíamos con nuestra perrita en la misma cama, si la Superiora lo supiera me enviaría a la hoguera* —siguió cavilando. *Y los pollitos que mamá cría dentro de la casa para que no mueran de frío ni se los coman las culebras... Y los corderitos guachos que también hemos criado...* Una gruesa lágrima comenzó a rodar como perla de agua y sal por su mejilla, sintió el sabor de su llanto apenas entreabrir sus labios, buscó un pañuelito que llevaba en el bolsillo de su falda para secarse el rostro. Olía como el cabello de su madre, una mezcla de jazmines y rosas. Su madre hervía los pétalos de flores para enjuagar sus ropas y sus cabellos... ella era demasiado hermosa. En nada podía parecerse a esas mujeres amargas. La educación que su madre le había obsequiado era la de una campesina delicada como la naturaleza misma.

Sin haber tomado su desayuno y con las lágrimas aflorando todo el tiempo, siguió a su guía, la Hermana Iris. Se arrodillaron en la capilla y dedicaron dos horas de la mañana a los rezos, silencios y cantos sacros. Luego se ocuparon de ordenar, limpiar y ventilar las habitaciones dormitorios. Cambiaron las sábanas porque según la Superiora, por las

noches se impregnaban de las tentaciones del pecado, las envidias, los deseos de la carne, los enojos, los malos pensamientos, y había que lavarlas diariamente para alejar el espíritu del mal. Barrieron los rincones y repasaron los muebles con un trapo embebido en kerosene “para que no se peguen partículas vivas que pudieran traer enfermedades, microbios, ni bacterias”, siempre al decir de las monjas.

Ana se sentía desfallecer en ese mundo tan diferente del que conocía. Recordaba a Franchesco Vincenzo quien siempre se las arreglaba para morder su manzana, como si aquello fuera el juego más inocente y provocativo que hubieran sabido jugar. A veces él le regalaba flores silvestres. Otras tantas las aspiraban juntos, percibiendo el perfume de una misma flor a la vez. Se miraban a los ojos y reían como niños. Podían sentarse sobre la hierba y arrojar piedritas al arroyo tan sólo para observar los ojos de agua que se dibujaban uno tras otro y se amplificaban en círculos concéntricos y crecientes por efecto del movimiento de las aguas mansas.

—¿Qué prefiere? ¿Trabajar en la cocina, la costura o el huerto? —le preguntó su guía.

—En el huerto, Hermana —respondió sin dudar ni un segundo.

—Sígame entonces y ya mismo se pondrá a trabajar en el cuidado de los almácigos y los jardines. Vendrá bien una persona más para el laboreo. Siempre hay hierba mala que quitar, brotes y tallos que regar, sembradíos que atender... Usted sabrá lo que debe hacer ya que ha elegido las tareas del huerto sin que le fueran impuestas.

Ana siguió a la Hermana Iris. Por fin tras recorrer los angostos y oscuros pasillos, al abrirse el pesado portón de acceso a los patios, pudo ver la luz del sol, sentir las brisas de la mañana e inhalar los diversos y maravillosos perfumes de la tierra.

La extensión de los terrenos que debían atender era de considerables dimensiones. Como si se tratase de varias huertas y jardines separados entre sí, por veredas de empedrados, algunos cubiertos de moho u hongos.

Las encargadas del sector eran tres religiosas que no mostraban por su actitud demasiado interés, pero el lugar se veía cuidado. Se repartían las obligaciones para que el vergel diera frutos y flores en abundancia. Los primeros para el consumo interno de manera fresca, o a modo de conservas y dulces. Las flores para los jarrones de la capilla y tantas otras habitaciones del convento.

Ana observó una pequeña construcción derruida similar a una casita sin ventanas, que sólo tenía una puerta de madera. Dentro estaban las herramientas de trabajo, los delantales, los guantes y las pamelas.

—Tome un delantal y un sombrero. Yo la dejo aquí con las Hermanas. Cada día después de los rezos, este será su lugar hasta el almuerzo. Después de la siesta hacemos las oraciones y cada una regresa a su trabajo. Este es el suyo. Puede comenzar.

La religiosa juntó las manos y se alejó rezando en voz baja.

Ana se quedó contemplando el lugar esperando que alguna de las otras mujeres se dirigiera a ella o le mandara realizar una tarea en particular o le señalara un sector de labranza.

Ocupadas cada una en lo suyo y distanciadas entre sí, ninguna le dirigió la palabra. Ana eligió andar un rato viendo lo que hacían las demás y se encaminó hacia los terrenos más próximos a los muros.

Se puso un par de guantes de cuero, se agachó y comenzó a quitar las malezas.

Cicuta.

Reconoció la planta venenosa y mortal que su madre le había señalado desde pequeña, para que nunca la tocara y mucho menos la probara.

Cicuta... Arrancó varias plantas de cicuta en flor, extrañada porque las otras monjas no la hubieran quitado antes.

Se distrajo en su trabajo y sus pensamientos la llevaron a su casa, a su madre y a Franchesco Vincenzo. Después de un buen rato le pareció que la estaban observando. Hizo como que no se daba cuenta. Pero se mantuvo atenta y curiosa esta vez. Y comprobó que una de las religiosas posaba su mirada en ella. Casi no le quitaba los ojos de encima. Ana se estremeció y se sintió amenazada.

Buscó un rastrillo y juntó los yuyos arrancados. Los metió en la carretilla y los llevó hasta el sector que creyó usaban para secar la hierba antes de quemarla.

Al pasar cerca de la monja vio unos ojos encendidos que le provocaron temor. La mujer apretaba los labios. Ana rezó un Padrenuestro para sí.

Al regresar eligió hacer un rodeo y volver por otro veredón hasta el lugar donde estaba trabajando, evitando pasar cerca de la enigmática mujer.

Las doce campanadas del medio día llevaron a las otras a guardar las herramientas, sombreros y delantales. Ana las imitó. La ensombrecida religiosa de los ojos de fuego la penetró con la vista, fijamente. De manera temeraria.

Se encaminaron hasta los lavatorios antes de almorzar. Llevaban sus manos juntas a la altura de sus pechos como en oración.

Al fin pasaron a la gran sala comedor. Ocuparon los mismos lugares en los que se habían situado por la mañana durante los desayunos.

La Superiora hizo la bendición de los alimentos y almorzaron carnes, huevos y verduras hervidas acompañadas de pan casero, todo sin sal. Luego supo que era una práctica de penitencia que cumplían diariamente. El agua sacada de la bomba elevadora manual por las encargadas de la cocina se

servía a temperatura ambiente, aunque contaban con fresqueras de hielo que raramente se utilizaban a propósito de las penitencias. Sabía fresca y agradable. Compotas o frutas frescas eran el postre habitual durante los almuerzos.

Al finalizar cantaron un Aleluya y tomaron un pocillo de café amargo. Por disposición de la Superiora el azúcar y la sal estaban terminantemente prohibidos porque ésta decía que eran lujos y placeres para el paladar que el cuerpo no necesitaba y que por lo contrario, debían someter la gula a las exigencias y sacrificios de las almas elevadas, para la redención de los pecados.

En un momento Ana descubrió que la monja del huerto que tanto la había intimidado, observaba a la Superiora de un modo horrible, disimulado frente a la destinataria, porque el velo de su hábito caía hasta los ojos y sus manos en gesto de oración le tapaban el rostro casi por completo, pero desde donde Ana estaba situada, se podía ver un raro destello en aquellos vistazos que parecían diabólicos.

Ana sintió un estremecimiento recorriendo toda su piel. Bajó la vista aterrada. Se propuso no ojear nunca jamás en la dirección donde se sentaba aquella mujer.

Después de horas de rezos y labores, cuando un sol naranja caía sobre el oeste revelando la última luz de la tarde, se higienizaron y pasaron a cenar.

Tras la bendición de los alimentos, tomaron un caldo sobrante del almuerzo, pan, nueces y por último un tazón de té.

Entre la enorme cantidad de dependencias del lugar, había dos pabellones para dormitorios, con diez camas cada uno. El lugar era frío y estaba impregnado por el olor de las velas ardientes. Un oscuro silencio pesaba como una carga insoportable sobre los frágiles cuerpos. Los movimientos de las monjas eran lentos, parecía que el tiempo llegaría a detenerse para siempre por momentos.

A Ana le tocó ocupar el mismo pabellón que la religiosa que le causaba escalofríos de pavor.

La Superiora dormía en una habitación privada y contigua.

—Nos castiga prohibiéndonos el azúcar, pero sé que ella tiene chocolates y caramelos en su habitación —oyó decir en voz baja a una de las compañeras del dormitorio, una vez que se apagó el último candil.

—También guarda terrones de azúcar en sus bolsillos. La he visto agregar azúcar en su tazón de té —prosiguió otra voz susurrante en la oscuridad.

—Será el mismísimo diablo quien se la lleve —pronunció una ronca voz.

—Nuestra Señora del Huerto ampáranos —finalizó la conversación una cuarta monja.

Tras aquellas palabras no se escucharon más voces.

Ana pensaba en todas las personas que amaba. De trato tan delicado su madre, al igual que Franchesco Vincenzo. De simplezas tan nobles, de modales rústicos, sin ceremoniales ni protocolos, de libertades por las noches, viendo las estrellas fulgurando en los cielos junto a aquella blanca redondez paseandera, que tantas veces se escondía tras las densas nubes y se tornaba platinada o anaranjada, o bien se veía finamente recortada como a punta de pincel o en su faz creciente.

De animales que eran amigos o hermanos y con los cuales se compartían las miserias con alegría. No era tan difícil comer un poco menos de galletas, para darles unos pellizcos de migas a los perros.

Y la voz de la madre. Y su perfume a flores. Y su voz calma y suave. Y su amor que la protegía de todos los males del mundo y tenía el tamaño de diez universos.

Lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas, cuando sintió con horror que alguien ocupaba su cama, entonces quiso levantarse pero la otra le aferró el brazo, le tapó la boca y

manoseó su cuerpo largamente, mientras ella intentaba resistirse inútilmente.

—Vendré a tu cama cada noche. Solo te respetaré cuando tengas la regla. Y aprenderás a tratarme bien —le dijo con voz apagada sobre el oído.

Ana no pudo dormir.

Al día siguiente se repitió la terrible rutina de la jornada anterior. Los rezos, los desayunos, la limpieza de los cuartos... Ana no sabía cuál de esas mujeres era la que se había metido en su cama por la noche. Ya en el huerto se alejó todo lo que pudo de las otras. De pronto una voz le heló la sangre. La voz de la noche anterior.

—¿Lo pasaste bien, querida? —pronunció—. Mi nombre es Sor Brígida. ¡Mírame! —ordenó imperativa.

Ana se encontraba de espaldas a la voz que tan sigilosamente se le había acercado y tenía los ojos hincados en la tierra. No quería darse vuelta.

—¡Mírame! —exigió con voz rabiosa esta vez.

Ana permaneció tiesa, afectada, paralizada. Sor Brígida se adelantó unos pasos para dejarse ver por Ana. Era la monja de los ojos de fuego.

—Deja la cicuta —ordenó—. Olvídate de la cicuta. Déjala crecer. ¿Entiendes?

Ana apenas movió la cabeza, asintiendo. La mujer le tomó el rostro por el mentón, la obligó a levantar la cara para verla y preguntó nuevamente:

—¿Entendiste?

—Sí, Hermana. Por favor se lo ruego, aléjese de mí.

El cachetazo que le profirió Sor Brígida la tomó por sorpresa. La piel del rostro le ardía y le quemaba.

—Eres mía y nadie te defenderá, hazme caso si no quieres pasarlo mal, sé buena y obediente y seré amable contigo.

Sor Brígida se alejó. Las otras simulaban no ver.

Por la noche los dedos de la monja estaban marcados en el rostro de Ana. Nadie dijo nada. Nadie preguntó.

Antes de retirarse a los dormitorios Ana vomitó su cena a la vista de todas. Algunas mujeres se acercaron para auxiliarla pero Sor Brígida las detuvo.

—Yo me ocuparé de ella. Vayan a descansar Hermanas.

La Superiora dibujó una mueca espantosa en su cara y se retiró al igual que las otras.

En la sala sólo quedaron Ana y Sor Brígida.

Pese a que Ana se sentía atrozmente descompuesta, Sor Brígida no mostró piedad. La obligó a limpiar el lugar y preparó un baño de tina con agua tibia en el cuarto de la higiene personal.

La obligó a desnudarse frente a ella y meterse en el agua. Sor Brígida se ocupó del cuerpo de Ana, quien sentía un vacío infinito en el alma, rehén de ultrajes y abusos, que anteriormente ella ni siquiera sospechaba que pudieran ocurrir.

Cuando el agua estaba fría le ordenó que saliera y la envolvió con una toalla de lienzo.

—Ya no llores, te lo advertí. Nadie te defenderá. Acostúmbrate. Esta es tu nueva vida. Eres mía —con esas palabras atormentando sus pensamientos, la religiosa la condujo hasta su cama.

Mientras el mundo parecía detenerse para ella, la hiedra seguía creciendo en los jardines y la cicuta se multiplicaba escondida en el huerto.

CAPÍTULO IV

Té de cicuta

Las semanas y meses comenzaron a transcurrir con una rutina de pocos matices, sin que Ana pudiera escapar de la trampa en la que se encontraba. Y en los jardines seguía creciendo la hiedra. Y en el huerto del convento, escondida, seguía creciendo la cicuta.

En el corazón de Ana se acentuaban los recuerdos de su madre y Franchesco Vincenzo. Sus voces, sus palabras, sus perfumes, seguían ocupando su mundo interior y la impronta que marcaban como huellas dentro suyo, se magnificaba.

Cierta tarde de finas lloviznas y garúas, Ana observó que Sor Brígida guardaba algunas ramas y flores de cicuta entre sus ropas.

El terror se apoderó de ella. Sus latidos se aceleraron y su respiración pareció detenerse. Un frío helado le recorrió la piel y el alma, mientras sintió las piernas aflojarse y a punto de caer. Al pasarse una mano por el rostro, Ana sintió como un hielo, que la atravesaba y la paralizaba.

Esa noche Sor Brígida estaba encargada del servicio del té.

Ana intentó negarse a beber su tazón, pero la monja tenía ya un control absoluto sobre ella.

—Toma el té querida —ofreció delante de todas las demás.

Con manos temblorosas Ana tomó el tazón, sin atreverse a probarlo. Ni siquiera podía acercar los labios.

—Tómalo —exigió.

—*Señor te encomiendo mi alma* —rezó Ana y bebió. Tembló esperando la muerte. El té tenía otro sabor. Era dulce.

Hacía tanto tiempo que Ana no probaba nada dulce que estuvo segura que ese era el sabor de la cicuta.

Amada madre mía, amadísimo Franchesco Vincenzo, me despido de ustedes para siempre, ya no volveré a verlos. Madre, no es amarga la cicuta, sabe dulce. Y es mejor partir de aquí ya de una buena vez. Si por la voluntad de don Joaquín Solar del Campo he sido confinada en este horrible lugar sin culpa alguna, tal vez sea mejor la muerte. Ya no seré hija, ni esposa, ni madre, ya no habrá mañanas, ni ayer, ni caminos, ni jardines, ni praderas, ni arroyos. No sé si les habré dicho que los amo, tanto como lo he sentido...

Se quedó dormida esperando el fin.

La mañana siguiente se sorprendió por haber despertado. “No he muerto”, casi lamentó. Se había entregado resignada ya.

Se sucedieron varias semanas y Sor Brígida seguía a cargo del servicio de té por las noches, ofreciendo a Ana el tazón con azúcar.

Las noches siguientes Sor Brígida eligió a Ana como su ayudante.

—Lleva ese tazón a la Superiora —le ordenó.

Ana obedeció como un autómata y llevó el té a la Superiora. Ésta pronto se retiró a su habitación.

Ya a solas la mujer sintió náuseas, mareos, calambres de estómago y dificultades para respirar. Intentó salir a pedir ayuda pero unos terribles dolores se lo impidieron y un ahogo pronunciado, la hicieron desvanecerse y caer. Lo último de lo que tuvo percepción fue un amarguísimo sabor en la boca y la imposibilidad de gritar porque los músculos del rostro y el resto del cuerpo se le habían contraído.

Al siguiente amanecer se extrañaron porque la Superiora no se presentó a desayunar. Para la hora de los rezos de la mañana, la misma no daba señales de vida. Alarmado, un grupo de monjas se dirigió a su dormitorio. Yacía helada y

tiesa en el suelo de la habitación con los ojos abiertos y las manos como quien se hubiera arrastrado arrañando la piedra. Los maxilares cerrados en una mueca rígida.

La cama estaba intacta. La Hermana Superiora no alcanzó a llegar a ella. Un olor fétido ya se desprendía del cuerpo.

Al arribar, el médico percibió un olor muy particular, creyó identificar el fuerte ácido que desprende la conina, principal componente de la cicuta y responsable de su toxicidad. Tuvo algunos reparos antes de firmar la defunción. Hizo varias preguntas. Observó detenidamente el enrojecimiento y las manchas en la piel. Las atribuyó a algún tipo de intoxicación, relacionando los síntomas de la dermatitis con un sangrado interno.

Las monjas aseguraron que la Hermana Superiora era adicta y comía grandes cantidades de chocolate y al fin el médico, anteponiendo a sus dudas el sacro respeto que ese mundo le infundía, concluyó que se trataba de una muerte súbita.

Después de los funerales el Obispo nombró a la Hermana Brígida como la nueva Superiora.

La flamante máxima autoridad de la Congregación inmediatamente mandó hacer algunos cambios en la habitación privada y lo primero que ordenó fue que entre varias Hermanas cambiaran de lugar algunos muebles y colocaran otra cama junto a la suya. No dormiría sola en esa gran *stanza*.

Durante la cena les habló:

—Queridas Hermanas, pidamos al Señor por el descanso eterno y en paz, de nuestra Madre Superiora. Desde hoy haremos enormes sacrificios de ofrenda para exculparla de toda carga de pecado que ella se hubiera llevado al otro mundo. Comenzaremos por renunciar a las cenas cada noche. Solo beberemos un té amargo.

Tras esas palabras se escucharon algunas voces en tono de protesta:

—Hermana Superiora, por favor... —atinó a balbucear una de las monjas.

—Le rogamos por misericordia de Cristo no se nos prive... —intentó acompañar el ruego otra de las ancianas.

Por toda respuesta Sor Brígida endureció el rostro, se levantó y dando unos pasos fieros y temibles avanzó en dirección a ambas, propinando feroces bofetadas a cada una, marcándoles los finos dedos de sus manos.

Las demás bajaron las miradas, enmudeciendo.

Ana sentía que el corazón se le escapaba por la boca.

Sor Brigída sacó una llave de sus bolsillos. Las ancianas comenzaron a temblar cuando vieron el mueble al que la Superiora se estaba dirigiendo.

Hacía mucho tiempo que la difunta había cerrado el mueble donde se guardaban los cilicios y látigos de castigo.

Con una expresión de histriónica solemnidad, sacó dos grandes cajas y pidió a Sor Lucía y Sor Yolanda que comenzaran a repartir los elementos de castigo.

Ambas monjas estaban petrificadas en sus asientos. Intercambiaron miradas y permanecieron sentadas los pocos segundos que transcurrieron hasta que la ronca voz se volvió a escuchar.

—¡Ya! ¡Cumplan inmediatamente lo que acabo de ordenarles! ¡Levántense de sus sillas y repartan los instrumentos de castigo!

Sor Lucía y Sor Yolanda se persignaron. Repartieron con manos temblorosas y miradas humedecidas los látigos y cilicios.

—Terminemos la cena en paz —acotó Sor Brígida. Preparen el té, laven la vajilla, sacudan los manteles, barran los rincones, agreguen agua a las flores del jarrón. Vamos, vamos —apuró batiendo las manos. Cada una a lo suyo.

Personalmente controlaré que se ajusten los cilicios y laceren sus espaldas. Ana ve al dormitorio. Acuéstate en la camita junto a la mía. De ti me ocuparé yo misma.

Ana desobedeció. Ana se rebeló. Ana gritó:

—¡No! ¡Máteme! ¡No dormiré con usted!

—¿Cómo dices? ¿Cómo te atreves? ¡Obedece!

Antes que Sor Brígida pudiera detenerla, Ana corrió atravesando pasillos apenas iluminados por velas que languidecían y alcanzó la puerta de salida a los patios. Por detrás iba Sor Brígida, sosteniendo levantado su hábito, para no tropezar y caer.

—¡No te haré daño! ¡Regresa! ¡No te escondas! —vociferaba.

En la profunda negrura de la oscuridad, mientras el viento ululaba entre los árboles y el monte, Ana encontró el abrazo y la protección de la noche, que en otro momento le hubiera dado gran temor.

Guiada por la voz de Sor Brígida y procurando no hacer ruidos, se alejó lo suficiente como para que esa rara noche, nadie la pudiera encontrar. Sintió las mieles de una libertad desconocida. Supo que allí nadie la defendería, pero contaba consigo misma para empezar a defenderse del modo que fuera. Sin saber lo que le depararía el día siguiente.

Trepó un fresno añejo y como pudo, desde los brazos del árbol, saltó al techado de los claustros de castigo, donde sabía que sus pasos no serían descubiertos porque no había ninguna monja encerrada.

Se refugió en un rincón donde el dintel formaba un ángulo y sentada bajo la tenue luz de una luna menguante apenas logró adormecerse. Quería mantenerse despierta por temor a ser descubierta cuando el sol asomara sus primeros rayos. Cavilando llegó a fantasear con la posibilidad de salir del encierro saltando desde los árboles hasta los altos muros. *Soportaré la sed y el hambre, pero no bajaré de aquí hasta poder escapar*, pensó. Sin embargo era consciente que no

tenía un plan y sus posibilidades eran mínimas. *¿Dónde iré?... Se quedó dormida. Profundamente dormida. Escalaba y bajaba peldaños sin salida, por corredores y laberintos interminables. Franchesco Vincenzo la ayudaba a levantarse en las caídas. Su madre la esperaba al final del recorrido con los brazos abiertos, sus cabellos brillantes y su sonrisa de hada. Pero los abismos que la separaban de ella eran tan profundos y vacíos que la preciosa madre comenzaba a llorar y su rostro mudaba la sonrisa de miel por la amarga separación, trocando en mares de lágrimas la reluciente y sublime belleza de su cara.*

Despertó con los rayos brillantes de un cálido sol de primavera dándole de lleno en los ojos. *Mediodía, pensó. Es muy tarde... Dios mío, tengo que huir como sea, antes que Sor Brígida me encuentre...* Se persignó.

Los tejados no llegaban a quemar, pero estaban tibios. Sintió una languidez que le subió hasta la boca. Y mucha sed. Le pareció escuchar ruido de motores.

Pero no, se dijo. No es día de visitas. Y el Obispo partió ayer por la mañana después de nombrar a la Superiora. Estoy confundida. No pueden ser coches. O sí, tal vez... Reptando con cuidado para no emitir ningún sonido se arrastró hasta donde le pareció que se oían los coches. Y los vio. Eran dos coches. El del Obispo y el del doctor.

Quedó pensativa, extrañada. Con asombro se preguntó a qué se deberían esas presencias. Se sentía tremendamente incómoda en la posición de reptar y los techados empezaban a quemar sus brazos y partes expuestas del cuerpo. Pensó en ponerse de pie con mucho cuidado tratando de no ser vista pero al intentar erguirse pisó la tela de su falda, perdió pie y cayó. No llegó hasta el suelo sino al tejado de un entresuelo, sólo un metro más abajo de donde se encontraba. Pero el estruendo que causó la caída llamó la atención de todos los que se encontraban en el jardín.

Intentó levantarse para esconderse tan pronto como fuera posible, pero un dolor insoportable se lo impidió. En la caída se había esguinzado un tobillo y a duras penas pudo arrastrarse unos pocos metros para ocultarse.

Sin conocer las razones por las que Ana se encontraba allí, el Obispo pidió una escalera y el doctor subió para ayudarle a bajar. Aún en inferioridad de condiciones Ana se resistió a la ayuda que el galeno ofrecía. Pero poco pudo hacer. Los cuarenta y nueve kilogramos de peso de la joven, contra los noventa y ocho del médico, la convirtieron en una pluma que el hombre pudo cargar sin dificultad para bajarla de allí, conducirla hasta una habitación, revisarla y dar las indicaciones de los cuidados que requería su cuadro.

En tanto después del episodio, el Obispo, el doctor y la Superiora se encerraron en el despacho de esta última.

—Es muy grave el motivo que nos trae —adujo con voz profunda y pausada el Obispo—. El doctor le va a explicar mejor que yo.

—Escuche Madre Brígida, hubiera preferido no tener que encontrarme aquí, pero lo he conversado con Monseñor. He firmado la defunción de su antecesora con muchas dudas. Le diré más, si no fuese por el respeto que me merece esta congregación no habría dudado en poner mi firma con el diagnóstico de muerte por envenenamiento, pero en fin, este no es el lugar donde uno supone pueda acontecer un suicidio o un asesinato... después de dudarlo bastante consideré que fue una muerte súbita, sin embargo al llegar a mi domicilio, no me podía quitar de las fosas nasales un olor muy particular que pude percibir junto al cuerpo de la difunta. Lo reconozco porque en mis tiempos de estudiante practicamos algunos experimentos y los alcaloides de la conina al respirarlo, me enrojecieron las manos, los brazos... disculpe... hasta el torso del cuerpo, y el enrojecimiento de la piel duró varias horas. Nunca había vuelto a sucederme hasta ahora. Los mismos

síntomas. El mismo lapso de tiempo. Y el fétido olor impregnado hasta mi garganta, como si yo mismo hubiera tragado el veneno. Envenenamiento. Cicuta, Madre... Y consulté mis libracos, mis anotaciones. La rigidez en las facciones, el enrojecimiento en derredor de los ojos, cierta dermatitis violácea... si pudiésemos ver el cuerpo sabré reconocer si estoy en la verdad acerca de estas dudas. Lo hablé con Monseñor porque de comprobarse esta hipótesis, Dios no lo permita, estamos frente a un hecho que habrá que investigar, por el bien de todas ustedes y por mi propia consciencia. Monseñor ha estado de acuerdo conmigo.

Lejos de sobresaltarse ante la acertada visión del médico, la Superiora apeló a su más primitivo instinto de supervivencia y simulando sentirse compungida y dolida, dijo poner a disposición de los visitantes todo lo que estuviera a su alcance.

—Se imagina —dijo el Obispo, que la gravedad de los hechos, obligan a que esta situación no salga más allá de los muros del convento—. En primer término el doctor revisará el estado de descomposición del cuerpo y tomará algunas muestras que examinará. Todo se hará aquí mismo, estamos frente a una situación que debe ser investigada a fondo sin que intervengan agentes externos. Todo quedará bajo secreto eclesiástico y el doctor podrá apoyar tranquilo su cabeza en la almohada una vez concluidos los exámenes. Si de la pesquisa —en caso de confirmarse que hubo un asesinato, claro— surgiera una culpable, la misma purgará condena intramuros con conocimiento del Sumo Pontífice... lamento ser portador junto con el doctor de esta clase de noticia —terminó diciendo el Obispo y se persignó. Lo mismo hicieron el médico y Sor Brígida.

Los tres se encaminaron hacia la cripta donde se encontraba el cuerpo de la antecesora y el doctor, tomando

todos los recaudos necesarios para su propia protección, hizo su parte.

Posteriormente la pequeña comitiva volvió a encerrarse en los despachos de Sor Brígida.

El doctor sacó de su maleta todo lo que había previsto necesitaría y se abocó a la ingrata tarea.

El Obispo se sentó en un extremo de la sala y contemplaba los jardines a través de los pesados cortinados entreabiertos. Pidió una taza de té, que la monja prestamente mandó preparar.

Al poco rato entró la Hermana Iris con el servicio para los tres presentes en la habitación y se retiró en silencio.

—Gracias —profirió secamente el Obispo.

Mientras, un grupo de ancianas acompañaba a Ana y trataba de calmar su llanto.

—Tranquila. Mientras el Obispo se encuentre aquí nada malo le sucederá. Luego Dios proveerá. Resígnese a soportar el dolor. Nuestro Señor Cristo y Redentor nos ha enseñado el camino del sufrimiento para la salvación —repetía una y otra vez, con voz marchita, una monja que ocultaba una cabellera completamente blanca debajo del velo y contaba mil finas arrugas y pliegues en su rostro y manos, lo cual desvelaba que la mujer contaba unos setenta años de edad. Era Sor Raquel.

Para las ocho de la noche el doctor confirmaba lo peor: muerte por envenenamiento.

Cicuta.

Restaba saber si había sido un suicidio o un asesinato.

El Obispo despidió al doctor asegurándole que la mismísima Madre Iglesia haría justicia por sus propias leyes de ser necesario y que él estaba libre de culpa y cargo, para tranquilidad de su consciencia.

—Vaya en la Paz del Señor —lo despidió.

Después de cenar se realizó un oficio especial por la difunta y se puso en conocimiento de la congregación las razones que habían traído al Obispo y al médico.

Voces de asombro, congoja, espanto y terror invadieron la gran sala. Llantos y moqueos, abrazos y manos que enjugaban lágrimas propias y ajenas, componían un cuadro lúgubre, casi espectral.

Al día siguiente el Obispo comenzó la investigación.

Todas coincidieron en afirmar que la difunta Madre Superiora no preparaba ninguna infusión, ni siquiera pasaba cerca de la sala de cocina.

También coincidieron en afirmar que Ana entregó el té a la occisa.

Para que no quedaran dudas, también afirmaron que la muchacha trabajaba en el huerto.

Y para completar el juicio, el propio Obispo la había visto arriba de los techados la mañana anterior, al momento de su llegada.

—Pretendía escapar —argumentó la Superiora de manera teatral.

Ciertamente Ana pretendía escapar, pero no porque hubiera cometido un asesinato, sino porque la Superiora le infundía una vida de sometimiento y esclavitud sexual que a ella le repugnaba.

Sin escuchar los llantos de Ana clamando su inocencia, convencido el Obispo de su absoluta culpabilidad, dado que todo la señalaba como autora del horrendo crimen, la sentenció a prisión perpetua, la cual cumpliría dentro de los claustros de castigo extremo, en el propio convento, con una ración de agua y pan cada día como único alimento.

Al día siguiente el Obispo partió completamente convencido de haber impartido justicia.

Una nube de dudas quedó flotando en el aire pero ninguna de las Hermanas se atrevió a pronunciar una sola palabra.

Comenzaron tiempos de cilicios, autoflagelaciones, escasa y mala alimentación para todas, excepto para la Madre Superiora, que se sentaba a tomar chocolate endulzado con terrones de azúcar delante de ellas, sin el menor reparo por su parte.

CAPÍTULO V

La lux de la verdad

La misma noche que siguió al día en que Ana fue condenada, la Superiora se dirigió a los claustros, abrió el portón de la celda y acarició el rostro de la joven mujer. Ana a su vez, escupió la cara de Sor Brígida.

—Ven conmigo, sígueme, ya te lo había dicho antes, aquí nadie te ayudará. Eres mía y lo serás por siempre. Sígueme por las buenas y no sufrirás ni un rasguño. De lo contrario lo pasarás muy mal.

Las amenazas de Sor Brígida no fueron suficientes para que Ana se entregara a ella. Soportó sus manoseos sin moverse un centímetro de la celda. Tendría que sacarla a la rastra. Porque ella estaba decidida a no obedecerle.

Malhumorada, la Superiora se retiró cerrando el portón de la celda ruidosamente.

Pasaron los meses y los años.

Las visitas de Sor Brígida se fueron espaciando, debido a la negativa y el rechazo de Ana, y muy particularmente al hecho de que una novicia recientemente ingresada, más joven y atractiva que Ana, y más dócil e indefensa, era su nuevo motivo de deseo y placer.

Para Ana, solo quedaban nítidos en los sueños, los rostros de su madre y de Franchesco Vincenzo. Durante la vigilia, en los largos y oscuros días de encierro, los rostros amados se desdibujaban.

Mientras tanto, Cándida y Franchesco Vincenzo, sin saber dónde buscarla, ni dónde encontrarla, sin tener a quién acudir

ni a quién preguntar por ella, pasaban sus años a la espera de una noticia que según parecía, nunca llegaría.

—Dígame, Cándida, por favor, ¿cómo es que no sabe nada de ella? ¿Cómo es que no sabe a dónde ha ido ni cuándo regresará? Por favor...

—Yo no sé nada, querido...

—Trate de recordar. Si tenía alguna amiga en la ciudad, alguna oferta de trabajo, algo que ella quisiera aprender... enfermería quizá...

—Nada querido, nada de eso...

—Es que no se la puede haber tragado la tierra, no puede haberse marchado sin despedirse... debería presentar la denuncia de su desaparición ante las autoridades para que la busquen Cándida... piénselo. ¿Qué me dice si lo hablamos con don Joaquín? Mi padre podría pagar un baqueano...

—Don Solar del Campo me ha prometido que se ocupará, señor, pero no quiere que se hable de esto. Más de una vez le he rogado que me ayude a encontrarla. Pero él es quien manda aquí. Y nunca ha respondido a mis súplicas. Me ha prohibido que la busque y...

—Entonces seré yo quien presentaré el caso a las autoridades policiales...

—Ana ha muerto —terció don Joaquín Solar del Campo.
—Y ella ha perdido la razón —dijo señalando a Cándida.

—¿Cómo que ha muerto, cuándo?

—Yo mismo la llevé al hospital, Franchesco Vincenzo. Hace mucho tiempo, he perdido la cuenta, ya no recuerdo la fecha. Estuvo con altas fiebres. Sé que usted preguntó muchas veces por ella... Murió en el Hospital Italiano en Buenos Aires y sus restos descansan allá mismo, en la ciudad. Es algo muy triste y he dado la orden de que no se hable más de esto. Por más que se la nombre, Ana no volverá a la vida.

Ante la desoladora revelación Franchesco Vincenzo palideció, luego profirió un desgarrador alarido y finalmente lloró sin consuelo en los brazos de María Úrsula, su madre.

Esa noche cortó una rosa blanca del jardín y la colocó en su mesa de noche.

Las hambrientas fauces de la muerte se la habían quitado y a él ni siquiera se lo habían dicho. No dejaba de preguntarse por qué....

Y en el Obispado aconteció una luz.

El anciano Obispo ordenaba sus ropas, revisaba viejas anotaciones guardadas en los bolsillos, las mismas habían sido leídas anteriormente en la ocasión que le habían sido entregadas y él las había metido entre sus prendas. Era su costumbre. Lo había hecho toda su vida. Le entregaban cartas, recordatorios, saludos y él los dejaba allí. Tenía memoria selectiva. Los documentos de importancia nunca se conservaban entre sus trapos. Eran las misivas de afectos las que se perpetuaban entre sus ropas.

Las había leído y releído a lo largo de los años. De pronto sus dedos hurgaron en un bolsillo interior que raramente revisaba. Era el saco azul marino que le traía malos recuerdos. La última vez que lo había utilizado debió dar sentencia perpetua a una joven mujer que clamaba inocencia. Y él había sufrido decenas de pesadillas recurrentes. La joven mujer que juraba inocencia caía en un pozo profundo y era devorada por un monstruo con velo negro. El sacerdote siempre se despertaba con los ojos exorbitados y sintiendo taquicardia.

El pequeño sobre de fino papel amarillento estaba cerrado. Su contenido nunca había sido leído. Lo abrió con premura y torpeza, cierta urgencia le invadió, presintiendo que allí se ocultaba alguna verdad lejana. Tomó la lupa y comenzó a leer la carta en voz alta:

Pergamino, 23 de septiembre de 1906

Su Excelencia, Amadísimo Monseñor Uriel

Su Despacho:

De mi mayor consideración y humildísima devoción.

Por la presente hago llegar a Usted un pedido de socorro dado que nos encontramos a merced de la voluntad de la Venerable Madre Superiora Sor Brígida, quien impone temor a la Hermandad por su trato de injusticias y abusos. A mi entender la taza de té con cicuta no fue preparada por doña Ana. Aquí toda la Hermandad es presa de gran temor a la persona de Sor Brígida y nadie hablará contra ella. Yo soy anciana y ya he vivido, pero quedan mis hermanas menores encomendadas a Vuestra Soberana Protección.

En el nombre de Nuestro Señor Jesucristo le suplico no nos abandone. Si por error yo estuviera equivocada en mi apreciación condéneme junto con doña Ana. De lo contrario auxiliémos. Mi carta es breve pues la escribo presa de temor. Le saludo en el nombre de la Hermandad y el mío propio, implorando su pronta y justísima ayuda. Postrada a sus pies.

*Firmado
Sor Raquel*

Al acabar de leer tal misiva el Obispo se restregó los ojos con un dejo de impaciencia y volvió a leer una y otra vez aquellas líneas fechadas casi ocho años antes. Se santiguó incansablemente y se postró a llorar con amargura bajo el Cristo del madero, con espasmos de profunda angustia y desolación.

Meditó un largo rato y a pesar de que ya era casi noche, tomó una cena ligera, se sirvió un pocillo de café, tomó su bolso de viaje siempre preparado con dos mudas de ropa limpia y algunos elementos de higiene personal, se subió a su coche y partió, despidiendo a su secretario y confesor, el Padre Blas. Le advirtió que le tomaría un tiempo volver. Transitó los varios kilómetros que lo separaban del Convento Nuestra Señora del Huerto con energías renovadas, como si la imperiosa fuerza de una posible verdad recientemente revelada a su razón a través de un minúsculo papel de carta, ahora le inyectara las venas con sangre nueva, para poder llevar a buen término una definitiva y cuidadosa investigación, demasiado tardía, pero no por eso menos necesaria.

Su mente se abría de manera lenta a medida que avanzaba los caminos polvorientos, sinuosos y oscuros, rodeados de profusa vegetación a ambos lados. La negrura de la noche era como un manto que lo acompañaba. Al pasar por una curva alcanzó a distinguir una pequeña cruz de hierro derruida por los años, adornada por un ramo de flores de tela descolorida. Conocía la cruz y las flores. Recordó el fatal accidente de los Díaz, tantísimos años atrás. La noche de abril, cuando Magdalena Martínez de Díaz contando ocho meses de gestación de su segundo embarazo, rompió fuente y Carlos, su esposo, manejaba ebrio tratando de llegar a lo de la Vieja Pacha, la comadrona de la zona. Allí perdieron la vida la madre y el niño por nacer. Y los lugareños lamentaron durante mucho tiempo la desgracia. No había conversación en la que no se colaran la pobre Magdalena, el inocente no nacido y el otro niño mayorcito, que había quedado huérfano de madre.

Recordaba que un día detuvo su coche y se apeó para rezar unas plegarias. Y sufrió algún tipo de alucinación, porque en el lugar de la cruz vio a un niño pequeño recostado sobre un colchón de flores blancas.

Desde entonces sentía recelo de pasar por el lugar y no podía evitar que la tristeza lo invadiera con sus garras hirientes a punto de arrancarle el corazón por la pena.

Cerca de la madrugada y con las primeras luces pincelando los cielos y abriéndose paso al nuevo día, desde un semicírculo rojo en el horizonte alcanzó a distinguir el antiguo convento.

Tenía las llaves y la potestad para entrar sin llamar, aunque por cortesía siempre se anunciaba dando los golpes de rigor con el pesado llamador de bronce o la gran campana del portal de entrada.

Pero decidió ingresar de incógnito, así que dejó el coche a la orilla del camino bajo un añejo ombú que lo protegería de los vientos, el sol o la lluvia durante su estadía.

Tomó su pequeña valija de viaje y se dirigió a la parte trasera de las edificaciones.

Conocía al pie de la letra las rutinas horarias del lugar. Sabía que en ese momento del día se encontrarían rezando Laudes o primeras oraciones de la mañana.

Una brisa fresca le aliviaba la vista del cansancio que traían sus ojos, las fragancias del amanecer que tanto le agradaban se le metían hasta los pulmones a medida que se internaba en los parques extensos y verdes.

Ingresó a la pequeña capilla abandonada. La primera y más antigua construcción del lugar.

Las monjas más ancianas se ocupaban de llevar flores cada tanto. Realizaban un mantenimiento pobre del lugar, porque ya de por sí, eran pocas mujeres para atender las enormes dependencias de la parte más moderna, donde habitaban.

Anexo a la vieja capilla se encontraba una casita que contaba con cocina comedor, un baño precario y un dormitorio. El mobiliario original aún se conservaba y la cama estaba vestida.

El Obispo rezó un buen rato y pidió iluminación para poder cumplir justa y acabadamente con la empresa que lo había traído. Se impuso un día completo de ayuno y al cabo de un rato se recostó y se durmió profundamente. El olor a humedad estaba impregnado en las ropas de cama y tuvo sueños en los que deambulaba por túneles que chorreaban agua por doquier y pisaba fango turbio.

Al despertar se sentó en la cama, apoyó sus manos cruzadas sobre su pecho y rezó. Se dirigió al sanitario y vio su imagen en el espejo oval ennegrecido, que aún pendía colgando de la pared, le pareció que sus ojos denotaban un dolor nuevo y desconocido, un dolor de lágrimas no lloradas. Olvidando el ayuno, comió unos frutos secos que llevaba en sus bolsillos y salió de allí decidido a comenzar a cumplir su plan.

Se dirigió a la zona de la cocina sin ocultarse, pero tratando de no ser visto y tomando las precauciones de mantenerse alerta. Observó los movimientos del lugar desde un pasillo oscuro y con poco o nada de uso. Cuando vio que Sor Raquel se dirigía a los patios se encaminó hacia ella.

—La Paz del Señor te acompañe, Sor Raquel. Buenos días —la saludó con voz ronca, pausada y paternal. No te alarmes, estoy aquí de incógnito. He venido para cumplir con tu encargo. Sé que es muy tarde y ha transcurrido demasiado tiempo... ayer leí tu escrito...

Sor Raquel se persignó y dándose la vuelta se arrodilló ante la presencia del pastor, enmudecida y con su cabeza gacha, esperando la bendición que solía impartir el Obispo a las Hermanas cada vez que las visitaba.

—No hace falta que te postres Hermana, necesito hablar contigo sin que lo sepa Sor Brígida. Te espero en la vieja capilla. Voy para allá, termina tus cosas normalmente y cuando te desocupes, ve. Te estaré esperando.

Dicho eso y sin más respuesta, el Obispo se dirigió con paso cansino y algo de fatiga en la respiración hacia el antiguo

recinto. La sombra de la arboleda era como un inmenso parasol que le aliviaba los pasos.

A poco de esperar se presentó Sor Raquel en el penumbroso lugar.

—Cuéntame lo que recuerdas, cualquier cosa, lo que creas saber.

La anciana comenzó un relato desordenado pero preciso. Avanzaba en sus dichos, retrocedía recordando algunos detalles del pasado. Continuaba relatando todo lo que guardaba en su memoria, y a medida que su voz evocaba el pasado, una especie de película desdibujada pasaba por la mente del Obispo.

Al cabo de un buen lapso de tiempo la monja guardó silencio. Acababa de quitarse un gran peso de la conciencia.

—Ve en paz, Hermana —la despidió el anciano Obispo después de hacer un mutuo acuerdo por el cual ellos se mantendrían en contacto. Sor Raquel le llevaría alimentos e información.

Ella caminó lentamente hacia la puerta entreabierta, único lugar donde apenas se vislumbraba algo de claridad en medio de la ensombrecida sala, y se internó en los laberintos del monte.

Por la información que le fuera aportada, el Obispo consideró propicio ocultarse en la sala contigua a los claustros de castigo. Allí se amontonaba gran cantidad de libros obsoletos que nadie leía y habían sido descartados de la biblioteca.

Comenzó a leer algunos títulos porque su mente inquieta no encontraba sosiego y necesitaba armarse de paciencia. Por momentos rezaba. Se sentaba, caminaba dentro de la estancia, soplaba el polvo que cubría las tapas de los libros, se limpiaba las manos ásperas entre sí. Agudizaba el oído y trataba de interpretar los acontecimientos que ocurrían afuera.

El día transcurrió sin que sucediera nada que llamara su atención. Cenó el pan que le había llevado Sor Raquel y un poco de queso sin sal, que ella había ocultado entre sus ropas, privándose de su ración.

La anciana se las arregló para llevar algunas pasas de uva, nueces, un cuenco con agua caliente y algunas hierbas del huerto, con lo que él se preparó un té de menta. También se había hecho de algunas mandarinas y naranjas que aún no alcanzaban a madurar, pero las comería si fuera necesario.

Se acomodó para descansar en un sillón hamaca que hacía mucho tiempo las monjas habían dejado allí con intenciones de hacerle algunos ajustes y trabajos de pintura, y que finalmente habían abandonado, perdido por completo el interés o definitivamente olvidado.

Se cubrió con una manta que solía llevar sobre los hombros, evocando lo dicho por Sor Raquel esa mañana.

—Sor Brígida no pone atención en una anciana como yo. Podré manejarme con cierta libertad porque ella piensa que mi cabeza ya no funciona. La he escuchado referirse a mí... habla como si yo no me encontrara en mis cabales. Eso me da cierto beneficio, Monseñor. Cualquier cosa que yo haga será mirada por ella como la resultante de mi demencia.

El problema más serio lo tienen las novicias. Primero se obsesionó con doña Ana, la martirizó y la convirtió en su esclava. Al ser condenada y sin nada más que perder, la pobre muchacha se atrevió a rechazarla, pero Sor Brígida es una depravada, no es mujer que se rinda fácilmente, y aún suele visitarla en su celda un par de veces al mes. El resto del tiempo somete a Sor Luz, que ingresó al convento por su propia vocación en los tiempos que doña Ana fue condenada.

Más de una vez se han escuchado voces airadas en la celda. Doña Ana acusa a Sor Brígida y aquí todas somos ciegas, sordas y mudas. No podemos hacer nada. La Madre se impone por el terror que inspira su presencia. No le tiembla

la voz cuando manda cumplir un castigo. Aquí imperan el miedo y el silencio...

Esos eran los amargos pensamientos del Obispo, mientras se adormecía en una oscura noche sin luna. Cavilaba que en el día siguiente tomaría confesión. *Doña Ana ya ha sido condenada. Podrá revelar cosas que yo no sé, detalles que no escuché, culpas guardadas en los secretos de su alma... o verdades desconocidas para mí...*

Se arrebulló un poco en el sillón, se tapó los hombros, ladeó un poco la cabeza y se quedó profundamente dormido.

Hacia la media noche, la gritería originada en la sala contigua lo despertó.

—¡No me toque, no se acerque a mí! ¡Asesina! —Ana lo decía marcando cada sílaba, sin levantar la voz.

—¿Y eso a quién le importa Ana? Para la ley eclesiástica usted mató a la Madre Superiora. Usted la envenenó con cicuta. Olvide sus acusaciones. Nadie podrá escucharla. Nadie la sacará de este lugar. Usted seguirá siendo mi esclava...

—Y usted seguirá siendo una asesina —balbuceó Ana furiosa, con voz entre dientes.

—¿Por qué no te esfuerzas en tratar de ser amable conmigo Ana? ¿No te das cuenta que yo soy la única que puedo hacer que tus días sean mejores? Puedo sacarte de aquí, dejarte andar por el huerto, podrías percibir los aires frescos de los jardines, juntar flores para los jarrones, participar de las actividades del convento con las Hermanas. Nadie se atrevería a contrariarme si te vieran andar en libertad... podrías dormir en una cama tibia junto a mí...

—¡Aléjese, asesina! —farfulló Ana, enardecida.

—Aún tengo las marcas de tus uñas en los brazos, Ana. Pero mis dedos están marcados en tu cara. ¿Por qué te empeñas de esta manera? Podrías tener una buena vida si quisieras aceptar mi protección. No me rechaces más. Te lo he dicho mil veces, eres muy terca... y por eso me atraes tanto...

—Estoy pagando esta condena por su culpa, usted preparó el té envenenado y me mandó servirlo, lo repito cada vez que visita mi celda para que nunca lo olvide —sostuvo Ana sollozando, abatida.

—Y yo te repito que lo volvería a hacer una y mil veces si fuese necesario. Mira los beneficios que obtuve con unas ramitas de cicuta reposando en el fondo del tazón que te mandé servir aquella noche. También me gusta recordarlo... Soy dueña y señora de la congregación, puedo tomar o dejar lo que quiero, no debo obediencia a nadie y en cambio, toda la Hermandad debe acatar mi autoridad...

Cuando Sor Brígida se disponía tocar el rostro de Ana, observó un cambio en la mirada de la joven mujer y se dio la vuelta para observar la razón de aquel vistazo dirigido justo detrás suyo.

El Obispo parecía una estatua de piedra, las facciones endurecidas, la quietud sepulcral, los puños cerrados, la mirada crispada.

—¡Monseñor, vaya sorpresa! —exclamó la monja, ahogando un suspiro y llevando una de sus manos hacia su propia boca, mientras los ojos parecían escapar de su cara.

Luego se arrodilló esperando la bendición.

—Levántese —tronó imperativa la voz de Monseñor.

—Es que no sabía que usted nos visitaría este mes y no hemos preparado su dormitorio —atinó a exponer la monja, incapaz de pensar en una salida elegante frente a aquella situación y preguntándose si el hombre habría escuchado algo de lo que habían estado conversando momentos antes—. Ya mismo me ocuparé de hacer que lo atiendan como corresponde, ¿cómo es posible que ninguna de las Hermanas haya tenido la consideración y cortesía de hacerlo esperar en la comodidad de mi despacho, Monseñor? Sepa disculpar semejante falta... ¿Nadie ha tenido la delicadeza de

acompañarlo hasta aquí? ¡Qué barbaridad, no comprendo cómo es esto posible! Ya mismo ordenaré...

—Sígame y haga el favor de no decir una palabra más —exigió el Obispo, a la vez que se acercó a Ana, quien permanecía inmóvil en un rincón de la celda, y dirigiéndose a ella agregó con su más piadoso tono de voz:

—Usted también, doña Ana, sígame.

—Ella es una prisionera, Monseñor —pretendió enfatizar la monja, pero su voz fue emitida de manera débil y aflautada y luego hipó tragándose la saliva, para terminar tosiendo ahogada, al punto de obligarse a detener sus pasos, al darse cuenta que un líquido caliente bajaba por sus piernas, porque se había orinado, formando un charco a sus pies.

Ruborizada como un tomate maduro, miró a la cara de ambos y luego bajó la vista, completamente avergonzada y fuera de sí, rompiendo en llantos espasmódicos que intentaba acallar pero que por el contrario, se oían cada vez más estrepitosos.

El trato que acababa de darle el Obispo, puso en evidencia que el hombre había escuchado la conversación e intentaba pergeñar algún esbozo o discurso creíble que pudiera sacarla de tan embarazosa situación.

Mientras caminaban por los ensombrecidos pasillos, apenas iluminados por velones cuyas llamas languidecían dibujando raras figuras en los paredones, los llantos de Sor Brígida despertaron a toda la Hermandad, pero no eran horas de levantarse, y presas de temor todas las mujeres permanecieron calladas y quietas en sus lechos, creyendo que las demás dormían. Algunas se santiguaron y rezaron íntimamente, otras se taparon los oídos con las ropas de cama, y algunas abrieron los ojos frente a la negrura de los pabellones oscuros, tratando de absorber algún destello de luz inexistente en la mitad de la noche. Todas agudizaron sus oídos tratando de comprender lo que estaba aconteciendo. Sor

Raquel sonrió, adivinando que al fin su misiva escrita tanto tiempo atrás, comenzaba a granar.

El Obispo y ambas mujeres alcanzaron el despacho principal. El hombre formuló pocas palabras:

—Hay testigos que ratificarán lo que usted misma con sus dichos y comportamiento acaba de confirmar, Sor Brígida. El juicio será breve. Mi sentencia será severa. La verdad permanecerá intramuros. Usted es libre Ana, aunque no puedo ofrecer ninguna reparación por los años que permaneció encerrada por una culpa que no era suya... esta noche permaneceré aquí como celador, usted será puesta bajo llaves hoy mismo en una celda limpia y ventilada. Y usted Ana, no sé qué decir, mañana intentaremos reencauzar su vida...

Doce días más tarde, tras un breve juicio y con el testimonio de todas las Hermanas contra Sor Brígida, esta recibió la merecida sentencia y Ana fue absuelta de todos los cargos.

Al escuchar el atormentado relato de Ana, el propio Obispo mandó llamar a don Solar del Campo para mantener con aquel una entrevista y establecer un acuerdo en su favor.

—La señorita Ana no puede seguir perdiendo sus años en el convento, no posee vocación religiosa y en cambio aspira a ser esposa y madre. Asegúrese que en adelante su proyecto de vida se realice acabadamente, y en lo que de usted dependa, don Solar del Campo, procure abrir los senderos y no ponga tranqueras en los caminos de la muchacha. Lo hago responsable de su bienestar y encomiendo el nombre de Ana a Nuestra Señora del Huerto y la Virgen María. Visitaré su casa en algún momento y espero celebrar en persona las bodas de Ana y el buen hombre que ama, un tal Franchesco Vincenzo, quien sabrá cuidarla y darle una familia con muchos hijos. Vayan en paz.

—Procuraré seguir su consejo, Monseñor —manifestó a secas el severo patrón, componiendo una mirada de resignación -dado que la autoridad eclesiástica era indiscutida por aquellos años- extendiendo una mano, e inclinándose para besar el anillo del religioso.

Entregó un abultado sobre con dinero y tomó a Ana de un brazo, conduciéndola hasta el coche. Era la media tarde de un día primaveral y toda clase de agradables perfumes, mezcla de azahares, malvones, rosas y jazmines, flotaba en el aire.

Durante todo el trayecto hacia *La Perla de los Solar*, no intercambiaron una sola palabra. Anochecía cuando llegaron al pie de la tranquera. Don Solar del Campo bajó del coche raudo para abrir el paso. Recorrieron la avenida de álamos que conducía al casco principal. Antes de acabar el recorrido, el motor se detuvo.

—Vaya con su madre Ana —dijo el patrón, señalando el humilde rancho sobre la loma. Espere mi autorización para dejarse ver por la gente de la casa, manténgase oculta hasta que yo le dé permiso para hacerlo, ¿entiende?

—Sí, señor —respondió en un susurro.

—Baje ya, vaya.

Ana corrió sintiendo que le faltaba el aliento, mientras sostenía con una mano su falda algo levantada, para evitar tropiezos. Un torbellino de ansiedad y emociones embriagaba su ser.

—¡Madre! —gritó al transponer la entrada, cuya puerta aún estaba abierta.

Cándida se encontraba de espaldas, cortando sobre la madera algunas verduras a la luz de un candil, y volteó expectante, presa de turbación y alegría.

Ambas se abrazaron en llanto emocionado por el impacto del encuentro, mientras besaban sus frentes una a otra, y apretaban sus cuerpos con tanto sentimiento, y acariciaban sus cabellos con tanto frenesí, que acabaron por arrodillarse

juntas, sobre el piso de piedra, permaneciendo así un espacio de tiempo indefinido, que luego, ninguna sabría precisar si fueron minutos o siglos.

CAPÍTULO VI

Cuéntame un cuento, madre.

—Cuéntame un cuento madre.

—¿Qué ha sido de ti mi niña? —preguntó Cándida conteniendo las lágrimas que escapaban caprichosas, mientras acariciaba los cabellos de Ana, que se hallaba recostada sobre el camastro.

—Cuéntame un cuento madre, por favor...

—Está bien, como tú quieras hija...

“Érase una vez un bosque oscuro. Los niños del pueblo no se atrevían siquiera acercarse. Cada noche se oían gemidos y lamentos. Auuuuuuuuu, Auuuuuuuuu, déjame ver el jardín de flores azules —musitaba una voz de niña.

—No hay flores en este bosque —tronaba la voz del ogro.

—Mi madre me llevaba cada día hasta el jardín de flores. Eran azules. Perfumadas. Yo las aspiraba hasta sentir el sabor del perfume en mi boca, el perfume era dulce en mi garganta.

—Olvida el jardín de flores azules. Ya todas se han marchitado. No hay flores ahora y es invierno. ¡No hay más flores!

—Mi madre me contó que las flores de aquel jardín nunca se marchitarían...

El ogro se alejó de la joven. Ella tenía una larga cabellera brillante, plateada. A luz del sol podría verse blanca. Pero allí no entraba el sol...”

Cándida dejó de contar el cuento. Ana se había dormido.

Se acostó en el mismo camastro y abrazó a su niña por un momento, suavemente, para no interrumpir su sueño.

María del Pilar gritó con todas sus fuerzas aquella noche —recordó Cándida... cuando Ana nació.

Basilio me miró con tanta tristeza... no fue desprecio. Fue tristeza lo que vi en su mirada... se fue sin despedirse. No supo perdonarme... Nunca volvió a la estancia... ¿Qué habrá sido de él?

El alba las encontró calentando el agua para el mate. Pocos. Porque Cándida debía cumplir con su rutina. Alistarse con el vestido negro, el delantal blanco, impecable, con frunces en derredor. El pelo atado en un moño negro, la cofia. Los zapatos gastados de la señora Mercedes que siempre acababan en sus pequeños pies, dos talles más chicos.

—Duerme un rato más mi niña —dijo Cándida al tiempo que besaba su frente. —Volveré al atardecer. Cuídate del patrón. Obedece sus órdenes. No te hagas ver, por favor.

—Ve tranquila madre, ¡aunque tengo tanto deseo de ver a Franchesco Vincenzo! Pero aún me siento prisionera, bajo la voluntad del patrón. Esperaré unos días antes de verlo, sino escaparé para encontrarlo y me refugiaré en su casa, su familia sabrá protegerme... pero temo por ti, madre. Don Solar del Campo es capaz de tomar represalias...

—Él cree que has muerto —musitó Cándida, y sin darle tiempo a realizar cuestionamientos, se dirigió a la casona.

La tupida enredadera se trepaba por las paredes de piedra. La Santa Rita estaba florecida. Un sector del frente, completamente colmado de color fucsia, parecía invitar al edén. Los postigones de gruesa madera le brindaban un toque cálido y señorial. El empedrado de la escalinata se veía flanqueado por macetones cubiertos de malvones rojos. Los helechos bordeaban los canteros. El ligustro que rodeaba la casona y la separaba del resto de las extensiones del terreno, simulaba una fortaleza medieval, no por la resistencia que la misma pudiera ofrecer, sino por la manera como la misma parecía indicar que allí, una vez transpuesta su barrera,

cualquier mortal que se adentrara, se encontraba en el centro del reino.

Cándida respiraba hondo al transponer aquel paso. No sólo no deseaba entrar, sino que cada día le costaba más hacerlo.

Rodeó la casona y accedió a la misma por la puerta de atrás. La puerta de servicio. Estaba resignada a su destino y no se lo cuestionaba. Simplemente le pesaba.

Aquel se le hizo particularmente un largo día. La noche las reunió para compartir la sopa y el pan a la luz de una vela.

¿Cómo puede ser que Franchesco Vincenzo crea que estoy muerta?

Ana había buscado sus cuadernos de infancia esa tarde, las carbonillas y láminas de bocetos aún estaban guardadas y atadas con un lazo rojo, tal como ella las había guardado. Obligada a permanecer dentro del humilde rancho por orden de don Joaquín Solar del Campo, revisó uno a uno sus antiguos escritos y dibujos. Al verlos revivió distintos momentos del pasado. Recordaba cuando su madre llevaba su mano para ayudarle a escribir su nombre. Revivía la suavidad y calidez de esa mano sosteniendo la suya, pequeña y torpe. Revivía la magia de que su madre se apoyara tras su espalda sobre su hombro, para enseñarle las letras y los números. Aún podía recobrar la sensación de oír su respiración y su voz, percibiendo su precioso perfume.

Entre los escritos encontró un poema que ella misma había plasmado en el papel, inspirada en el amor a su perro Lomo, cuando el animal murió.

Si bien ella desconocía lo que significaba tener un padre bajo su techo, lo podía imaginar al ver el comportamiento de Franchesco Di Mastro Pietro con sus hijos. Veía a los niños corretear por la pradera y arrojarle en sus brazos, al regreso. El padre los alzaba en alto de a uno, los abrazaba, les

despeinaba los cabellos, les besaba la frente. Su capacidad de observar el mundo que la circundaba le permitía tejer historias mejores y finales de ensueño. Se valía de los libros de poesías y cuentos que María del Pilar le había regalado a su madre, para echar a volar sus fantasías. Devoraba los libros y aprendía a pensar de maneras nuevas, poniendo colores y movimientos en sus oraciones.

—Madre —balbuceó.

—Querida —respondió Cándida

—¿Por qué el ogro se aleja? Me quedé dormida anoche... ¿Quieres contarme?

—El ogro no quiso que lo vieran llorar tesoro mío, olvida ese estúpido cuento.

—Siempre me lo contabas. Era mi cuento preferido. Cuéntamelo una vez más por favor...

—Ya no eres una niña...

—Necesito escucharlo una vez más. Eres una persona educada, instruida. Tienes el alma bella. Lo comprendí en el convento. Me crié a tu lado y no supe darme cuenta, pero allí conocí toda clase de gente. Tú eres especial. Cuéntame por favor...

Cándida prosiguió contando el relato por unos momentos, pero de pronto se sintió enmudecer y ya no pudo continuar.

Ana entonces repasaba en su mente las palabras de su madre:

—*María del Pilar me enseñó las letras y los números... también me contaba cuentos. Ella fue educada por Miss Mary, aquella institutriz inglesa que le daba clases particulares.*

Por las noches se escapaba por la ventana de su habitación y se metía en mi cama para contarme los cuentos que le relataba Miss Mary. Mi madre nos chistaba para que dejásemos de cuchichear, soltábamos una risita y nos quedábamos calladas un ratito.

Ella se dormía pronto por el cansancio que llevaba, entonces María del Pilar y yo nos sentíamos dueñas de la noche. Nos levantábamos a hurtadillas y encendíamos el candil. María del Pilar me había regalado cuadernos y lápices, me enseñaba todo lo que iba aprendiendo. Aprendíamos juntas. Sabía que nosotras dos somos... —lo dijo con la mirada perdida en lontananza, más allá de la pequeña entrada de luz de la ventana, apenas iluminada por la tenue luz de la luna.

—¿Somos? ¿Somos qué? —había preguntado yo enarcando las cejas.

—Nada. No sé qué quise decir. Me distraje, hija mía.

—¿Qué es lo que callas, madre?

—Respeto mi silencio querida, por el bien de las dos.

—Por favor, te lo ruego. Cuéntame todo. Se que hay cosas que no quieres hablar, pero sospecho que algo muy doloroso enturbia el brillo de tu mirada.

—Escucha... Seguiré contándote el cuento... “El ogro se alejó porque no quería que lo vieran llorar. Tantas fueron sus lágrimas que formaron un río. El río serpenteaba cuesta abajo regando el jardín que estaba marchito. Pero este río también cantaba...

El ogro volvía cada noche y contemplaba a la niña dormida. Entonces ella lo escuchaba mascar su pan y se despertaba.

—Llévame a ver el jardín. Déjame ver las flores.

—Ya no hay flores —repetía el ogro y volvía a alejarse. Y volvía a llorar. Pero el ogro no podía ver el río que se formaba porque la oscuridad cubría todo el bosque.

Una noche el ogro no volvió. Y pasaron muchas noches. La niña comenzó a caminar sin rumbo, siguiendo la luz de una luciérnaga. Mientras caminaba se dio cuenta que estaba descalza pero sus pies no se lastimaban, se percató que llevaba días sin comer pero no sentía nada de hambre. Calculó que

estaría amaneciendo porque ya no había oscuridad. Volteó y se vio en medio de un hermoso jardín de flores azules. Atrás, adelante, a los lados... y el río azul que cantaba, todo lo bordeaba. Ella caminaba sobre las flores del jardín.

—¿Dónde estoy? —se preguntó a sí misma—. ¿Cómo he llegado hasta aquí? ¿Dónde está el ogro? ¿Dónde está mi madre?

La luciérnaga comenzó a transformarse y en su lugar la niña vio a su madre.

—Siempre estuve a tu lado para cuidarte —dijo la madre. El ogro era débil y tronaba su voz para sentirse fuerte. Un hechizo del bosque te ha hecho soñar despierta. Te gustan tanto las flores que las hueles, y te quedas como dormida, como sin ver... vamos a casa. Cortaremos un ramo para el jarrón.

—Pero madre, los niños temen adentrarse en el bosque.

—Es por el temor que nosotros, los grandes, les hemos transmitido mi niña. Hay peligros en el bosque. No quiero que te internes nunca.

—Jamás lo haré —dijo la niña y cortó un ramo para el jarrón. Se tomaron de la mano. Y emprendieron juntas el camino del retorno.”

—*Y así este cuento se ha terminado* —concluyó Cándida con su mirada perdida en la llama de la vela.

—¿*Quién es el ogro, madre?*

—*Los ogros sólo existen en los cuentos. Vamos a dormir, estoy muy cansada.*

Ambas mujeres se despidieron con un beso y se acostaron en sus camastros. Cuando Cándida se durmió profundamente y su respiración era un ronquido, Ana se levantó con sigilo y salió a respirar el aire fresco de la noche primaveral.

Caminó con pasos suaves hasta las orillas del arroyo. Se quedó observando el fulgor de la luna balanceándose sobre las

aguas y se acuclilló sobre sí misma. La pena contenida durante tanto tiempo se le vino encima y comenzó a llorar.

Francesco Vincenzo la encontró en medio de la noche cerrada y oscura, gimiendo a orillas del arroyo Pergamino. El muchacho había salido en busca de frescor para su mente junto a aquel remanso de aguas. La daba por muerta desde hacía mucho tiempo y el impacto del encuentro le embriagó los sentidos. Creyó que un concierto de orquesta nacía del lecho del río, porque en sus oídos, las aguas viajeras sobre un colchón de arenas, sonaban como la música más hermosa nunca antes escuchada. Y por un instante sintió que la oscuridad se había vuelto luz y todas las estrellas de la noche fulguraron su brillo con tantas fuerzas, que más allá de los cielos, creyó ver otro cielo, más luminoso y refulgente aún.

—¿Ana, *bambina*? —preguntó extremadamente sorprendido—. ¿Eres tú?

Ella estaba sobre el suelo, con las rodillas pegadas al rostro y abrazando sus piernas con los brazos. Era casi un ovillo humano. Él se agachó a su lado, ella volteó y se abrazaron desesperadamente después de tantos años.

Fue un sinfín de emociones para Ana y Francesco Vincenzo. Las palabras se perdieron entre besos y caricias.

La noche siguiente, después de la cena con su madre, Ana mordió una manzana y tuvo un doloroso recuerdo.

—¿Quién es el ogro madre? —insistió Ana.

—Te he dicho ya que los ogros sólo existen en los cuentos Ana, querida mía —replicó la madre.

—Tengo derecho de saber toda la verdad, ya soy grande, por favor... ¡El ogro existe!... ¡El ogro es don Solar del Campo! ¡Pero en el cuento me dices que el ogro es bueno, que no quiere que los vean llorar, que es débil!... ¿Por qué?

—Ana... la noche que tu naciste...

Cuando Cándida se disponía hablar, don Solar del Campo irrumpió en la pequeña vivienda, exigiéndole que lo acompañase para atender una indisposición de doña Mercedes. Madre e hija apenas cruzaron una mirada y el hombre tomó por un brazo a Cándida arrastrándola hasta la casona.

Al cabo de un buen rato, Cándida regresó exhausta y Ana comprendió que no era momento para pedir nada. Su madre había trabajado desde el amanecer hasta bien entrada la tarde y encima después de la cena, a doña Mercedes le había dado el capricho de hacerse lavar y masajear los pies.

Al igual que la noche anterior, Ana salió para encontrarse con Franchesco Vincenzo, después que Cándida se durmió profundamente.

A falta de palabras, el amor era tomarse de la mano, compartir el espacio en medio de los sonidos de la noche y dejarse llevar arrastrados por las promesas y los sueños largamente postergados.

CAPÍTULO VII

María del Pilar. Remembranzas.

La noche que cumplí 15 años escuché discutir a mis padres Joaquín y Mercedes Solar del Campo...

—*¡Quítate! ¡Aléjate! ¡No quiero nada contigo! ¡Búscate una ramera! —decía mi madre—. ¡Acuéstate con tu hembra, la madre de tu bastarda! Y mira el nombre que eligió para su hija: Cándida. Por eso echaré de aquí muy pronto a tu maldita Perla.*

Luego mi madre rompió en llanto.

Mi padre salió de la habitación dando un portazo. Yo me tapaba los oídos pero sabía que él iba a la sala por sus bebidas. Solía beberse una botella entera y al día siguiente amanecía tirado en el sillón, a medio vestir, con la camisa desprendida y el pantalón desabrochado.

Las lágrimas rodaban por mi rostro.

Esa noche por desgracia no fue a la sala... Desdichada de mí. No quiero recordarlo. ¡Era el día de mi cumpleaños!

Al mes Cándida lavaba sus apósitos.

—No he lavado los tuyos —dijo. ¿Los tiraste?

No le respondí, quedé mirándola.

Los días siguientes me sentía pesada y somnolienta. Algunas comidas me caían mal. Mi padre me miraba con ese brillo penetrante y severo en los ojos y eso bastaba para hacerme enmudecer.

Y hubo otra noche de discusiones acaloradas. Y otro portazo. Y esta vez tampoco mi padre fue a la sala por alcohol.

Los meses siguientes Cándida lavaba sus trapos y yo en cambio no tenía la regla. Cuando mi madre se dio cuenta me dio tal golpiza que me dejó enferma varios días en la cama. Pensé que me estaba muriendo. Por aquel entonces me encontraba postrada y atormentada. Cándida me aferraba las manos, me llenaba de caricias y besos sobre la frente. Me contaba sus planes de casamiento con Basilio Díaz. Era la única que me hacía sonreír con sus ocurrencias e ilusiones. Aún no me daba cuenta de lo que me estaba pasando.

Para el tiempo en que mis pechos y mi vientre se abultaron seguía sin darme cuenta.

—Tendrás un hijo —afirmó Cándida con naturalidad e inocencia. Basilio vendrá en un par de meses. Quizá tres. Para cuando él venga nos casaremos. Quiero ser la madrina, aunque tus padres no querrán, me imagino —y me miró con tristeza, asumiendo que ella no podría ser la madrina de mi hijo—. No importa —agregó—. Lo querré como si lo fuera. ¿Quién es el padre de tu hijo, María del Pilar? —preguntó de repente, sorprendida.

Negué con la cabeza.

—No es cierto —dije—. No tendré un hijo.

Cuando se cumplieron mis nueve lunas, mi madre gritaba enfurecida por todo. La servidumbre fue enviada durante una semana a la casa de la avenida Santa Fe, en Buenos Aires. Don Alonzo, el chofer, llevaba la orden de no volver hasta la fecha indicada bajo ningún motivo.

Cándida fue la única que quedó para atender a la familia. La mañana que mi hija nació estábamos solas, ella y yo. Mis padres salieron de la casa apenas comencé a sentir los primeros dolores. Volvieron la noche siguiente. Pensé que traerían ropitas y mantas.

Mi madre ni siquiera miró a la niña que estaba prendida de mi pecho, envuelta en telas de sábanas limpias que Cándida

había preparado. Se retiró al dormitorio marcando su enojo con pisadas furiosas.

Cándida y yo nos miramos sin saber qué hacer. Mi padre tomó a la niña.

—¿Qué nombre le pondrá a su hija? —preguntó dirigiéndose a Cándida.

Cándida estaba pálida como la luna.

—Su nombre es Ana —dije tratando de tomarla en mis brazos.

Mi padre me empujó sobre el sillón, entregó mi hija a Cándida y la obligó a salir de la casa con la niña en sus brazos. De nada sirvieron mis súplicas.

—Cuide bien a su hija —pronunció terminante. Y a ustedes dos no quiero verlas juntas ¿entendido? —sentenció finalmente, lapidario.

Recuerdo que el día que Basilio Díaz llegó a la estancia, la peonada le salió al paso para felicitarlo.

—Apure el casorio Basilio, ¿para cuándo los confítes? ¡Que la criatura ya está nacida, caramba!

Basilio se ruborizó hasta los dientes y selló los labios con las mandíbulas desencajadas. Caminó a tranco largo, con pasos fieros, hasta el ranchito en la loma, para confirmar lo que acababa de escuchar. Nunca había entrado sin anunciarse, pero esta vez... Corrió las cortinas de tela de la puerta de entrada y se detuvo en seco al contemplar la escena.

Cándida alimentaba a mi hija —supe— con un biberón.

—*Me miró con tristeza, no era enojo, era una tristeza infinita la que vi en su mirada* —me contó Cándida una tarde que mis padres salieron por unos trámites.

—*Quise explicarle pero no había nada que explicar...*

—¿*Quién es el padre?* —preguntó

—*No lo sé* —respondió Cándida, completamente turbada.

—¿Te burlas de mí? Lo habría entendido si me hubieses contado. Te hablé de casarnos y no dijiste nada. Pensé que me querías, mujer... Veo que había otro hombre en tu vida. Ya tenía en vista un techo pa'nosotros. Bueee, veo que me he'equivocao, perdona.

Cándida agregó:

—Me miró con tristeza y no atiné a decirle nada. Sólo le vi irse despacio. Volteó una vez más. Creo que eran lágrimas las que le hacían arder y brillar los ojos. Yo no me moví del banco donde estaba sentada. Ana, con pocos días de vida, debió percibir mi propio dolor porque rompió en llanto y lloramos juntas.

Cándida puso la niña en mis brazos pero mi hija ya no me reconocía. Era una marrana junto a mi pecho, en cambio la apoyó sobre los suyos y Ana se quedó dormida.

Un horizonte de color anaranjado parecía dibujar la redondez de la tierra. Supe ese día que Ana ya no era mía.

De Basilio Díaz no supimos más...

Cándida ignoraba que éramos hermanas. O tal vez su madre se lo había dicho y lo sabía. No lo sé... ¿Se lo habrá dicho su madre?

Cada tanto nos miramos a los ojos. No sé si ella me culpa por el abandono de Basilio Díaz. Pero sé que ama a mi hija, de un modo que yo misma no habría sabido.

Cuando Ana cumplió tres años mi padre compró una cuna. Mi padre, el padre de Ana. El padre de Cándida. “Don Solar del Campo” lo llaman con reverencia quienes lo tratan.

Cada vez que mi madre lo echaba de la habitación venía por mí. Tal vez junte el valor para matarlo algún día, pensaba.

Recuerdo cuando Ana me sonrió. Tendría tres añitos. Le ofrecí un dulce y extendió su manita. La abracé con tanto

amor. Hubiera deseado morir después de ese momento tan hermoso.

—Mamá, mamá, mira mamá —llamaba a Cándida el día que encontró un nido de gallinas con huevos tibios.

Creo que Cándida misma ha olvidado que Ana es mi propia hija. No puedo reprocharle nada.

A veces Ana venía a la casa siguiendo a Cándida, pero mi padre mostraba tal fastidio por su presencia, que ella solita se encerraba a jugar en la despensa. El ogro nunca iba a la despensa. Allí estaban guardados mis juguetes, mi caballo de madera, mis muñecas de trapo, las latitas que usaba para jugar a la cocinita, mis bloquecitos de maderas pintadas.

Cuando Ana cumplió diez años mi padre le dio un beso. Creo que fue la primera vez que le vi darle un beso. No sé si fue cosa mía o vi lascivia en sus ojos. Si se atreve a tocarla lo mato, me dije.

Cándida también se estremeció al ver que mi padre le había dado un beso, pero ella ignoraba que el ogro era el padre de Ana. Sólo sabía que el ogro siempre se fastidiaba con la niña.

Hablaré con ella, quiero que lo sepa. Guardar este secreto es muy peligroso para mi hija. Cándida debe estar muy alerta para protegerla, pensé.

Aproveché la tarde que fueron a los funerales de don Ferrari Esteche.

—Cándida, debo confesarte algo —le dije turbada y temblorosa.

—Diga señorita —inquirió apática, ya que desde que mi padre dio la orden de no vernos juntas, ella ocupó su lugar en la servidumbre y pareció olvidar nuestra amistad de infancia.

—Necesito que me escuches, no me interrumpas, no sé si otra vez tendré el valor de hablar. Mi padre, ¿recuerdas la noche de mi cumpleaños de 15? Bueno, tú ya no estabas dentro de la casa. Después que te retiraste una vez servidos los

postres, mis padres comenzaron a discutir en la sala. Siguieron peleando en los dormitorios. Mi padre solía ir por alcohol cada vez que peleaban... Esa noche entró en mi habitación...

Antes escuché a mi madre. Lo acusó de ser tu padre. ¿Recuerdas las veces que me metía en tu cama siendo niña para contarte los cuentos que me relataba Miss Mary? ¿Recuerdas que aprendimos juntas a leer, escribir y dibujar? Somos medio hermanas, somos hermanas por parte de padre Cándida, y Ana también es nuestra hermana. Ella es mi hija hermana.

Al término de mi confesión Cándida no cesaba de llorar. Solo nos abrazamos. En ese momento entró Ana avisando que el coche de mi padre avanzaba por la avenida de los álamos.

Nos vio llorar y se nos quedó mirando.

Cándida tomó de la mano a la niña y corrieron juntas.

Esa noche mi madre trató a Cándida peor que otras veces. Ya no sé si me pareció a mí o realmente fue así.

Sé que cuando mi hija Ana podía jugar con Franchesco Vincenzo y sus hermanos menores era feliz. Se notaba que esa amistad le molestaba a mi padre, que no veía con buenos ojos los juegos entre un niño y una niña, pero su relación con los Di Mastro Pietro siempre ha sido muy buena y seguramente no ha querido altercados con los vecinos.

Los niños han jugado desde pequeños. Doña María Úrsula siempre se ha mostrado gentil con Ana y no ha parecido importarle que sus niños jueguen con la hija de la servidumbre –tal lo que ellos y todos los demás vecinos creen. De grandecitos se habían distanciado un poco. El muchacho trabajaba con su padre de sol a sol. Ana se dedicaba a sus bocetos y dibujos y ayudaba en las tareas de la casa.

Parecían novios. Creía que estaban destinados a vivir juntos toda la vida.

Sufrí con desesperación cuando supe que mi padre encerró a Ana en el Convento de Nuestra Señora del Huerto. Por esos

días mi madre se veía satisfecha, como si se hubiera sacado de encima un gran estorbo. Fueron muy largos y duros estos años.

Me sentí morir cuando corrió el rumor sobre la muerte de mi hija, pero nunca terminé de creer esa falacia echada a rodar por mi padre. Creo que mi instinto materno me protegió de tomar en cuenta esa cruel mentira.

Supe que Ana fue traída nuevamente a la estancia por mi padre, pocos días antes que se conociera la noticia del reclutamiento de Franchesco Vincenzo.

¿Qué mala estrella ha caído sobre nosotras para que las cosas hayan sido de esta manera, mi Señor? Si quieres una ofrenda para que cambie el curso de nuestros destinos te ofrezco mi vida Jesucristo, pero por misericordia te imploro, protege a mi hija.

Supe que Cándida nunca ha olvidado a Basilio Díaz:

“Pongo tu nombre en mis plegarias”, ha escrito.

He leído sus memorias. Dejó olvidadas sus notas sobre mi mesa de noche, sé que las lleva consigo como un tesoro, guardadas en el bolsillo de su delantal. Por alguna razón se le quedaron allí una tarde y recién las recuperó la mañana siguiente. No pude resistir la tentación de leerlas, Dios me perdone semejante osadía contra su privacidad. Traté de dejarlas tal como estaban cuando las encontré para que no sospechase mi intromisión.

Pongo tu nombre en mis plegarias. Basta pensar que te encuentres bien, que si me hubieras condenado en mi desgracia, también acaeciera para ti el perdón divino.

Te esperaba contando los días y las horas, Basilio. Te esperaba como los primeros brotes de primavera esperan los rayos del sol y el agua de la lluvia. Prometiste volver y mi mundo se llenó de sueños e ilusiones. Invadiste todos los

rincones de mi alma como un río que desborda y avanza hasta los confines más remotos sin pedir permiso a nada.

Yo era apenas una joven soñadora sin otro futuro que los malos tratos de doña Mercedes. Ni siquiera se me ocurría tomarme la licencia de fabular una ilusión. Sabía que mi vida era servir a los patrones, ver pasar el tiempo sacando brillo a muebles lustrados y suntuosos que nunca serían míos. Sirviendo mesas lujosas con vajillas de plata y cristal para las fiestas que sólo tocarlas con los guantes de algodón me causaba embeleso. Pero nada de eso me pertenecía y estaba todo muy claro para mí. Allí no estaba mi mundo. Y tampoco lo deseaba. Me daba cuenta que doña Mercedes no era feliz a pesar de tener la vida de una reina con sus ropas costosas y sus viajes a la capital para asistir al teatro a una presentación de gala o a un casamiento. Mi mayor felicidad era cuando después de servir los postres de la cena me podía retirar a mi pequeño rancho, con mis pobres pertenencias tan ricas en recuerdos.

La mesa humilde y el banco de madera rústica donde mi madre me servía el mate cocido por las mañanas y las noches. El tazón enlozado color verde agua, cachado en varias partes. Yo conocía cada uno de sus desgastados dibujos porque con mi madre le encontrábamos parecidos a las formas de las muescas. Abajo del asa una frutilla. En el borde del frente un limón. En la base un pájaro. Las roturas del enlozado eran más bellas que cualquier pintura en la porcelana de un plato de doña Mercedes.

Sobre el camastro una manta de mil colores tejida por mi madre. Cada noche durante mucho tiempo fue tejiendo cuadrados de lana con ovillos que le daba doña Mercedes. Cuando finalmente pudo coser uno a uno los cuadrados formando la manta, la dobló prolijamente para entregar el encargo.

—Es preciosa mamá —le había dicho yo con mis ojos iluminados. Ella me devolvió una sonrisa dulce.

La pobre volvió llorando con la manta bajo los brazos. Doña Mercedes le dijo que nunca imaginó que se podría realizar un tejido tan horrible con lo cara que estaba la lana. Que lo tirara a los chanchos porque ese mamarracho no era digno de una cama en la residencia. Y que además estaba impregnado por el olor a leña del rancho. Hasta le propinó una cachetada que le dejó marcados los dedos en la mejilla, durante varios días.

Pobre madre mía. Era invierno y le rogué que no tirara la manta. Le dije que era una preciosura y esa noche pusimos los camastros juntos para compartirla.

Doña Mercedes jamás entraría en nuestra humilde morada, de eso estábamos seguras. Vinieron días y noches muy frías y la manta de mi madre nos daba abrigo y calor.

Yo no esperaba nada de la vida hasta que te conocí, Basilio. Mi madre había sido echada por los Solar del Campo hacía un par de meses y no le permitieron llevarme con ella. Dijeron que los Dunkan no querían niñas en su casa y que yo debería reemplazarla. Que la paga por mis servicios le sería entregada a ella hasta que yo cumpliera los 21. Y agregaron que techo y comida no me iba a faltar. En eso son gente de palabra y han cumplido conmigo. A veces don Solar del Campo dice que es suficiente la comida que me llevo a la boca. Que no hace falta ninguna paga.

Cuando prometiste volver, mi mente urdió sueños de colores, como la manta de mi madre. Uno a uno, día a día, fui imaginando la vida a tu lado. Me la llevaría como única fortuna. Todo lo demás lo haríamos juntos.

—¿Quién es el padre? —me preguntaste.

—No lo sé —te respondí.

Sabe Dios que no te he mentado, Basilio. ¿Quién es tu padre, querida Ana? No lo sé.

Cerré los escritos de Cándida tal como ella los había dejado. Las marcas del doblar en los papeles de carta eran un vestigio, un signo de que las mismas habían sido leídas y releídas muchas veces por su autora.

Sentí el sabor salado de mis lágrimas en la boca. Estuve a punto de depositar un beso en esas cartas, pero temí ensuciarlas.

Me invadió un fuerte deseo de salir por la ventana de mi habitación como cuando era niña y correr hasta el ranchito para meterme en su cama y contarle toda la verdad pero me faltó coraje. Además Ana ya estaba crecida y no quería hablar de algo tan delicado en su inocente presencia.

Por suerte no lo hice. Esa noche el ogro entró en mi habitación. Si no me hubiese encontrado me habría buscado y no sé qué habría sido de nosotras.

CAPÍTULO VIII

Basilio Díaz. Lluvias de otoño.

—¿Quién es el padre de la criatura? Dime Cándida. ¿Recuerdas mi promesa? El patrón me recomendó con don Morra, el dueño del viejo almacén, que está cerca de la estancia “Las Moras”. Tiene un terreno con una linda casita y lugar suficiente para hacer la huerta. La casa necesita arreglos y yo me doy maña pa’ eso. Me rentará la casa, podremos casarnos prontito... Pa’ eso es que fui a buscarte... Pa’ pedirte casorio mujer...

En la mente de Basilio los recuerdos y pensamientos eran recurrentes.

¡Pucha, carajo! ¿Quién es el padre de la criatura? ¿Cómo que no lo sabe? ¿Por qué no ha sido sincera conmigo? ¿Por qué no ha intentado darme una explicación? Me quedó grabada su mirada, los ojos grandes, la boca entreabierta, la voz un susurro...

—No lo sé —me ha dicho. Ni siquiera intentó detenerme...

Tendré que explicar a don Morra que no habrá casorio. Le devolveré las llaves. No quiero que me devuelva el anticipo de la renta. ¿De qué me sirve esa plata si no pude traer conmigo a la china que me ha robado el corazón?

—Vea don Morra, no habrá casorio, aquí le devuelvo las llaves del rancho, quédese con el anticipo que le entregué y que había ahorrado con tanta ilusión, no me hace falta, que lo

aproveche con su esposa, Doña Carmela, y sus gurises pa' darse algún gusto.

—¡Epa amigo! ¿Pero qué ha pasado, es que la novia lo ha rechazado? Disculpe que le pregunte en confianza, pero usted estaba tan contento cuando le mostré la casita, el terreno, los arreglos que le están haciendo falta. Vea, fuimos con la Carmela y hasta una lavada de cara con cal le dimos a las paredes para que se viera limpia. Yo con la brocha gorda y ella cebando mate... También le aseguré las trancas y los gurises plantaron un limonero en el jardín.

—Ella murió —dije. No me atreví a contar que otro gavián me había robado la paloma.

Don Morra me miró con los ojos húmedos y me dijo en seco:

—Le acompaño el sentimiento.

Salí de ahí con el alma rota. Y me juré amarla para siempre. En secreto.

Al patrón también le dije que ella murió. Pa' no tener que andar explicando nada.

Desde ese día no he vuelto a nombrarla en presencia de nadie, pero cada vez que me acuesto por las noches, al apagar las velas, pronuncio y repito su nombre y le pido a Dios por ella y el niño, hasta quedar dormido y vencido por el sueño.

Han pasado ya muchos años. Solía percibir algunas lágrimas rodando por mi cara los primeros tiempos. Las lluvias de ese otoño me encontraron en mis labores rudas tantas veces, al descampado. Entonces aprovechaba para llorar y desahogar mi pena al aire y al viento. Algunos compañeros de trabajo hasta me dieron sus condolencias.

—Olvide a la finadita, o llévele flores y búsquese otra china —me dijo una tarde de abril el patrón. Recuerdo que era abril porque era el aniversario de mi madre.

—Ya habrá tiempo pa' eso —dije, tratando de mostrarme fuerte y seguro, pero yo había decidido no mirar a otra mujer.

Y es lo que hice. Vi cómo se fijaba en mí la hija del casero ese mismo otoño, la Blanquita. No sé si era compasión u otra cosa. Cuando ella se daba cuenta que yo la veía, bajaba la vista. Tampoco se ha casado ni se le ha conocido nunca un pretendiente, pobre. Ni al baile la han llevado los padres. Nunca. Así se ha quedado para vestir santos.

Con paciencia aprendí a enlazar las letras y me di maña para leer y escribir. Me gusta la poesía. Mi abuelo sabía algunos poemas de memoria y me los recitaba a la nohcecita. Sé que hay que usar palabras bonitas. Escribí y guardé unos versos. Los primeros. Los otros los rompí y dejé que se los llevara el viento. Los leí tantas veces que los tengo guardados en la memoria:

Cándida

Cándida. Paloma mía.

*Cuando veo las estrellas titilantes por las noches,
tu nombre se me prenda al corazón y no puedo soltarlo.
La luna blanca tiene la forma de tu cara mansa cuando
está redonda.*

*Y me imagino el bulto anaranjado de tu vientre cuando está
menguante.*

*Allí maduró la semilla viva que ahora acunan tus brazos
suaves.*

*Tal vez elegiste mejor partido para la cimiente de tu
estirpe.*

*O te olvidaste de mis promesas de días buenos y felices
a futuro.*

O no quisiste lastimarme al rechazarme, humilde.

Y en silencio, de callada, de tu vida me arrancaste.

No sabías, no podías siquiera imaginar

que por siempre este enamorado fiel, perseverante,

*se juraba a la luz de los cielos y de la tierra, amarte.
En la flor salvaje del cardo se confunden tus ojos
silvestres,
a veces encuentro tu mirada tímida y cautivante en ella.
En las espinas de la acacia sangra mi corazón doliente.
Y en el arroyo que serpentea cruzando los caminos,
están todas mis lágrimas lloradas.
Son tantas que de a poco, el arroyo podría convertirse en
caudaloso río.*

*Las piedras oscuras que regala la tierra cuando apaleo los
surcos,
son las guardianas seguras que habrán de recordarme por
siempre los tropiezos.
Tropiezos que la vida me ha dado cuando no los esperaba.
Y me hacen caer por abismos que me abren los suelos,
obligando a levantarme con fiereza porque sé con certeza,
que todo lo que te di y te prometí, te lo di por completo.
Y dentro de mí ya no hay lugar para otro nombre,
que no sea tu nombre: Cándida.*

Ahora estoy más tranquilo. El tiempo transcurrido no ha logrado vencer mi cariño.

Te guardo por siempre en mí, paloma. Me he dedicado al trabajo rudo y con ahorro y sacrificio he comprado unas chacras y levanté una casa. Dejé el ombú añejo plantado en el jardín. Allí anidan y cantan los pájaros. Los días de franco salgo al pueblo para escuchar los payadores y tomar un agua ardiente con otros paisanos. Todos esconden penas y cuitas. He aprendido a darme cuenta de eso. A veces los que se ven más divertidos para contar chistes son los que peorcito lo han pasado.

Sabrás Dios si ella ha sido feliz, ojalá lo fuera (que para desdichado estoy yo), aunque nadie lo sabe. El que necesita

una mano o una oreja para aliviar sus penas, sabe que para eso siempre estoy.

En los años de mi juventud estaba lleno de sueños, será porque mi abuelo siempre que señalaba el rojizo horizonte al poniente me decía:

—Usted Basilio mire siempre pa’ delante, que el futuro y la vida se miden siempre pa’ delante.

Era muy chico cuando el accidente -decía el abuelo- se llevó a mi madre. En abril, le escuché decir tantas veces el mes que me sería imposible el olvido.

Recuerdo que me sentaba en sus rodillas por las noches y me recitaba unos poemas (nunca supe donde los habrá aprendido), después me mandaba a lavar los pies y mi abuela me los secaba, me alzaba en sus brazos y me hacía dormir sobre sus hombros. Me dejaban caer en el catre cuando ya estaba casi dormido. Yo los escuchaba conversar en voz baja:

—Carlos, el padre, se fue el mismo día que la enterramos —repetía mi abuela cada noche mientras acariciaba mis cabellos.

—Hay que ser fuertes, la Magdalena nos dejó el hijo, haremos de él un hombre de bien como que me llamo Pedro Martínez —respondía mi abuelo.

Creo que los viejos han cumplido su propósito porque desde que me despedí de ellos a los 14 años para buscar conchabo, no creo haberles fallado nunca en mi hombría de bien, tal como ellos lo soñaron.

Ya son gente grande, peinan canas y en su piel se ve el paso del tiempo... y aún esperan que les presente a mi futura esposa. Cuando puedo darme el gusto de ir a visitarlos a la casa vieja en algún día feriado, no pierden la oportunidad de preguntarme

—¿Para cuándo?

Todo lo que puedo decir es que al adentrarme en las chacras, esos aromas que se mezclan en el aire, de espigas de

maíz o trigo, me remontan a los tiempos de niño, cuando el regazo de la abuela o los brazos protectores del abuelo, eran mi refugio seguro para sanar todas las heridas ¡carajo!

Y cuando la abuela ceba mate y pregunta “¿para cuándo los confites?” le cambio la conversación con algún chiste o una pregunta que la deja con la boca abierta, o le saca una sonrisa y me abraza, o me da un coscorrón cariñoso sobre la cabeza.

Me han contado que andan con algunos achaques propios de la edad, pero aún parecen gente con fuerzas para seguir, como lo han repetido tantas veces. Ellos se tienen el uno al otro todavía. Eso me da tranquilidad para seguir mi camino. Cuando uno de los dos o ambos, comiencen a dar las señales del último tramo de su paso por este mundo, me las arreglaré para pasar más tiempo con ellos. Se lo debo. Son todo lo que tengo.

Sé que les habría gustado verme formar una familia...

¡La pucha que a veces me pongo sentimental! ¡Bueno para nada!

Iré a dar de comer a los animales para despejarme un poco la cabeza, tomaré el caballo y saldré a dar un rodeo al viento, tal vez la brisa del monte me llene los pulmones de aire limpio.

Por ahí me arrimo por los caminos, cerca de la estancia... *La Perla de los Solar*... vaya nombre... ¿cuál será su significado?

Un hombre no puede vivir toda la vida de recuerdos. Si la veo casada y llena de hijos tal vez me decida a buscar por fin una compañera.

Poco después de haber dado forma a estos nuevos pensamientos, Basilio Díaz dio aviso en Las Moras que se ausentaría por dos o tres semanas y con la mirada amorosa de sus ancianos abuelos grabada en el alma, partió por el camino ancho hacia Pergamino.

Durante el viaje a caballo sus pensamientos se fueron aclarando y decidió que esta vez llegaría a fondo con el enigma. Trataría de averiguar quién era el gavilán que le había quitado la paloma. Si era un buen hombre y ella era feliz la olvidaría. Si acaso un ultraje o abuso la hubiera convertido en madre él estaba dispuesto a casarse todavía, si es que ella aún lo deseaba.

Se dio cuenta que la posibilidad de que las cosas hubieran sido así, también había pasado por su cabeza muchas veces. Pero entonces recordaba la respuesta de Cándida cuando él había preguntado quién era el padre de la criatura, y en ese “no lo sé” por toda respuesta, se sentía atravesado por un ardor que le quemaba las venas.

¿Cómo que no lo sabe?, se había preguntado un millón de veces, entonces las hipótesis que le venían a la mente lo enneguecían de dolor y dejaba de pensar. Se refugiaba en el pasado, cuando todo estaba por suceder, recreaba en sus recuerdos la pureza y sencillez de Cándida tal cual como él la había conocido, y escribía poemas exaltando en sus escritos todas las bellezas y virtudes que él había creído encontrar en ella.

¿La había idealizado o realmente ella era la mujer más hermosa del mundo?

Cualquiera fuera la respuesta, Cándida había sido madre unos treinta años atrás y ahora andaría rondando los cuarenta y cinco. Él estaba para cumplir los cuarenta y siete y definitivamente los años empezaban a caer sobre sus hombros por su propio peso. Tenía que verla casada, llena de hijos, feliz y realizada, para recomenzar su vida con otra compañera. La soledad con la que se había acostumbrado a pasar sus años, ahora le estaba jugando una mala pasada. La idea de dar un corte a ese amor shakespeariano de pronto tomaba cuerpo de un modo urgente y avasallador. Veía el ocaso en la vida de sus

abuelos. Veía el estío de su propia vida. El atardecer. Ya es suficiente, se dijo.

La brisa fría del invierno le helaba la piel del rostro y las manos curtidas. La arenilla y el polvo del camino se le iban adhiriendo en los pliegues de la frente, las mejillas, el cuello y aquellas manos de trabajador rural, que sujetaban las riendas del majestuoso animal y se sentían quebradizas por las inclemencias del tiempo y el laboreo rústico.

Espoleó las ancas del caballo para apurar el galope. Como en una película le fue pasando su propia vida por el alma y el camino se hizo breve, y los sueños fueron cortos, y los años fueron muchos y los pesares hondos.

Nada más estar cerca de la tranquera en *La Perla de los Solar* le estremeció una emoción renovada como la de aquellos años de juventud, rebosante de futuros, que prometían aguas de lluvias limpias y besos de enamorados a mansalva y a montones.

Una mezcla de olor a menta y eucaliptos lo embriagó cuando la reconoció de lejos: Cándida.

Era la hora en que comenzaba a caer el sol y el cielo se tenía de rojos, azules, amarillos y naranjas. Los últimos destellos de la luz del día sobre sus cabellos negros parecían fulgurar con brillos y chispazos de oro y plata.

Por un momento ella miró hacia la tranquera y aunque de lejos, sus miradas se encontraron y se reconocieron.

La vio entrar en el rancho e interpretó que las cosas parecían estar igual o bastante parecido a lo que hubiera sido tanto tiempo atrás. Pronto Cándida y una preciosa y joven mujer salieron juntas para cargar los baldes de agua.

Basilio batió las manos tras pasar la tranquera, pues siempre lo había hecho de ese modo como hombre de confianza en aquella propiedad y no necesitaba que nadie le abriera el paso. Ató el caballo y lo dejó pastar cerca de la aguada. Se encaminó derecho a las mujeres con intención de

saludar a la que tanto amaba y conocer por su propia boca las verdades que había venido a buscar.

Don Solar del Campo acababa de atravesar la entrada con su coche e inmediatamente detuvo el motor, bajó del mismo y le interceptó el paso con un saludo seco.

—¿Es usted Basilio Díaz o me lo parece? —preguntó.

—El mismo don Solar del Campo. A sus órdenes —respondió.

—¿Qué lo anda trayendo por acá si se puede saber, después de tanto tiempo?

—Necesito hablar con doña Cándida, para eso vine señor.

—No, olvídense de ella Basilio. Venga, acompáñeme a tomar un trago, yo lo invito y usted me hace las preguntas que quiera. Se todo sobre esa chica... —al tiempo que dijo esas palabras lo tomó de un brazo redirigiendo sus pasos hacia la casona grande.

Basilio se vio obligado a seguirlo para no desairar al dueño de casa. Una vez dentro de la misma los hombres se sentaron en el recibidor. Don Solar del Campo se dirigió al mueble donde guardaba los licores y otras bebidas y tomando dos copas invitó al recién llegado.

—Y bien, cuénteme que es lo que quiere saber de esa chica, qué es lo que le anda interesando...

—No sé si usted está enterado. Hace muchos años le prometí casamiento a doña Cándida. Éramos muy jóvenes. Yo trabajaba en la estancia Las Moras, en los pagos de Chacabuco. Sigo trabajando ahí, nunca salí por otro rumbo. La verdad es que compré unas chacras pero aún no las estoy trabajando, tal vez por soledad. Me gusta la compañía de otras gentes y me he quedado en la estancia.

La cuestión es que cuando vine por ella la encontré con un niño en brazos. La peonada me había salido al paso diciendo que apurara, que el chico ya estaba nacido. Yo no sabía de qué me estaban hablando. Cuando pasé la puerta de entrada al

rancho le pregunté quién era el padre. Me dijo que no lo sabía... y no agregó una sola palabra. Me fui como había venido, solo. Y no le hablé de la casa que había rentado para casarnos. ¿Qué le podía decir? Acababa de tener un hijo y ni siquiera sabía quién era el padre...

Solar del Campo ya contaba una edad avanzada y desde un tiempo antes se estaba sintiendo enfermo, aunque no había visitado al doctor Fernández. Al escuchar la confesión de Basilio Díaz un insondable malestar le invadió, tomando cierta conciencia del daño causado a todas las mujeres de la casa, aunque su profundo trastorno no siempre le dejaba pensar con claridad. En sus raptos de lucidez recordaba los abusos cometidos y se avergonzaba de su propia conducta.

El visitante de pronto se convertía para él en una oportunidad de redención...

—Yo soy el padre de Ana, la niña —comenzó diciendo.

Una completa incomodidad tomó por sorpresa a Basilio que no pudo más que enmudecer.

—Una sola cosa voy a agregar —continuó confesando en una demostración de arrojo y sinceridad pocas veces conocidas en el poderoso hombre—. Cándida es la madre de crianza de mi hija Ana, no es su madre de sangre si le sirve saberlo. Ahora puede hablar con ella sin tener que hacer preguntas inoportunas. Vaya —completó e indicó la puerta.

Basilio se puso de pie y extendió la mano. El anciano se quedó en su sillón hamaca viendo al hombre salir. Cuando este transponía la puerta agregó:

—Si ella acepta casamiento, hágala feliz.

Joaquín Solar del Campo no había revelado que Cándida también era su hija.

Basilio volteó y saludó con un movimiento de mano, sin agregar palabra.

De pronto sentía una urgencia descontrolada y arrolladora por hablar con ella. Caminó a pasos largos y ligeros en dirección del rancho, sobre la loma.

Enseguida las vio cargando sendos baldes con agua y se apresuró para ofrecer ayuda.

A medida que avanzaba hacia las mujeres Cándida, que también lo había reconocido, se detuvo y dada la flojedad que percibió en sus brazos y piernas dejó caer el balde.

—¡Madre! —exclamó Ana, angustiada al ver la palidez en la cara de su madre, quien también depositó su balde en el suelo, para tomar por los brazos a Cándida, que parecía a punto de caer desvanecida.

—No es nada —susurró Cándida.

En ese momento Basilio ya estaba junto a ellas y sus miradas se encontraron turbadas y profundas. Ana veía la escena como una espectadora de teatro —y testigo de un amor del cual ella no tenía ningún conocimiento—, comprendió en un instante que entre ese hombre y su madre había una basta y antigua historia de amor.

—Cándida —él la nombró con sentimiento.

—Basilio —repuso ella dulcemente.

Ambos posaron sus miradas en la joven.

—Mi hija, Ana —atinó a presentarla, tomándola de la mano.

—Un placer señorita —dijo Basilio y extendió su mano hacia la joven—. Necesito hablar contigo Cándida, si me lo permites.

—Claro, pasa —respondió Cándida

El hombre no pudo contener su impulso y la abrazó quietamente, permanecieron así, abrazados e inmóviles por un lapso de tiempo sin tiempo.

Ana tomó un balde y se dirigió hacia la bomba. Después llamó a su pequeña perra Pompita y alzándola en sus brazos

salió hacia el arroyo donde solía encontrarse con Franchesco Vincenzo, antes que él partiera para la guerra.

Mientras Cándida preparaba el mate, puso galleta horneada con chicharrones sobre la mesa.

Basilio no perdió el tiempo y tras un breve repaso de emociones y recuerdos expuso las razones de su visita.

Sin dudarle un solo instante, Cándida aceptó la propuesta de matrimonio.

—Siempre te he esperado —dijo, buscando en los bolsillos de su delantal sus viejos escritos, los cuales ofreció a Basilio para que su amado los pudiera leer.

—También tengo un poema que escribí hace muchos años pensando en tu nombre, mujer... Ya podrás leerlo cuando estemos juntos.

Cuando finalmente el día oscurecía por completo, Ana con su Pompita en brazos, se acercó. Mantenía vivo el nombre de Franchesco Vincenzo en cada latido de su corazón, con la sensación que el hombre amado, perteneciera a sus propias venas pese a la distancia y el tiempo que los separaba. La guerra estaba haciendo estragos y de él no se tenían noticias. Sólo quedaba esperar, padecer, soportar, aguantar, bañar de dolor la almohada, con la permanente incertidumbre acerca de la suerte corrida.

—¿Puedo pasar madre? —preguntó con sutileza.

—Adelante querida, ni hacía falta que te fueras.

—Me pareció que ustedes necesitaban hablar solos...

—Gracias tesoro, de cualquier modo no era necesario que te fueras. Tengo que darte una noticia que espero te alegre—. Nunca te hablé de Basilio —dijo señalando al hombre— las circunstancias que nos han separado son ajenas a ti. Sé que estás muy angustiada por la ausencia forzada de Franchesco Vincenzo, pero creo que te alegrará saber que he aceptado la propuesta de matrimonio que él acaba de hacerme. Vendrás a

vivir con nosotros cuando nos mudemos de aquí, por supuesto, si es tu deseo.

Pese a lo sorprendente de la noticia, Ana se alegró sin oponer razones. Abrazó a su madre pensando en la vida miserable que siempre habían llevado desde que ella tenía memoria, los malos tratos de doña Mercedes, los abusos de don Solar del Campo que las abofeteaba descaradamente por cualquier nimiedad, que la obligaba a atender a la señora ante la menor indisposición de aquella, sin importar el cansancio y el agotamiento de su madre, los años de encierro a los que el anciano la había sometido a ella misma. Y confió en la sabiduría de su madre. Ella nunca se equivocaba. Consideró que su madre no tenía nada que perder al abandonar aquella vida de hastío y servidumbre. Ella era inteligente, cultivada y sensible. No podía elegir un mal compañero, y si eso ocurriera ya habría tiempo de saberlo. Merecía ser feliz. Merecía una oportunidad y ella no sería quien se interpusiera entre ambos.

Tan pronto como se supo la noticia del compromiso, María del Pilar descubrió sentimientos encontrados en su interior pero se alegró ciertamente por la buena nueva. Repasó en su memoria el tiempo en que Cándida le hablaba de sus ilusiones de casamiento, sueños que se truncaron al nacer la pequeña Ana, “su” pequeña Ana que le fue arrancada cuando podría haber sido un bálsamo en medio de su calvario, pero la niña en la casa y en su habitación, habría sido un impedimento en las libertades que su padre se tomaba, además de una deshonra al apellido. Recordó sus propios padecimientos, los que nunca habían finalizado, sus tormentos cada oscura vez que el ogro entraba por la puerta de su dormitorio. Dormitorio virginal que se convirtió en el escenario de los abusos de su propio padre, arrasando como un río de lodo todo lo limpio y cristalino de su vida.

Doña Mercedes puso el grito en el cielo y le tomó un soponcio que la dejó postrada por varios días cuando entendió que ya no tendría su propia esclava, porque las otras domésticas eran mujeres mayores, contra las que nunca se había atrevido, dado que estaban en la casa antes de su llegada. Si bien las tenía a mal traer, sabía que esas mujeres se habían ganado una coraza de respeto muy difícil de perforar de su parte y el propio Solar del Campo a veces parecía intimidarse bajo sus miradas.

Tres meses más tarde se celebró la boda de Cándida Álvarez y Basilio Díaz. Oficiaron de padrinos doña Perla Álvarez y don Pablo Morra, el almacenero.

Los abuelos permanecieron en el primer banco, tomados de la mano durante toda la ceremonia religiosa y no cesaron de lagrimear, secándose los rostros con sus pañuelitos blancos de puntillas bordadas y perfumes de azahares, por la emoción hondísima que los embargaba. En el mismo banco se encontraban Ana y María del Pilar con vestidos sencillos, de colores claros y confeccionados a medida, por encargo.

También atestiguaban la ceremonia con su presencia María Úrsula y Franchesco Di Mastro Pietro, los padres de Franchesco Vincenzo, en representación de su hijo ausente por la guerra, siendo éstos conocedores del profundo afecto que unía a los jóvenes desde su infancia.

Doña Mercedes se había hecho llevar a la casona de la avenida Santa Fe en la Capital, pocos días antes.

Solar del Campo permaneció en su sala, acabando esa noche en un estado de total ebriedad, desalineado y rodeado de copas vacías y botellas tiradas por el suelo. Se estaba casando su hija no reconocida, la que fue gestada por la única mujer que él había amado, Perla -por quien en un arrebatado de furia y amor mandó nombrar la estancia *La Perla de los Solar*- y ni siquiera había tenido el valor de asistir a la humilde capilla para felicitar al flamante matrimonio.

CAPÍTULO IX

Perla Álvarez

El sulki que conducía su padre era tirado por un caballo viejo, que era la única fortuna familiar. Por eso le tenían paciencia y respetaban su andar cansino en caminos de polvo y viento. Les llevó varios días llegar a destino. Venían con una carta de recomendación del Padre Carmelo, conocido del viejo Solar del Campo.

Tenía 13 años de edad el día que arribaron a la casona. Llevaba trenzas oscuras y mirada desconfiada. Un vestido de algodón, en micro estampado amarillo y botines de suelas rotas. Se sintió ruborizada al bajar del carro. Apenas si alcanzó a levantar el rostro y cruzó con la mirada de un joven sonriente que la observaba apoyado con la espalda contra el grueso tronco de un árbol. Mascaba una ramita verde flexionando una de sus piernas contra el mismo tronco, en una actitud que podría describirse como provocativa.

Avergonzada clavó los ojos en el suelo y caminó tras los pasos de su madre mordiéndose los labios. Sentía el corazón escaparle por la boca.

Esa noche después que su padre recibió las indicaciones pertinentes por parte del capataz, se acomodaron en el rancho deshabitado, distante unos cincuenta metros de la casa principal, sobre la loma. Contaba con mínimas comodidades: dos pequeños ambientes poco ventilados y un sanitario afuera, en el cual se higienizaron con jarra y palangana, tanto para desprenderse de la mugre que traían sobre sus cuerpos, como también para reponerse del calor agobiante que los afectaba.

El piso era de piedra. Las paredes de adobe estaban cubiertas de tizne y carbón. El techo de paja dejaba ver gruesos tirantes de pino. Poseía una puerta única de entrada y un pequeño ventanuco en la siguiente habitación.

Su padre se ocupó del caballo antes de acostarse, lo bañó para refrescarlo y después de hacerlo beber y pastar, lo condujo a las caballerizas. El verano parecía devorar el ambiente con su calor asfixiante y su horizonte de fuego. Una tormenta de proporciones considerables, se notaba próxima a desatarse tras el fulgor de los relámpagos y truenos que se sucedían con mayor fuerza minuto tras minuto.

Su madre repartió unos mendrugos de pan seco que traía entre sus pocas pertenencias e hirvió unas verduras que le proveyó la cocinera. Al día siguiente madre e hija estarían trabajando en la servidumbre de la casa.

Por entonces el joven Joaquín Solar del Campo contaba con 18 años de edad y era el niño mimado de su madre Hortensia Páez de Solar del Campo.

El ama de llaves de la casa les asignó tareas a Perla y a su madre. Un ala de la casa estaría a cargo de la niña y la otra correría por cuenta de la progenitora. La niña no tenía la menor idea de los trabajos que realizaría, dado que apenas si sabía cómo se usaba una escoba.

—Sígame, Perla —dijo la mujer—. Y usted vístase con esta muda y comience por las habitaciones de los señores, por favor. Pase por el cuarto de servicio a cambiarse —agregó dirigiéndose a la madre, quien presta se dirigió a cumplir lo encomendado, apesadumbrada al imaginar lo difícil que sería para Perla comenzar con tan pesadas obligaciones, dada su escasa edad y frágil cuerpecito.

Afortunadamente el ama de llaves era una mujer de buenos modales, con muchos años encima y no era la primera vez que tenía que dar las mínimas enseñanzas a una aprendiz. La condujo al cuarto donde se guardaban los elementos de

limpieza y ropas de servicio, le indicó que se vistiera y luego se dirigieron a limpiar los salones, salas y pasillos, con escobas, trapos, baldes, fluido, kerosene y plumeros en mano. La niña observaba ese mundo desconocido, con ojos muy abiertos y sueños muy inquietos.

Durante el almuerzo la madre fue enviada a barrer los patios y el ama de llaves dirigió el servicio de la mesa principal.

Perla Álvarez ni siquiera se imaginaba que existían salas tan lujosas. No tenía idea cómo era el uso de los distintos utensilios que estaban dispuestos en esa mesa. Pero era muy inteligente y aprendía con rapidez.

En la cabecera se encontraba don Luis Joaquín Solar del Campo, que tenía una servilleta blanca prolijamente colocada bajo la barbilla para no ensuciar sus prendas de vestir.

Del lado izquierdo estaba sentada doña Hortensia Páez, quien tenía la servilleta colocada sobre su falda, y del lado izquierdo el joven Joaquín Solar del Campo, quien al igual que su padre tenía la servilleta bajo la barbilla. Todo era nuevo y extraño para la joven.

El consomé era el primer plato, luego servirían carnes y papas asadas, acompañadas por ensaladas de hojas y tomates.

Mientras los patrones almorzaban y conversaban en voz baja, ellas permanecían atentas a cualquier necesidad de aquellos, como llenar las copas con jugos o vinos, cambiar las paneras o servir otra porción de carnes.

El joven acababa de cumplir los 18 años de edad, razón por la cual su participación en la conversación era mínima, dado que hacía poco tiempo se le había conferido el permiso para hablar en la mesa. A su vez doña Hortensia mostraba mayor interés por los platos que por la conversación, por lo que los sonidos guturales, los ruidos de la masticación y el de los cubiertos, eran los que predominaban en la suntuosa sala.

Perla Álvarez se sentía muy incómoda y avergonzada por su torpeza y estuvo a punto de caer con la panera cuando se le indicó que la llevara a la mesa. Apenas si pudo pasear la vista por sobre el grupo familiar solicitando permiso, pero alcanzó a percibir la mirada penetrante del joven. Tal mirada le impresionó. Le pareció una mirada gentil a diferencia de la que había visto la tarde anterior, que le resultó insolente o atrevida.

Después de servir los postres, levantar la mesa y lavar el barullo, el ama de llaves junto a Perla y las demás domésticas tomaron un almuerzo frugal y ligero.

—Es la hora de la siesta y pueden tomar el descanso —dijo el ama de llaves. Cuando escuchen el toque de campanas de las cuatro de la tarde, vuelvan para el servicio de la merienda.

—Hasta luego —musitó la madre de Perla. Ésta la siguió hasta el rancho en la loma y debido al calor extenuante que se sentía en el interior, se vieron obligadas a salir a tomar fresco en la sombra del ciprés. El padre regresaría para el atardecer.

Campo adentro los hombres recibían sus provisiones por parte del capataz, quien llevaba en su carro, la carga de carnes cocidas, galletas horneadas, frutas y odres de agua suficientes para la peonada, los que tomaban un tiempo para almorzar al medio día, cuando el sol se encontraba sobre sus cabezas, cubiertas por sombreros de paja o pañuelos.

Los dueños de la casa cumplían religiosamente con el ritual de la siesta y habían transmitido el hábito a su hijo desde su primera infancia.

Esa tarde el joven Joaquín Solar del Campo dio varias vueltas en la cama pero no pudo dormir. Fastidiado y confundido, sin comprender las razones de su hastío, decidió levantarse y salir a tomar aire.

Se lavó la cara con abundante agua para sacarse de encima la sensación de pesadez. También se mojó el cuello, el pecho

y la espalda, se peinó los cabellos hacia atrás y vistió ropa clara.

Empujando con ímpetu la puerta, salió de la casa, tomó una bocanada de aire caliente, se pasó la mano por la cara traspirada y caminó en busca de su caballo.

Al mirar hacia el rancho la vio. No pudo evitar esa sensación nueva para él. Respiró hondo y montó espoleando al animal para lanzarlo al galope, se apoyó de plano sobre el cuello del caballo y formando una figura de encaje perfecto se perdió como una luz en los montes aledaños.

Cuando dieron las cuatro campanadas madre e hija estaban en la cocina abocadas a la preparación de la merienda para los señores, bajo las indicaciones del ama de llaves (esto se sucedería un par de días y luego tendrían que manejarse solas y con absoluta autonomía, de lo contrario serían inmediatamente despedidas porque doña Hortensia consideraba que las que no aprendían rápido el trabajo, nunca lo harían).

Perla fue enviada a preparar el servicio de té poniendo esmero y atención para no tropezar ni romper ninguna pieza de la lujosa vajilla. Al dirigirse a la sala por los pasillos, bajó la vista ante la presencia del joven Solar del Campo, que se encontraba viendo los jardines desde una puerta ventana a mitad del corredor.

—Buenas tardes señor —confirió con voz débil al pasar por su lado.

El joven no respondió pero se dio la vuelta para seguirla con la vista.

Al momento que ingresaron los señores, la sala se veía impecable y la mesa lucía prolijamente preparada por aquellas pequeñas manos vestidas de guantes blancos de algodón, que habían temblado cada vez que tomaron una porcelana.

Perla se sintió morir cuando notó que al servir la taza del joven, desbordó una gota y hubo un pequeño derrame sobre la taza.

El muchacho dibujó una sonrisa de disculpa, lo cual no evitó un comentario airado y despreciativo por parte de su madre.

—¡Muchacha inservible!

Perla sintió humedecerse sus ojos tras tanta tensión y esfuerzos perdidos tras una gota de té.

—¡No es para tanto mujer! —se quejó don Luis Joaquín Solar del Campo —comprende que la chica es una novata, ten un poco de paciencia por favor.

Doña Hortensia lo escrutó con ojos de fuego, pero selló sus labios finos, como pintados con tinta china, para no discutir en presencia de la servidumbre.

La incomodidad quedó flotando en el ambiente y el silencio de voces fue quebrado por el tintinear de cubiertos, tazas y platos.

Ese día Perla aprendió que las meriendas en esa casa eran suculentas e interminables, ella quería escapar de allí corriendo pero la señora especialmente, seguía untando tostadas con mantecas y mermeladas. Cuando parecía que se disponían a retirarse, esta pidió otra taza de té y recomenzó el ceremonial, probando deliciosos y coloridos sabores por aquí y por allá. Los hombres se levantaron finalmente después de cruzar pocas palabras triviales y apáticas.

Los días siguientes el muchacho comenzó a merodear los lugares por los que Perla se movía. No perdía oportunidad de buscar su mirada, a lo cual ella respondía bajando la vista.

Una calurosa tarde en que ninguno de los dos pudo dormir la siesta, él la sorprendió sentándose a su lado, junto al árbol frondoso a mitad del jardín.

—Buenas tardes, señorita... ¿Perla es su nombre? —inquirió con genuino interés.

Por toda respuesta ella se puso de pie para alejarse de él. Esa situación era todo lo contrario de lo que sus padres le habían inculcado.

La servidumbre nunca entablaría conversaciones con los patrones y mucho menos una niña con el señor.

—No te vayas por favor —rogó él.

Por primera vez Perla le miró los ojos y se quedó inmóvil sin saber qué hacer ni qué decir. Sus trece años no le impidieron sentir un cosquilleo sin razón, cierta curiosidad por comprender lo que el muchacho decía y hasta un intenso deseo de permanecer allí y olvidarse del mundo, el trabajo y las campanadas de las cuatro que pronto sonarían.

—Quédate conmigo —repitió el joven Joaquín Solar del Campo.

—No puedo —se escuchó decir a sí misma con voz firme.

—¿Cómo que no puedes?, ¿por qué? —insistió él.

—Las niñas no... —ella no completó la frase, levantó la vista en dirección al rancho y vio que su madre los observaba con gesto severo.

Corrió a la disparada y se arrojó a los brazos de su madre lloriqueando sin atinar a decir nada.

—Sabes que no está bien Perla. Que no vuelva a ocurrir. Si es necesario tendrás que quedarte encerrada.

—No fue mi culpa madre, sabes que voy hasta las orillas porque adentro no se puede soportar el calor... No sabía que él vendría, ni siquiera escuché sus pasos, me sorprendió con su presencia. Pero ha sido amable...

—Lo sé, m'hija. Pero no estaría bien y no debería repetirse. Tu padre podría darte una golpiza si lo supiera. Y doña Hortensia nos echaría sin consideraciones. Siempre te enseñamos lo que está bien y lo que está mal.

—No volverá a suceder. Me alejaré del joven Solar del Campo. Estaré atenta.

Las cuatro campanadas marcaron la hora de retomar las tareas. Perla ya cumplía los trabajos relacionados con la preparación y servicio de la merienda sin supervisión del ama

de llaves, que se dedicaba a sus tejidos de puntillas para las sábanas y toallas de lienzo.

La madre había sido destinada a la cocina para la preparación de la cena de la peonada, mientras las otras dos domésticas limpiaban pisos, vidrios y muebles en las distintas dependencias de la casona.

Ruborizada y temblorosa ingresó en el salón comedor, rogando que no fuera a tropezar o derramar una gota de leche, especialmente en la taza de doña Hortensia.

Se colocó los guantes de algodón, impecables, y se ajustó el delantal en la fina cintura, que realzaba su pequeña y delicada figura. Distribuyó la vajilla y los cubiertos de acuerdo a la enseñanza que se le había impartido, de la manera más prolija y armoniosa posible, armó el ramo de flores del jarrón principal midiendo el largo de las varas y las rodeó con helecho. Se dio la vuelta para revisar con la mirada que todo estuviese perfecto, cuando por la puerta vio entrar al joven Solar del Campo.

—Volvemos a vernos señorita... ¿Perla? Aun no me ha confirmado su nombre.

—Sí, señor, Perla...

—Hermoso nombre...

El joven ocupó su lugar en la mesa y ella se dirigió hacia la mesita, donde permanecería quieta y silenciosa a la espera de la entrada de los señores, tomando ambas manos entre sí, por delante. Intentó mantener la calma y no mirar más que el suelo, pero se percató de que los ojos del muchacho permanecían fijos en su persona.

—No le haré daño —continuó hablando el joven—. Y no era necesario que ayer huyera. Le aseguro que tengo buenas intenciones y quiero ser su amigo...

En ese momento se escucharon los pasos de los mayores, don Joaquín cedió el paso a su esposa en la puerta y pasó tras ella, se acomodaron y Perla comenzó a atenderlos.

Ensimismada en su labor, esmerada, no pudo evitar que se repitiera el derrame de una gota de té, marcando una fina línea en la taza del joven, que finalmente humedeció el blanco plato.

Esta vez doña Hortensia no alcanzó a notar el descuido porque ya estaba presta a servirse un panqueque tibio con dulce de leche.

El joven dio vuelta la taza con disimulo y la tomó con ambas manos, dado que era diestro y el asa del lado opuesto le hacía dificultoso el sostén. Sonriendo con complicidad dirigió una mirada a Perla, que correspondió con una leve sonrisa aquella travesura.

Cuando como de costumbre los hombres se pusieron de pie, doña Hortensia se apuró para servirse un último panqueque y comerlo a grandes bocados con ayuda de cuchillo y tenedor, tras lo cual se levantó de su silla, protestando por la falta de modales de los caballeros, que no tenían la delicadeza de esperarla.

La familia se retiró dando paso a la dama y haciendo algunos comentarios.

—¡Es que si te esperamos a ti, nos anochece en esta sala mujer!

—¡Pues no es para tanto! ¡Sólo unos minutos más! ¿Cuál es la urgencia?

—No es cuestión de urgencia, pero tampoco podemos permanecer tanto tiempo aquí, tengo otras cosas de qué ocuparme, además de merendar.

—Recuerda que quiero ir al teatro el próximo sábado, Joaquín, no sea cosa que justamente te demores con el capataz por el control de las ventas en la feria...

—El control de nuestro patrimonio es lo primero Hortensia, no lo olvides...

Mientras el matrimonio hacía de cada tema de conversación una incipiente discusión, Perla se abocaba a la

tarea de dejar el lugar reluciente. El sol dibujaba sombras en movimiento sobre los muebles y paredes, gracias a la acción de la brisa suave del día, meciendo levemente los cortinados.

El sábado siguiente entre los nerviosismos de doña Hortensia y la calma controlada del esposo, ambos subieron con sus ropas y peinados de etiqueta, al coche tirado por dos caballos y conducido por el chofer de la familia, con rumbo al teatro en la ciudad de Buenos Aires.

En 1884 había aparecido el drama gauchesco titulado *Juan Moreira*, en forma de pantomima en el circo. Este folletín, de Eduardo Gutiérrez (1851—1889), se publicó en un diario de Buenos Aires. Ésta, fue la base de la primera pieza del teatro gauchesco.

Efectivamente, tiempo más tarde, José Podestá realizó una adaptación de *Juan Moreira*, con textos extraídos de la novela.

Doña Hortensia observaba con bastante malestar las afinadas siluetas de las damas más delgadas, entre las cuales ella no podía contarse.

—¡Hortensia, querida, qué gran gusto verte por la capital porteña, tú que traes olores a campo! —de esta manera la saludaba su prima Adela, al tiempo que besaba su rostro por ambas mejillas y le envolvía el cuerpo en un abrazo sentido.

—Adela no esperaba verte por aquí, pensé que guardabas el luto por el fallecimiento de tu madre, mi tía Amelia, ¿cuánto hace que...?

—Ay querida, van once meses, pronto se cumplirá el año, y si a eso le sumamos el tiempo que llevaba postrada pobrecita, ¡Dios la tenga en su Santa Gloria! —dijo Adela secando sus ojos con un pañuelito blanco almidonado y primorosamente bordado.

—Pues no sé, Adela, yo hubiera esperado que se cumpla el

luto, pero allá tú —lo dijo fastidiada y para desquitarse de su prima por aquello de los “olores a campo”.

—Bueno querida entremos, supongo que necesitas pasar al servicio de sanitarios después de tantas horas de viaje ¿verdad? —le espetó su prima y se perdió entre el gentío, alcanzando a una nueva víctima a la cual asestar sus certeros dardos.

Hortensia sentía el rostro ardiente de furia, dado que con su prima guardaba una antigua hostilidad, por haberse disputado los amores del caballero que finalmente se había llevado al altar su prima Adela.

Fue don Solar del Campo quien como siempre tuvo que soportar los malos humores de su mujer.

—¡Hipócrita, hereje, tendría que estar guardando luto por la muerte de su madre, desvergonzada!

—Bueno mujer un poco de consideración, al fin y al cabo su madre no se levantará de la tumba por más luto que guarde!

—¿Pero te atreves a disculparla? ¿Qué clase de atrevimiento es este? ¡Lo haces para enfurecerme!

—Por favor Hortensia, deja de protestar que ya me has cansado con tu cantinela.

—¡Eres un desconsiderado y un mequetrefe! —rugió doña Hortensia al tiempo que se sentaba en uno de los palcos principales, protestando porque a duras penas alcanzaba a entrar entre ambos apoya brazos.

Una vez descorrido el telón el matrimonio se distendió y pudo disfrutar del trabajo actoral puesto en escena.

Esa noche se hospedaron en el Hotel Nueva Italia enclavado sobre calle Charcas y como era de esperarse, doña Hortensia le encontró el pelo a la yema del huevo, en cada uno de los suntuosos salones, que no obstante guardar detalles de elegante arquitectura y delicada estética, la dama no sabía reconocer.

Tras una noche de mal descanso, porque el colchón era una piedra al decir de doña Hortensia, y encima su esposo había roncado más que de costumbre —debido al agotamiento provocado por el largo viaje y las altas horas de la noche en las que se acostaron— pensó, tomaron un almuerzo digno de la nobleza, a la que nunca pertenecieron, pero a la que ella siempre había aspirado.

El salón comedor contaba con dos puertas de dos hojas cada una, con vidriado repartido en colores verdes y amarillos vibrantes. Las mesas de madera estaban vestidas con mantelería de algodón blanco y festones de puntillas en los bordes.

Ella eligió sentarse en una mesa que ostentaba dos botellones de vino, para marcar su estatus social y tomar distancia de aquellas otras mesas que solo ofrecían jarras servidas con agua.

El almuerzo se daba entre las 8 y las 9 de la mañana.

El primer plato fue un consomé de arroz y papas con pan de *fariña*.

Luego los mozos sirvieron una fuente de puchero con carnes de vaca y carnero, rodeada por toda clase de legumbres humeantes.

El tercer plato consistió en una carbonada de porotos y choclo, con pasas de uva y humita en chala.

El arroz con leche acompañado por frutas, aceitunas y quesos indicaba que la comilona iba llegando a su fin.

Doña Hortensia se quejó porque no sirvieron panqueques tibios con dulce de leche, a lo cual el esposo respondió con un gruñido de hastío.

—Bah, no sé dónde podrías meter un bocado más —arguyó el cansado hombre.

—¡Pero es que tú te conformas con nada, caramba! —enfaticó ella.

Don Solar del Campo fue más moderado, tomando un té amargo acompañado con galletas de grasa, pues dijo sentirse indispuerto.

Doña Hortensia echaba inquisidoras miradas cargadas de desprecio, hacia una de las mesas en la que los huéspedes se reían estruendosamente, y farfullaba por lo bajo “gente ordinaria”.

Finalmente se dignaron levantarse de la mesa, siendo ellos los últimos en hacerlo.

Don Solar del Campo se dirigió a la administración para efectuar los pagos de la estadía.

Doña Hortensia se aprestó a corregir su maquillaje y su peinado y pidió al esposo que la acompañara a caminar unas cuabras para recordar sus años de juventud en la capital porteña, y aunque el hombre hubiera preferido partir, optó por darle el gusto, sabiendo que de no hacerlo así, la cantinela y los reproches podrían prolongarse durante varios días.

No obstante haber puesto empeño en concederle todas las demandas, don Solar del Campo no pudo evitar que el camino del retorno se convirtiera en un pequeño infierno entre los habitáculos del coche.

El calor, el cansancio, el mal humor y la queja sostenida de doña Hortensia, hicieron que don Solar del Campo sintiera que gruesas gotas de sudor corrían por su cara y cuello.

El hombre guardaba un pesado silencio a sabiendas que cualquier cosa que dijera despertaría una tempestad de proporciones comparables con el mismo Armagedón en el humor de su mujer.

—Pero será posible que Adela fuera tan hereje de no guardar el luto por la muerte de mi pobre tía... ¡Ah! ¡Pero esa gente tan ordinaria en los salones del comedor! ¡No saben guardar la compostura en *stanzas* de sociedad! Bueno, al fin la obra resultó ser pura *cháchara*, no es lo que se dice de gustos muy refinados para gentes decentes... La *chusma* se ríe

de cualquier cosa. A mí, la verdad, me hizo sentir descompuesta, ni ganas de aplaudir he tenido, solo por educación he batido palmas... ¿Y tú no tienes nada para agregar ni decir? ¡Siempre me dejas hablando sola!

Por toda respuesta don Solar del Campo simuló estar dormido.

Para los días en que el otoño comenzaba a indicar su llegada a través de las hojas que coloreaban rojos y amarillos en los árboles o tejiendo majestuosas alfombras en las praderas y mientras se acortaban los minutos de luz en sus horas, las miradas correspondidas entre los jóvenes Perla y Joaquín se iban sucediendo cada vez más prolongadas.

Doña Hortensia había reparado en ello, lo mismo que don Joaquín, pero no le dieron mayor importancia, por considerar que la educación inculcada a su hijo no lo llevaría a enredarse con la servidumbre. No obstante la señora se sentía muy fastidiada por la osadía de la muchacha. *Seguramente cree que soy tan estúpida como para no darme cuenta*, pensaba.

Perla escondía lo que estaba sintiendo, pero cerca de cumplir sus catorce años de edad, recordaba por las noches las breves y cálidas palabras que el joven solía dirigirle cada día, lo mismo que sus gestos y sonrisas cómplices y alguna que otra gallardía, como disimular alguna torpeza de ella en sus tareas, o distraer a su madre, para evitar que se desatara su mal humor.

La timidez con la que se comportaba en los días de su llegada a la estancia, fue dando paso a una desenvoltura creciente, a una mayor confianza en su trabajo y en el trato con las personas, guardando siempre su lugar, pero comenzando a notar que su voz era segura al saludar, dejando atrás el balbuceo o el susurro que caracterizaron su comunicación en los primeros tiempos.

—Esta mañana su sonrisa me ha cautivado y temí alguna torpeza de mi parte, sé que me he ruborizado al verlo porque he sentido una quemazón en mi cara... me agrada su trato cordial y amable a pesar de nuestras diferencias... sé que sigue mis pasos cuando realizo mis trabajos. Si he de barrer un río de hojas en los patios, allí está él, viéndome. Si es hora de colgar las ropas recién lavadas, el frío que me pone las manos ateridas, se transforma en tibio sol con su presencia cercana y disimulada mientras pasea su viejo perro... Cuando el viento le vuela los cabellos y él alza el rostro como aspirando los perfumes del aire se lo ve tan hermoso... he visto que algunas veces corre tras su perro arrojando un palito, el animal se lo devuelve y él lo premia con una caricia en la cabeza... también lo he visto rodar y reír cuesta abajo, jugando con su perro como un niño de pocos años.... Creo que si él pudiera enfrentaría a doña Hortensia cuando ella me regaña, pero entiendo su silencio. Su madre se impone por el temor que inspira -incluso a su esposo-. Ya no me importan los malos tratos de la señora porque cuando eso sucede, él me envuelve en un abrazo invisible. Puedo sentirlo... Trataré de dormir, es muy tarde...

Perla durmió profundamente esa noche.

Al atardecer del siguiente día, cuando el horizonte era un inmenso semicírculo de color anaranjado, en el momento en que los rayos del sol atravesaban las nubes, volviéndolas rosadas y se dibujaban líneas oblicuas y transparentes que abarcaban el todo infinito en la lejana distancia, cuando el trinar de los pájaros se había silenciado, cuando el tibio aire traía todos los perfumes del monte, hubo un abrazo, y un beso.

Y una acuarela invisible pintó de mil colores brillantes el momento en que dos enamorados se olvidaron del mundo y se amaron.

—Nunca te dejaré Perla —prometió el muchacho.

Ella lloró en silencio al volver a la realidad.

Tres meses más tarde la matrona de la zona confirmaba las sospechas de la madre.

—Perla tendrá un hijo, está encinta —afirmó y se lavó las manos.

La bofetada le atravesó la piel y el alma. Luego sobrevinieron bruscos empujones de su madre, y dando tropiezos al ser arrastrada hasta el rancho, sintió un profundo vacío, cuando su misma madre la arrojó sobre la cama.

De todas las cosas que su madre decía, ella no escuchaba nada. De pronto no había poesía, ni ilusión, ni luna, ni sol, ni canción, ni promesas.

Enterada inmediatamente de la noticia, doña Hortensia apuró el compromiso y casamiento de su hijo con la señorita Mercedes Etchevez, su elegida para esposa del joven desde el mismo día de su nacimiento, ya que aunque la chica era siete años mayor y con los años había demostrado poca inteligencia y gracia, contaba con una fortuna heredada que superaba la de los Solar del Campo por varios múltiplos.

La noticia de la boda se propagó con tal rapidez, que antes de saberlo el novio, eran muchas las personas que se pasaban la voz de boca en boca.

Cuando don Joaquín Solar del Campo lo condujo a su despacho, el joven percibió que nada bueno se avecinaba.

—Siéntate —dijo señalando un sillón.

—¿Puedo preguntar de qué se trata, padre?

—De su casamiento con la señorita Mercedes... ya está todo preparado. En veinte días usted será un hombre hecho y derecho como Dios manda. Tendrá esposa e hijos como todo hombre y...

—No me casaré con ella...

—Nadie le ha preguntado su opinión. La decisión está tomada. Su madre ya se ha ocupado del registro civil, la iglesia, las invitaciones, la fiesta, la ropa. La señorita

Mercedes está encantada... Se ha comprometido a ser una esposa sumisa y compañera...

—La señorita Mercedes estará encantada ¿pero yo? No señor, no me casaré con ella —afirmó con el rostro enrojecido de cólera.

—Cállese la boca y no se hable más. Esta conversación está terminada. Retírese.

Perplejo, paralizado, boquiabierto, no pudo hilvanar dos palabras más.

Fue su padre quien lo levantó del sillón tomándole el brazo y lo acompañó hasta la puerta, tras lo cual cerró las hojas, quedando el muchacho inmóvil fuera de la sala. La oscuridad y el silencio de ese pasillo le helaron la sangre.

“Esta misma noche tomaré a Perla y nos iremos de aquí”, pensó.

Esa noche se dirigió al rancho de paredes de barro y techos de paja erigido sobre la loma, el cual nunca había mirado con tan exquisita mirada como esta vez. El rancho estaba iluminado por una luna plateada y parecía haber sido dibujado por un artista apasionado, que invitaba más que nunca al amor. De pronto ese humilde rancho estaba habitado por un corazón que latía rojo y puro, desangrándose en mares de lágrimas que él ignoraba, pero que por alguna razón presentía. Sus mejores sentimientos y también sus más profundas ilusiones estaban atesorados allí dentro. De pronto el rancho de barro que nunca había sabido mirar más que como un apéndice natural en el relieve del terreno, se trasformaba más que en un palacete de pequeñas proporciones y grandes hermosuras.

Llamó a la puerta. Una y otra vez. Y otra más. Finalmente se corrió la tela que hacía las veces de puerta y preguntó por Perla, pero el padre de la chica respondió que ella dormía.

—Por favor señor, es muy importante, necesito hablar con su hija. Es urgente.

—Mi hija duerme, señor —respondió el hombre y soltó la tela que acabó por caer completamente a modo de cierre.

En la pequeña habitación contigua Perla acababa de escuchar toda la conversación pero sus padres le habían prohibido hablar con el joven.

La situación se repitió la noche siguiente.

Perla ya no atendía los desayunos y las meriendas en la gran casa. No cortaba varas de flores ni helechos para los jarrones. Ni salía del rancho plateado por la luna. No salía de día ni de noche. Y la luz de su mirada no estaba en los pasillos ni en los rincones de la mansión.

Desesperado al no poder cruzar una palabra más con Perla, gritó con todas las fuerzas de su voz:

—¡Perla! ¡Perla! ¡Escapemos juntos! ¡No temas! ¡Te estoy esperando! ¡Ven conmigo! ¡No hace falta que traigas nada! ¡Sólo sal de ahí! ¡Vámonos juntos!

Sus gritos y súplicas se apagaron al amanecer, cuando ya no le quedaban fuerzas ni voz. Lo habían escuchado dentro del rancho Perla y sus padres. Lo habían escuchado dentro de las casitas de la peonada todos los trabajadores de la estancia. Lo habían escuchado las aves y los animales del monte. Lo habían escuchado las praderas oscuras y las aguas del arroyo. También lo habían escuchado las estrellas brillantes y una luna llorona en los cielos, porque hasta los vientos se habían llevado las palabras cargadas de penas y lamentos del joven Joaquín Solar del Campo.

A Perla no le permitieron salir del rancho. Perla niña. Perla madre. Perla sencilla. Perla blanca en su inocencia. Perla oscura en su dolor. Perla doliente. Perla sintiente. Perla desarmada. Perla con un hijo creciendo en su vientre.

Ya era casi invierno y el joven quedó vencido sobre un colchón de hojas secas. Sin más fuerzas para enfrentar su destino, se dejó llevar hasta la casa por dos peones que lo levantaron a duras penas.

Doña Hortensia había estado viendo y escuchando todo desde sus ventanas, en los altos de la mansión. Ni una sola mueca de piedad se dibujó en su endurecido rostro.

Esa misma mañana, afiebrado y sin ánimos de recibir visitas ni atenciones, vio entrar en su alcoba a su madre acompañada por la señorita Mercedes.

Las mujeres se sentaron a los lados de la cama y mantuvieron una prolongada conversación en la que él era el centro de la misma.

—Daremos una fiesta de bodas que traspasará las fronteras de nuestro pueblo querida, ya lo verás, hasta en los círculos más encumbrados de la alta sociedad porteña se hablará de tu casamiento.

—Mmm, como usted diga, doña Hortensia.

—Para eso cursaremos invitaciones de gala hasta para el mismo presidente de la Nación don Julio Argentino Roca y su esposa.

—Mmm, ah, no sé...

—¿Ya mandaste a pedir las telas y los brocados para tu traje de novia? Tu madre me contó que la mejor modista de la casa Guerrero está preparando los bocetos y moldes...

—Mmm, sí, sí, mi mami se ocupará de todo, doña Hortensia —afirmó Mercedes restregándose nerviosamente los dedos de las manos, impostando una voz exageradamente nasal e infantil, aunque ya estaba cerca de cumplir los 25 años de edad.

El joven Joaquín Solar del Campo se sintió asqueado de ambas. Y antes de poderlo evitar, sin siquiera alcanzar a levantarse, vomitó abundantemente los menjunjes y medicinas que le habían suministrado.

En ese momento quizá, fue cuando murió el hombre y nació el monstruo. Sus pensamientos se volvieron confusos. Su visión se volvió confusa. Sus sentimientos y emociones

también... una disposición interior desconocida pero latente, desató las más terribles tempestades del cuerpo y el alma.

Su madre y su prometida intentaron, sin éxito, detenerlo. Afiebrado y desnudo salió al exterior y corrió hasta el arroyo, donde se metió y nadó a brazadas furiosas, como nunca antes. Lo encontraron en las orillas, en el siguiente amanecer, delirando y sin sentido. Los rostros de los que lo auxiliaron tenían para él, las mismas facciones: Perla.

Poco después se cumplió la fecha pautada. Joaquín Solar del Campo parecía recuperado. Sus capacidades para llevar adelante los negocios de su padre estaban intactas. Su padre era un fantasma espectral que había perdido su capacidad de imponerse o intentar enfrentar a su esposa.

La conversación del joven y sus actividades nada extraño denotaban. Perla estaba a su lado. Y se casaría con ella. Perla...

Nota: Ninguna patología justifica la violencia machista.

CAPÍTULO X

Bodas y nacimientos

Perla se aferró a su almohada y rogó al cielo que nada de aquello fuera cierto. Sin embargo escuchaba las conversaciones de sus padres que la mantenían en el interior del rancho, obligada a no transponer la puerta y desde allí pudo ver bajar a los novios de sendos carruajes adornados con flores y cintas blancas.

Él se veía feliz.

Mercedes parecía diez años más joven envuelta en su vestido de novia, con corte recto al cuerpo y la falda ligeramente por debajo de las rodillas.

Un tocado de perlas y tules a la altura de los hombros, una cartera colgada del brazo y zapatos blancos completaban el traje.

Iba elegantemente aferrada a los brazos de su flamante esposo, como si el cambio de estado civil, le hubiera inyectado una fuerte dosis de autoestima y le hubiera permitido elevar su condición de mujer.

La peonada los recibió con aplausos y los invitados al banquete se acomodaron en las largas mesas servidas bajo los árboles de los jardines.

Perla rompió en llanto y se arrojó al camastro tratando de taparse los oídos con mantas y manos. Fue inútil. Los acordes de la orquesta eran estridentes y traspasaban las distancias, el aire y las paredes.

Al entrar en la suite nupcial el novio nombró a su esposa.

—Perla, ven querida, quiero abrazarte muy fuerte.

—Mercedes —repuso ella con fastidio.

En la intimidad volvió a nombrarla repetidas veces.

—Perla mía... querida mía... nada ni nadie podrá separarnos. Ni mi madre, ni mi padre, ni esa mujer que quería casarse conmigo. Solos tú y yo, juntos para siempre, Perla...

Mercedes se lo quitó de encima furiosa. Gritó una retahíla de impropiedades y arrojó un jarrón contra las paredes.

Afuera el festín iba dando sus últimos alientos, la orquesta daba sus acordes finales y los invitados subían a sus coches después de saludar a los anfitriones, don Solar del Campo y su esposa doña Hortensia.

El joven esposo dormía profundamente. La novia permanecía con los ojos clavados en la pared donde había sido arrojado el jarrón y su mirada oblicua y afinada parecía la de un felino hambriento.

Las noches siguientes no fueron mejores.

—Perla, querida mía...

—¡Mercedes! ¡Llámame por mi nombre de una bendita vez, maldita suerte!

—Perla...

Al mes Mercedes fue a una consulta con la matrona y regresó con la gran noticia.

—Tienes estado de gravidez, debes alimentarte por dos, tomar mucho reposo y no hacerte mala sangre por ningún motivo. Ve pensando en el ajuar y comienza a tejer los escarpines —había dicho la experimentada partera, que peinaba canas y atendía a las mujeres de todas las clases sociales de la región.

—¡Felicitaciones y que no vaya a ser chancleta! —celebró doña Hortensia, que rápidamente ordenó a la servidumbre atendieran a doña Mercedes igual que a una reina y se le concediera cualquier deseo, no fuera que el niño naciera con algún tipo de “antojo” en la piel.

Prontamente Mercedes descubrió los beneficios de su embarazo, por lo que aprovechaba para que se la atendiera como su suegra lo había ordenado, y comenzó a tener al servicio doméstico a su total disposición sin consideración de horarios ni sacrificios que ello pudiera significar para las humildes trabajadoras, que por necesidad de llevar un centavo al seno familiar, se vieron obligadas a cerrar los ojos y atender las exigencias de la futura madre.

—Después de la cena tendrás que darme masajes en los pies, Elisa, y un baño de agua tibia con sal para que se me deshinchén. ¡Me siento tan pesada!

—Sí, señora Mercedes, lo que usted mande —respondió Elisa a secas, quien llevaba diez años de trabajo en la mansión y de pronto creyó que ni doña Hortensia era tan perversa como la nueva patrona.

Durante los desayunos y almuerzos se convirtió en el centro de toda clase de atenciones y demandas.

—Le ha faltado cocción a los garbanzos del loco, estaban algo duros. Espero que el próximo plato haya sido preparado con la dedicación que merece una mujer próxima a dar luz.

Doña Hortensia levantó la vista de su plato para mirar a Mercedes con desaprobación, dado que sabía que la cocinera era ducha y avezada como la mejor. Sorbió una cucharada y se detuvo a paladear los garbanzos comprobando que el punto de cocción era el adecuado y conveniente. Aunque estaba fastidiada ya de los excesos de su nuera, no se atrevía a contrariarla, mucho menos delante de la servidumbre.

El viejo Solar del Campo emitió un chasquido de tedio y descontento y se levantó de la mesa acobardado, sin esperar que sirvieran los postres ni el té. El joven Joaquín observó a su mujer arrobado y comprensivo.

—Perla, querida, por favor. Deja los garbanzos si no son de tu agrado, come la carne y ya...

Al escuchar el nombre de Perla en la mesa, doña Hortensia sufrió un desmayo y las mujeres debieron socorrerla con sales de amoníaco.

Mercedes arrojó su plato contra las paredes, salpicando muebles y cortinados indistintamente. Luego profirió tantos insultos como se le pasaron por la cabeza y fingió un desmayo para recibir las mismas atenciones que doña Hortensia.

El vientre de Perla se abultada con forma de luna. En completa soledad fue pasando sus meses de embarazo, con la sola compañía de sus padres y visitada cada tanto por la comadrona (que también haría las veces de partera).

Fue una noche iluminada por el platinado brillo de los astros que rompió fuente y aferrada a las manos de su madre vio nacer a su hija, escuchando su melódico llanto primero. Cuando su madre le entregó a la niña recién nacida, envuelta en telas de faja, y se la colocó al pecho, comenzó a aprender los secretos ancestrales de la maternidad. Supo que amaría a esa criatura tanto como amaba a su padre. La nombró Cándida.

Tres meses más tarde se produjo otro alumbramiento. Los movimientos en la mansión eran muy distintos. Temprano aparcó su coche el doctor Fernández. También lo acompañaba Miss Lucy, una enfermera inglesa que el doctor había contratado en un viaje a Londres, dado que Mercedes no quería la asistencia de la vieja partera.

El servicio doméstico había sido especialmente encargado de que toda la casa se desinfectara, que no faltaran sábanas almidonadas en las habitaciones y que el ajuar luciera primoroso y de blanco resplandeciente.

Al cabo de dos horas de comenzados los preparativos, nació María del Pilar Solar del Campo.

El joven esposo y padre besó a su mujer en la frente.

—Gracias, Perla. Nuestra hija es hermosa...

Mercedes escupió el rostro de su marido y se negó a amamantar a la niña. Las intervenciones de doña Hortensia no fueron suficientes para convencer a la novata madre acerca de sus deberes.

Iracunda y fuera de sí ordenó que trajeran a Perla Álvarez.

Mandó que le dieran un baño de tina y la vistiera con ropas limpias, luego le indicó que se sentara en un sillón hamaca y trajo a la recién nacida. Fue doña Hortensia quien puso a la niña en los pechos de Perla y la pequeña pudo alimentarse, bramando en espasmos de hambre que rápidamente se calmaron.

Después de amantar a María del Pilar, le entregaron a su propia hijita, Cándida, que también bramaba de hambre.

Cuando ambas niñas fueron alimentadas, doña Hortensia indicó que prepararan una habitación para Perla, quien en adelante sería nodriza de leche para su nieta.

Perla comenzaría a moverse dentro de la casona, en los espacios necesarios para que las niñas tomaran su leche día y noche, cada tres horas.

Leería libros de poemas -entre tanto- que tomaría con avidez de la biblioteca.

Doña Hortensia ordenó a la servidumbre que la joven recibiera buena ropa y alimentación y dispuso días y horarios para los baños de las criaturas.

Perla, la joven mujer a la que antes despreció, la madre de Cándida -su nieta bastarda- era cántaro de leche y miel para María del Pilar, su legítima descendiente.

—María del Pilar, mi preciosa niña —se ufanaba la anciana paseando con la criatura en brazos por doquier.

Mercedes pasaba días sin siquiera preguntar por ella.

Fue un atardecer, cuando la tarde doraba el horizonte y los pájaros guardaban sus trinos entre las ramas de los montes, que Joaquín Solar del Campo entró en una de las habitaciones del fondo de la mansión y descubrió el rostro real de Perla,

quien observaba detrás de los cortinados de la puerta ventana, la forma como la tarde caía en el poniente con su última luz.

Entonces en un raptó de cordura la reconoció.

—Perla. Perla mía. ¿Cuánto tiempo ha pasado? Te he llamado, te he buscado y no te he podido encontrar...

El percibió un perfume que podría reconocer entre miles. Era el aroma de los pétalos de rosa con los que Perla enjuagaba sus cabellos.

Ella le sostuvo la mirada. Fue una mirada prolongada y silenciosa entre los dos.

Una de las niñas se despertó y Perla se apresuró a tomarla en brazos, Solar del Campo alcanzó a ver a las dos niñas sin poder comprender.

—Hijo, ven por favor —lo llamó su padre.

El joven se retiró de la sala aturdido y siguió a su padre que le hablaba afanosamente de la hacienda y de la feria.

En el orden contable, su comportamiento era el mismo de siempre. Su eficiencia y comprensión de la realidad no estaban afectadas. Funcionaba de manera práctica, sólida y ejecutiva.

Durante la noche supo dónde dirigirse. Olvidó el recorrido que lo llevaba a su habitación matrimonial y se acostó en el lecho donde Perla descansaba profundamente dormida. La envolvió en un abrazo delicado y besó sus cabellos.

Antes que Perla se despertara del sueño que la tenía ajena a lo que estaba aconteciendo, entró en la habitación Mercedes, y dando una cachetada a la mujer dormida, comenzó a insultarla.

El hombre no pudo detener el ataque y la furia de su esposa, quien arrastraba por el suelo a Perla. Las niñas se despertaron, lo mismo que el anciano matrimonio, que dormía en una habitación contigua.

—Ahí tienes mujer, eso es lo que has conseguido —dijo con voz sombría el viejo Solar del Campo.

Doña Hortensia se levantó vestida con un largo camisón de lino y tomando un candil se acercó a la habitación.

—Mercedes —la increpó— estos no son modales de una señora. Ve a tu habitación. Tú también hijo.

El joven miró a su madre, perplejo.

—Ve —le ordenó—. Vayan los dos.

El joven salió de la habitación siguiendo a Mercedes, completamente turbado, incapaz de ordenar sus ideas.

Perla se incorporó lentamente, buscando apoyo en la cama. Las niñas habían despertado en medio de la gritería y lloraban desconsoladas. Doña Hortensia se apresuró a levantar a María del Pilar tratando de calmarla y Perla tomó a Cándida dando consuelo.

Después que las niñas pudieron recuperar la calma, la anciana miró a los ojos a Perla —cuyo rostro estaba bañado de lágrimas— y dijo sin atisbo de cobardía:

—He cometido un terrible error, que el cielo me perdone...

Dicho ello salió con paso cansado de la habitación. No era la misma mujer gruñona y altiva que Perla había conocido un año atrás. Ya no se veía en ella osadía ni capricho. Comenzaba a rendirse ante la realidad. Fue la primera en comprender que su hijo estaba perdiendo la razón o la había perdido definitivamente.

Pocos meses después, una noche de lluvia torrencial, durante una discusión generada en la mesa, entre Mercedes y Joaquín, la anciana pidió un vaso de agua, pero no alcanzó a beberlo y cayó al suelo sin vida.

Por entonces las niñas habían comenzado a comer papillas.

Mientras se celebraban los velatorios en la capilla ardiente de la estancia, Mercedes se dirigió a la habitación asignada a Perla y humillándola con toda clase de agravios y denuesto, le

exigió que saliera de la casa y no volviera a tocar a su hija María del Pilar.

Perla amaba a las niñas por igual a raíz del vínculo afectivo que había desarrollado durante el amamantamiento de las bebas. Sintió sus ojos inundarse de lágrimas y mirando con ternura infinita a la criatura, envolvió en sus brazos a su propia hija y corrió hacia el rancho de barro donde habitaban sus padres.

Su madre la recibió con un abrazo quieto y pronunciado comprendiendo los sucesos, sin necesidad de aclaración ni explicaciones. Besó a su hija en la frente y tomó a su nieta, abrazándola junto a su pecho, mientras cubría de besos el fino y delicado cabellito de la pequeña.

Más tarde los padres de Perla concurren a los velatorios y se quedaron allí durante toda la noche hasta el momento final.

Mercedes no logró calmar a su hija del llanto desesperado y continuo que le produjo el destete precoz y violento. Entregó la niña a una empleada del servicio doméstico, ordenándole que se ocupara de alimentarla de manera apropiada.

Distanciada afectivamente de su hija desde el mismo día de su nacimiento, Mercedes no mostraba gran aflicción frente al llanto de la niña, a la que dejaba bramar largamente durante las noches, abandonándola a su suerte en una habitación alejada del cuarto matrimonial, para no escucharla.

Joaquín en cambio, solía dirigirse por las noches al cuarto que había ocupado Perla, y al encontrarlo cerrado con llave, acababa por patear la puerta gritando el nombre de la joven mujer por la cual había perdido la cabeza.

El tiempo y los años transcurrían, empeorando cada día los vínculos intrafamiliares. Mercedes se ocupaba de seducir y engañar los sentidos de Joaquín, permitiendo finalmente que en la oscuridad su esposo la llamara por el nombre de otra. A veces el hombre tenía raptos de lucidez y al darse cuenta que

ella no era Perla, la abandonaba abruptamente y se dirigía a la sala de vinos y licores, para acabar emborrachándose. Las domésticas o su padre, solían encontrarlo al día siguiente, tendido sobre el suelo o el sillón, con las ropas orinadas y los vasos caídos por cualquier rincón.

Hastiado y sin brújula, el viejo Solar del Campo mandó que retiren todas las botellas del salón y las hizo ocultar dentro de un mueble en su dormitorio privado.

Una de esas noches, cuando Joaquín se dirigió al cuarto de licores, enfureció al descubrir que no había una sola botella de alcohol. Después de manifestarse con un brote de furia y descontrol como nunca antes, se dirigió al cuarto de su propia hija, María del Pilar, que acababa de cumplir 15 años y la tomó por la fuerza. Silenciada por las manos bestiales del monstruo, lo escuchó nombrarla entre jadeos. Perla...

Era tan gris el día, sus fauces estaban tan hambrientas de sol la mañana siguiente, cuando la niña descorrió el cortinado de su habitación... y ella se sentía tan sucia, tan humillada, lastimada y doliente. Con un dolor que no sabía que pudiera existir... y sintiendo un asco tan vomitivo...

Creyó que todos los horrores vividos por la humanidad a lo largo de todos los siglos, tenían lugar dentro suyo, en su íntimo y profundo sufrimiento.

El baño tibio no le sirvió de nada, sentía aquella mugre impregnada más allá de su piel.

Las visitas del monstruo comenzaron a repetirse en medio de las más oscuras y tenebrosas noches en la vida de María del Pilar.

Cuando ni uno solo de sus gemidos ni llantos eran audibles, porque siempre era silenciada por la fuerza bestial, la voz del abusador en cambio, se escuchaba repitiendo un solo nombre: Perla.

Tras caer postrado con una enfermedad que afectó los pulmones del otrora poderoso viejo Solar del Campo -padre-

lo encontraron en su lecho y sin aliento, una helada mañana de invierno.

Al morir el antiguo patrón, los padres de Perla y otros trabajadores fueron despedidos por los albedríos y caprichos de Mercedes. Pero aguzando su sadismo y odio, ordenó que la joven hija de Perla, Cándida, quedara a su servicio.

Cuando producto de los abusos, María del Pilar dio a luz a la pequeña Ana, la niña fue entregada a Cándida para su crianza como si se tratara de su propia hija.

Nota: Ninguna patología justifica la violencia machista.

CAPÍTULO XI

Aires de libertad

Los castigos corporales no solo consistían en golpes y otras formas de tortura, sino también en mantener los pies de los prisioneros descalzos, lo que daba en consecuencia enfermedades por entumecimiento que muchas veces llevaban a la muerte de tejidos o gangrena y la persona moría por infección o debían serle amputados sus miembros.

Las hambrunas también eran parte de un plan macabro y siniestro pensado para sacar información de interés por parte de los carceleros.

Los horrores padecidos por los prisioneros de la Primera Guerra Mundial dieron lugar a las acciones masivas de la Cruz Roja Internacional, que si bien había sido creada en 1863 para aliviar los sufrimientos de los heridos en frentes beligerantes, no había conocido tan vasta cantidad de hombres alcanzados por una catástrofe mundial, la mayor de la historia, para cuyo final se habría perdido alrededor de veinte millones de vidas -equivalentes al uno por ciento de la población humana- lo que constituía una cifra extremadamente elevada.

Desnudo, con el cuerpo marcado por los negros tormentos corporales, evidenciando una delgadez extrema y moribundo, lo arrojaron dentro de un calabozo oscuro, húmedo y maloliente. A su alrededor otros hombres corrían su misma suerte. La mayoría agonizantes. Algunos muertos. Habían transcurrido dos años desde su partida.

El estado de aquellos desdichados era de tal inferioridad física, que los guardias no se molestaban en encadenarlos. Los

que llegaban allí nunca salían con vida. Enfermos, minusválidos, sin alimentos ni agua, no había modo de sobrevivir. La mayoría no llegaba a pesar 45 kilogramos y la piel reseca marcaba sus cuerpos esqueléticos.

Ana sonreía y acercaba una manzana a su boca. Su madre acariciaba su frente mojada por el sudor de las fiebres. Ambas acercaban sus rostros hermosos y se desvanecían de repente. Intentaba alcanzar aquellos rostros amados con sus propias manos pero las fuerzas se escapaban de su cuerpo y caían debilitadas a los lados del cuerpo.

En un momento que Franchesco Vincenzo no sabría precisar jamás si era día o noche, lo sacaron de allí. Lo introdujeron en una tina de baño con agua sucia pero tibia aún, en la que antes otro hombre había sido sumergido y un par de prisioneros lo higienizaron bajo las órdenes de un oficial. Le pusieron ropas limpias y le ofrecieron un caldo caliente que apenas pudo tomar porque llevaba días sin alimentarse y tenía el estómago cerrado. Luego le hicieron beber agua fresca y lo llevaron a un camastro donde apenas pudo descansar por las altas fiebres. Por momentos caía en sueños profundos. Ana y su madre regresaban. Y volvían a evanescerse. A su lado, en otro camastro yacía un hombre que se quejaba penosamente la mayor parte del tiempo.

Los días fueron transcurriendo sin control para Franchesco Vincenzo, quien no podría afirmar si eran horas o semanas.

Diariamente recibía alimentos y cuidados que a poco permitieron su restablecimiento. Cuando las fiebres se apagaron y su cuerpo había ganado peso se le acercó el traductor.

—Oiga Di Mastro Pietro. Usted aprendió enfermería. El hombre que está a su lado —dijo señalando al otro enfermo— es mi hermano. ¡Salve su vida! Hemos sufrido muchas bajas y no quedan médicos ni enfermeros vivos. Dejo en sus manos la vida de mi hermano. Atienda a los heridos que pueda. No

pierda tiempo con los otros. No hay medicinas ni tiempo para todos. Ahí le dejo la caja del galeno que murió. No cometa errores. De usted depende salir de aquí con vida. Si mi hermano se salva, usted es libre. Ya sabe que no puede equivocarse.

—Señor —atinó a balbucear Franchesco Vincenzo y el oficial le propinó un feroz golpe en la cara.

—El único con autoridad para hablar aquí soy yo. Usted obedezca y haga lo que le ordeno. Cumpliré mi palabra. Pero no soportaré que se dirija a mí. Nunca olvide que sigue siendo un prisionero.

Franchesco Vincenzo bajó la mirada, sin intentar tomarse el rostro dolorido para aliviarse. El traductor se retiró del lugar pisando ruidosamente.

Se dirigió al camastro para revisar al hombre enfermo. Presentaba una tupida y espesa barba, lo mismo que la cabellera de varios días, pues si bien los oficiales y soldados procuraban mantenerse rasurados y limpios, e incluso contaban con barberos entre sus filas, los azotes del frío y la escasez de elementos de higiene atentaban contra ello.

Se lo veía temblar de pirexia y no podía sostenerse en pie. Franchesco Vincenzo intentó ayudarlo a incorporarse levemente, quería observar la piel de la espalda y escuchar la respiración apoyando sus oídos, para auscultar los pulmones. El hombre no dejaba de gemir lastimosamente. Era notorio que cualquier movimiento por cuidadoso que fuera, aumentaba su padecer. Con cuidado lo volvió a la postura horizontal. Corrió las sábanas que lo cubrían y revisó las piernas, quería asegurarse que no hubiera gangrena. Cuando le practicó algunas flexiones para comprobar la movilidad el hombre se quejó de manera sostenida. Lo mismo ocurrió cuando le flexionó la otra pierna.

No hay gangrena, pensó. La fiebre de las trincheras, recordó la voz del doctor Ramazzotti cuando le señalaba los

síntomas de los enfermos. *En la guerra se ven estas enfermedades: gangrena o fiebre de las trincheras, las otras son las heridas directas de los enfrentamientos –decía. Si tocan órganos vitales no hay nada que hacer.*

La suciedad y las heces de los piojos transmiten una bacteria que trae fiebres agudas y recurrentes, mareos, cefaleas, exantemas en la piel –mencionaba el galeno mientras hacía las curaciones. Los dolores en la espalda y en las piernas son insoportables. Las fiebres altas suelen remitir pero antes de la recuperación, el enfermo vuelve a temblar hirviendo. En 5 o 6 días la fiebre resurge. El paciente sigue presentando mareos, dolor de cabeza, se siente debilitado y enfermo de muerte. Se deben eliminar los piojos y usar antisépticos para combatir la resistencia bacteriana –explicaba en tono pausado. Acraflavina antiséptico –recordó.

Francesco Vincenzo tomó la caja de las medicinas, era una caja de madera que contenía los instrumentos y frascos del tipo que había utilizado infinidad de veces cuando ayudaba a su amigo y enseñante. Rasuró el pelo y la barba del enfermo, que penaba con cada respiración, emitiendo quejidos apagados. Puso agua a hervir para hacer una buena higienización del hombre con el agua tan caliente como le fuera posible soportar, sin dañar la piel con exantema. Apoyó compresas calientes sobre la cabeza, el rostro, el cuello y el resto del cuerpo. Al término buscó entre los frascos el ácido carbólico, tomó una pequeña medida y la rebajó lo suficiente como para empezar a matar la bacteria, pero no al enfermo.

Los días siguientes aplicó la misma dosis de ácido sobre la piel. Le suministró dos veces por día un antiséptico. Lo mantuvo higienizado y rasurado. Echó agua hirviendo en los pisos de la habitación. Se aseguró que el enfermo se alimentara y bebiera diariamente.

—¿Cómo va eso? ¿Encuentra tratamiento y mejoría para mi hermano? —al tiempo que interrogaba en tono imperativo,

escrutaba con la mirada los cambios en el lugar y mejor presencia de su hermano (Otto von Below, tal el nombre del paciente).

El prisionero cada día se ocupaba de los otros enfermos con el mismo cuidado que lo hacía con el hermano del traductor. Limpió heridas hasta llegar al hueso en algunos casos para evitar amputar miembros, hizo amputaciones para salvar vidas, suministró medicinas y ayudó a aliviar el dolor de los que no podían salvarse. El agua hirviendo fue su aliada para desinfectar las habitaciones del hospital de campaña con pisos de piedra y paredes de telas, que apenas protegían del viento, el sol, la lluvia o las nieves.

Para evitar el contagio de las pestes que podían traer los piojos y los roedores mantuvo el rasurado de los enfermos y dedicaba un momento del día a la recolección de restos de trapos y vendas ensangrentadas que recuperaba siempre con agua limpia e hirviendo o en su defecto las quemaba.

—¿Por qué le ha cortado el pelo y la barba a estos hombres? Responda —exigió el traductor.

Francesco Vincenzo recordaba las palabras del alemán que le había dicho de manera terminante “Le prohíbo que se dirija a mí”. A riesgo de recibir otro golpe en la cara este respondió:

—Señor debemos evitar la proliferación de toda clase de bichos y alimañas...

El alemán penetró sus ojos a través de una mirada severa y firme, pero aceptó las explicaciones de Francesco Vincenzo. Luego recorrió el lugar próximo, con la misma mirada de hielo. Y dedicó unos instantes a observar la lejanía, levantando la tela de la entrada a la tienda

Cuando habían transcurrido veinte días, la mejoría de Otto von Below era notable. Comenzaba a levantarse sin sufrir mareos, los dolores y las fiebres habían remitido. También empezaba a alimentarse con normalidad y ganaba peso, aunque los alimentos eran escasos para todos.

Los hombres que Franchesco Vincenzo atendía eran enemigos en el conflicto bélico, no obstante el dolor y la muerte mostraban que todos los sufrían de la misma manera y eran atravesados en cuerpo y alma por las mismas penurias y agonías.

Los alemanes se habían estado moviendo con éxito y poderío y traían pertenencias ganadas a los prisioneros y vencidos: armamentos, cañones, ametralladoras y morteros en número exorbitantes.

Después de la cena que no era más que un caldo caliente con carne de animales silvestres, (dado que a medida que la guerra avanzaba las provisiones en toda Europa disminuían) acompañado por una porción de pan, Franchesco Vincenzo fue llamado al despacho del comandante a cargo del grupo, Franz Conrad von Hotzendorf.

Para entonces ocupaban las partes salvas de las ruinas de una iglesia, que había sido casi totalmente destruida en el fragor de los combates. En las habitaciones que se mantenían en pie, se erigían las salas de control.

El comandante le preguntó si tenía familia en Italia. El traductor se mostraba frío y distante y oficiaba de intérprete como siempre.

Franchesco Vincenzo respondió que su familia se encontraba en América. La respuesta sorprendió al supremo, quien tomándose el mentón se acomodó en su asiento cruzando las piernas y se lo quedó mirando fijo un buen rato y en silencio.

—Explíquele al prisionero cual es el plan —dijo el superior.

—Le daremos tres semanas para que prepare con sus conocimientos a diez hombres de nuestra mayor confianza. No se guarde ningún secreto. Todo lo que usted sabe lo dará a conocer a los nuestros. Los síntomas de cada enfermedad, las medicinas para cada caso, las proporciones, las dosis, el suministro de los remedios, las curaciones y suturas, las amputaciones, los tratamientos y los cuidados que se deba

dispensar. Al término de ese tiempo si ha cumplido debidamente con nuestro encargo será completamente libre, ¿me entiende?

—Síéntese —indicó el comandante señalando un asiento que parecía reservado para las máximas autoridades.

Francesco Vincenzo obedeció la orden, sentándose incómodo en la punta del asiento, ocupando apenas un cuarto del mismo, ambas piernas semi separadas y apoyando sus manos sobre sus rodillas, a lo campechano y sin saber muy bien qué posición sería la correcta para un prisionero bajo la mirada glacial de aquel hombre.

Este mantuvo su espalda cómodamente apoyada, conservaba las piernas cruzadas, los dedos entrelazados y moviéndolos bajo su propio rostro, mientras mantenía los ojos negros que semejaban los de un reptil, fijos en el rostro levemente ruborizado de Francesco Vincenzo.

Al cabo de un tiempo que le pareció una eternidad, el comandante se levantó de su especie de trono y Francesco amagó levantarse también, pero se le indicó que permaneciera sentado. El supremo se dirigió a la mesita, tomó una tetera y sirvió tres tazones de té con azúcar, le sirvió un tazón al prisionero y otro al traductor quien permanecía de pie. Con su taza servida y humeante, el comandante volvió a sentarse y dijo unas pocas palabras:

—Acaba de salvar la vida de Otto von Below, nuestro máximo comandante. Ese es su pasaporte hacia la libertad. Cumpla con el último encargo que se le ha hecho y será embarcado hacia América. Desde este momento usted ya no es un prisionero en esta sucia guerra. Levántese —ordenó Franz Conrad von Hotzendorft y le extendió una mano a Francesco Vincenzo Di Mastro Pietro sellando un pacto de honor.

Fue el propio Otto von Below quien se hizo presente en la sala en ese momento, el cual completamente restablecido,

vestía sus ropas militares con sus galardones y también extendió su mano. Finalmente el traductor hizo lo propio saludando a Franchesco Vincenzo con un fuerte apretón de manos, mientras expresaba un gracias cortante y gélido como el clima de los Alpes.

Exactamente tres semanas después, ni un día más ni un día menos, Franchesco Vincenzo fue conducido en un carro de combate a fronteras neutrales en Suiza, donde lo esperaban espías alemanes infiltrados entre la población civil, quienes lo condujeron en tren, con un pasaje y documentación sellada y en regla para su regreso a la Argentina. Su obligación con Italia estaba completamente saldada desde el momento que cayó prisionero y por lo tanto no podría ser aprehendido como desertor en ningún lugar del mundo en lo sucesivo.

Franchesco Vincenzo subió al vapor que lo regresaría en el 17, un año antes de la finalización de la Primera Guerra Mundial, el 11 de noviembre de 1918, cuando Alemania aceptó las condiciones del Armisticio pactado en el vagón de un tren en el bosque de Compiegne. La guerra dejaría como saldo millones de muertos, lisiados, viudas y huérfanos.

Alemania aceptó la entrega de cinco mil cañones, veinticinco mil ametralladoras, tres mil morteros, mil setecientos aviones, cinco mil locomotoras y quince mil vagones de Ferrocarril.

Italia llegó a recuperar la mayor parte de los territorios que había perdido tras el desastre de Caporeto y ocupó el Tirol en el Armisticio de Paz celebrado entre Italia y Austria en una finca campestre en las afueras de Padua.

La brisa marina a medida que el vapor se internaba en alta mar y el continente se perdía de vista, fue de las sensaciones más sublimes que Franchesco Vincenzo Di Mastro Pietro llegó a experimentar en toda su existencia. El olor salino del océano fue de los más placenteros aromas percibidos por él, sembrando un profundo perfume de retorno a la vida.

Lágrimas emocionadas arrasaban su rostro. Ana le estaría esperando.

—Ana... —la nombró pretendiendo que ella lo escuchara llamarla.

CAPÍTULO XII

Buenos Aires. *Ana y Franchesco Vicenzo.*

El vapor que traía a Franchesco Vicenzo arribó al puerto de Buenos Aires el 23 de noviembre de 1917. La primera guerra mundial continuaba en su cruento fragor y aún restaba un año para llegar a su final.

Esta guerra ocasionó un impacto en la economía global y el patrón oro que funcionaba desde 1870 como valor estándar para fijar la paridad de moneda internacional vio su hundimiento. Muchos bancos centrales no disponían de reservas y se usaba el dinero fiduciario, sin más respaldo que la confianza entre países que no estaban involucrados directamente con la guerra.

El mundo vio grandes hiperinflaciones y el comercio mundial se vio fuertemente afectado. La libra esterlina se mantuvo como moneda de referencia con una progresiva tendencia al dólar, ocurriendo la gran depresión y fracaso definitivo del patrón oro.

La expansión del trabajo femenino aconteció a grandes escalas por la pérdida de millones de vidas de hombres. Obreras, enfermeras, activistas, impulsaron y consiguieron el derecho al voto en Alemania e Inglaterra en 1918 y pronto fue igual en tantos otros países.

La economía argentina había crecido de manera vigorosa en las décadas anteriores con la incipiente industrialización disparada por el requerimiento de carnes y cereales que esta

exportaba, pero la guerra trajo la pérdida de dinamismo en su economía y la misma constituyó un momento de quiebre, justo cuando estaba próxima a achicar la brecha que la separaba de las naciones con mayor ingreso *per cápita*.

El país que Franchesco Vincenzo había dejado al partir no era el mismo con el que se encontró a su vuelta, se podía percibir cierta influencia en el humor de la gente, que a sabiendas de lo que ocurría al otro lado del mar, ponía de manifiesto su angustia, por los parientes que podrían haber quedado atrapados o muertos en la guerra, dado que las corrientes migratorias de las décadas anteriores, habían separado millares de familias.

Lo primero que escuchó al bajar de la nave fueron las voces de personas extrañas, que le preguntaban cuándo terminaría la guerra.

Franchesco Vincenzo se aprestó a tomar un lugar en el tren de regreso a su hogar y allí cogió plena conciencia de lo que esto significaba. Había heridas y cicatrices en su cuerpo y en su mente, pero estaba entero y anhelaba el reencuentro con sus padres y hermanos, y especialmente llegar para abrazar y casarse al fin con su amada Ana.

No había amanecido aún y comenzó a reconocer las praderas, parajes y paisajes de la llanura donde se había criado.

Al bajar del tren identificó los perfumes de la naturaleza del lugar y particularmente el aroma de los jazmines, que comenzaban a abrirse en los jardines de las viviendas.

De pronto y sin darse cuenta echó a correr hasta casi perder el aliento.

—¡Mamma! ¡Ana! —gritó con todas sus fuerzas esa naciente madrugada de libertad.

Ana reconoció la voz y se levantó sin siquiera reparar en el calzado. Nada más verlo corrió a su encuentro sin sentir las piedras ni espinas del camino.

Franchesco y María Úrsula -sus padres- también lo habían escuchado y se habían levantado a la carrera.

Fue el momento de los abrazos, las lágrimas, los besos.

La noche de ese mismo día los Di Mastro Pietro ofrecieron un convite para los amigos y vecinos.

Franchesco Vincenzo anunció públicamente su compromiso con Ana.

La pesadilla comenzaba a ser parte del pasado.

Un tiempo antes de la llegada de Basilio Díaz y mientras Franchesco Vincenzo permanecía bajo Bandera de Guerra.
Recuerdos y verdades ocultas.

Ana conservaba en su memoria una conversación inconclusa, que había sido mantenida con su madre muchos años atrás.

María del Pilar me había regalado cuadernos y lápices, me enseñaba todo lo que iba aprendiendo. Aprendíamos juntas. Sabía que nosotras dos somos –lo dijo con la mirada perdida en lontananza, más allá de la pequeña entrada de luz de la ventana, apenas iluminada por la tenue luz de la luna.

—¿Somos? ¿Somos qué? —había preguntado enarcando las cejas.

Su madre no le había respondido la pregunta.

La noche que Franchesco Vincenzo regresó y anunció su compromiso públicamente, Ana decidió que ya era tiempo de saber toda la verdad.

Ya era muy avanzada la noche y el aleteo de un ave nocturna se oyó en el silencio que circundaba el humilde rancho de barro y adobe, sobre la loma. Ana decidió preparar el mate aunque su madre ya se estaba acostando.

Cuando el agua estuvo caliente retiró la pava del brasero y se sentó en el borde de la cama.

Cebó un mate y lo dio a su madre.

—Hija es muy tarde y estoy tan cansada. Apaga el candil por favor. No quiero mates a esta hora.

—Madre es tiempo de que me cuentes toda la verdad. No he olvidado aquella vez, cuando dijiste que María del Pilar y tú... ¿Qué son entre ustedes madre? ¿Es lo que yo intuyo? ¿Lo que a veces pienso? ¿Es verdad lo que creo?

Cándida se incorporó, se sentó en la cama, tomó las manos de su hija y la miró a los ojos.

—¿Estás segura de querer conocer toda la verdad? Ya eres una mujer y has sufrido mucho, pero el día de tu boda está muy cercano y tienes derecho de saberlo. Prométeme que guardarás silencio. De lo contrario me veré obligada a guardar mi secreto.

Al pronunciar estas palabras la voz de Cándida era débil y temblorosa, Ana nunca había visto a su madre en ese estado y con tal palidez.

—¿Por qué me pides que guarde el secreto madre, hasta cuándo?

—Porque no estoy autorizada para revelar esta verdad, y si don Joaquín Solar del Campo supiera que te lo he contado, me mataría.

Cándida miró fijamente a su hija y buscó en sus ojos la promesa. Ana asintió.

—Guardaré el secreto. Cuéntame todo.

—Tu madre... yo no soy tu verdadera madre...

Ambas mujeres mantenían sus miradas fijas, la una en la otra. Un tenue rayo de luna que ingresaba a través de la pequeña ventana semiabierta, parecía brillar en los cabellos de Cándida. Y prosiguió diciendo:

—María del Pilar es tu madre, eres hija de su vientre. Ella quiso ocuparse de ti desde el momento de tu nacimiento, pero

don Joaquín Solar del Campo se lo impidió y te entregó a mis brazos para que yo te criara como si fueras mi propia hija...

—¿Quién es mi padre? —preguntó al cabo de un pronunciado silencio.

—Hija mía es muy duro, ¿en verdad quieres saberlo?

—Por favor...

—¿Recuerdas el cuento? ¿Recuerdas al ogro?

Un frío helado recorrió las venas de Ana y abriendo muy grandes sus ojos comprendió lo que le estaba siendo revelado.

—Don Solar del Campo... ¿Él es mi padre?

Cándida asintió con un leve movimiento de su cabeza.

—Dios mío... y tú... ibas a casarte con Basilio...

—Basilio lo hubiera comprendido... si yo hubiese tenido un hijo de mi sangre con otro hombre... pero no pude explicarle que no eras mi hija... tu padre me habría matado si yo lo revelaba...

—¿Y qué hay entre tú y María del Pilar? ¿Por qué me dijiste que ustedes dos son...? ¿Qué son? Te interrumpiste cuando estuviste a punto de decirlo aquella vez, pero no lo he olvidado.

—Ella y yo somos medio hermanas. Don Joaquín Solar del Campo también es mi padre —susurró Cándida. Soy la hija bastarda.

En ese punto de la conversación Ana se puso de pie mordiéndose los labios para no gritar. Dio unos pasos de ida y vuelta, desorientada y muda. Se acercó a la ventana y respiró profundo, levantando la vista hacia las estrellas, y dejando caer la cascada de sus cabellos hasta su cintura. Se llevó ambas manos a las caderas y se quedó en esa posición, con la cabeza en dirección a los cielos, sacudiendo levemente a uno y otro lado su cuello... como negando lo que estaba sabiendo.

Cándida permanecía sentada en la cama, sin dejar de observar a su hija. Temía haberse equivocado.

Ana regresó junto a su madre y ambas se abrazaron fuertemente.

—Entonces también eres mi medio hermana ¿Verdad? ¿Y quién es tu madre? Mi abuela... ¿Quién es?

—Su nombre es Perla Álvarez. Mi madre y mis abuelos maternos trabajaban en esta estancia antes que tú nacieras. Doña Mercedes los despidió cuando murió el viejo don Solar del Campo. Nuestro abuelo...

—¡Ay Dios mío, madre! ¡Cuánto dolor guardas en tu alma!

—La razón de mi vida eres tú, querida mía —dijo acariciando el rostro de Ana.

Ana se metió en la cama junto a su madre y aunque la noche era calurosa, se refugió en su abrazo. Ninguna de las dos durmió. Tampoco hablaron. El silencio era un grito callado. La verdad estaba dicha.

CAPÍTULO XIII

Las sucesoras

Sintiéndose muy enfermo, don Joaquín Solar del Campo mandó llamar al renombrado escribano del pueblo.

Dejó redactado su testamento en favor de sus tres hijas por partes iguales, aunque no reconoció con su apellido a Cándida ni Ana. Se aseguró que nada de su fortuna le correspondiera a su esposa Mercedes, la cual igualmente contaba con su propia parte de herencia paterna.

Los cortinados se mecían suavemente. El anciano se acariciaba la barbilla. Desde su lecho y acomodado sobre almohadones de diferente densidad indicó al notario que se sentara en el sillón.

—Acérquese por favor, tengo pocas fuerzas y me falta el aliento —alcanzó a decir al principio, con la voz entrecortada.

El escribano se acercó con los documentos y apoyó el tintero en la mesa de noche. Introdujo la pluma y dio una suave sacudida, dejando caer la primera gota dentro del mismo frasco.

Joaquín Solar del Campo prosiguió:

—No tengo intención de dar explicaciones a nadie. Simplemente deseo expresar mi voluntad. A mi muerte se deberá cuantificar el monto total de mi patrimonio, el valor de las tierras y la mansión. También se tendrán que incluir la estancia que poseo en los pagos de Chacabuco y las tierras que heredé en Junín por parte de mi familia materna. Allí se crían y cuentan cientos de cabezas de ganado vacuno, lanar y algunos caballos.

Mis sucesoras podrán disponer de las ventas o ganancias de la fortuna que estoy legando según sus propios acuerdos. Pongo por condición que haya acuerdos. De no haberlos tendrán que vender y dividir por partes iguales el total del acervo —continuó penosamente.

Se detuvo en su monólogo y pidió un vaso de agua.

La enfermera que permanecía sentada y atenta en un rincón de la habitación, se levantó con premura, solícita y displicente.

Se acercó al anciano, levantó un poco su barbilla, acomodó una servilleta de tela bajo el rostro del hombre y le dio de beber con delicadeza.

—Prosiga —ordenó al escribano, después de beber unos sorbos de agua fresca.

Nombro mis sucesoras universales a mi hija doña María del Pilar Solar del Campo, a doña Cándida Álvarez y a doña Ana Álvarez.

Es mi decisión desheredar a mi esposa Mercedes Etchevez, quien sabiendo de mi amor por otra mujer en mi juventud y siendo mayor que yo, acordó con mi madre contraer nupcias conmigo, pese mi negativa. No me dejaron alternativa... Muchas veces sentí no saber quién era yo, o creí haber perdido la razón, incluso me ocultaron que la que yo amaba estaba encinta de mí... no hace falta que escriba esto último, usted sabrá. Los números de los documentos y sus fechas de nacimiento y otros datos de filiación de mis herederas están en el sobre —adujo señalando con su dedo índice un envoltorio de papel cartón.

Apure la firma de los testigos, complete el papeleo, quiero estampar mi nombre, santo y seña ya... tal vez alivie un poco mis culpas...

El escribano pidió que se levanten de sus asientos (donde permanecían oyendo y viendo todo lo expuesto) el capataz, un peón y la enfermera, que también oficiaban como testigos de los dichos del otrora poderoso amo y señor de aquellas tierras.

Estos permanecieron de pie fiscalizando que los datos que se transcribían fueran fidedignos.

Al término del protocolo firmaron la enfermera y el capataz.

El peón acercó su dedo pulgar que le fue entintado y apoyó el mismo al pie de la esquila, a modo de firma.

Posteriormente estampó su firma Joaquín Solar del Campo e hizo lo propio el notario. Los testigos se retiraron de la sala dormitorio, a excepción de la enfermera que siguió al cuidado del enfermo.

El escribano contó uno a uno los billetes de su paga en calidad de sellados y honorarios, los cuales ascendían a una interesante suma de pesos, que le permitirían adquirir una propiedad de buena arquitectura en la ciudad, extendió su mano y saludó, quedando a disposición de trámites o diligencias ulteriores.

Al salir de la habitación la tarde caía pronunciada y el sol dibujaba un semicírculo en el horizonte, acariciado por nubarrones rojizos.

El viejo exhaló un respiro de alivio, como si se hubiese quitado un gran peso de sus espaldas. Luego cerró los ojos y un sueño antiguo cobró vida. En sus espejismos, ella...

¡Perla! ¡Vámonos Perla! Perla transpone el cortinado y el rancho de barro luce palaciego, rodeado por estanques y prados de flores. Más allá un pinar verde se prolonga hasta que se abre el camino de tierra polvorienta. Ella lleva un vestido claro que le llega hasta los tobillos y sus pies van descalzos. Se toman de la mano y emprenden una corrida a la carrera. De pronto el camino se cierra y se abre un vasto y profundo precipicio donde ambos caen sin desaferrar sus manos.

Antes del golpe estrepitoso Joaquín se despierta con taquicardia en el pecho y transpiración en la piel.

—Perla —pronuncia—. He vuelto a perderte.

La enfermera le anuncia que es la hora de tomar una sopaliviana y el viejo se entrega.

Al mes siguiente el notario regresó a la mansión con el trámite finalizado, trayendo los sellados y firmas del juez, los informes bancarios y la tasación de la fortuna total. Se apersonó en la habitación de Joaquín Solar del Campo y tras los saludos y entredichos de cortesía preguntó:

—¿Desea que las sucesoras sean puestas en conocimiento del legado en su presencia señor? Hay que tener en cuenta que su hija María del Pilar podría tomárselo muy mal y ni hablar de la reacción que puede llegar a tener doña Mercedes... —el notario dio algunos pasos en la habitación viendo los parques a través de los ventanales, luego se dio vuelta y escrutó con la mirada al interpelado Joaquín Solar del Campo.

El viejo sacudió sus manos a la altura de la cabeza, como echando a volar las palabras del escribano y habló con firmeza.

—No quiero ver a nadie. Ocúpese usted mismo de todo. No estoy en condiciones de soportar los gritos y escándalos de Mercedes. Asegúrese que no le permitan acercarse a mí. Esa mujer es mayor que yo, pero podría matarme. Me ha robado la vida hace mucho tiempo. Por mi hija María del Pilar sé que no habrá incidentes. Es una joven mujer de buena educación y mejores modales... y se lleva muy bien con las otras dos... parecen hermanas... vaya nomás.

El gesto y el tono utilizados por Solar del Campo no dejaron lugar a dudas.

Hubo una despedida formal entre ambos hombres.

El escribano hizo llamar al salón principal a las cuatro mujeres en cuestión, lo mismo que a los testigos y la enfermera que había traído de la ciudad por si las cosas se complicaban o desmadraban ante tan inusual cometido.

Al ver el rostro de la anciana Mercedes que conservaba la mirada oblicua cuasi un reptil y los labios finos y apretados, consideró pertinente invitarla a dar un paseo por los jardines en compañía de la enfermera.

—Doña Mercedes, si usted lo desea, hablaré primero con las señoritas —dijo señalando a las jóvenes María del Pilar, Cándida y Ana. Luego hablaremos usted y yo a solas...

—De ninguna manera, doctor Villalba. No me moveré de aquí. Puede comenzar con su anuncio. No entiendo por qué nos ha convocado junto con mi hija a participar de este extraño reducto de gentes... —pronunció altiva y con un dejo de desprecio.

—Como usted mande señora —repuso el escribano e hizo una mirada furtiva y cómplice a la enfermera por si las cosas se precipitaban.

Esta llevaba en su caja -entre otras medicinas-, sales de amoníaco y una ampolla de sedante inyectable con sus preparados, conocido como *Protectorado* que consistían en la conjunción de drogas como *Clorpromacina* y *Haloperidol* y era utilizado de manera experimental desde 1881 *como antipsicótico*.

El escribano tomó su portafolios de cuero y extrajo el papeleo. Allí estaban los documentos del testamento en un atado de papeles compuestos por una carátula y varias hojas gruesas, foliadas, firmadas, selladas y abrochadas.

—Hace un mes estuve aquí mismo. Fui convocado por el dueño de esta casa para tomar el dictado de su testamento en vida frente a testigos —dijo mirando los rostros expectantes de los que habían sido llamados a presenciar el sencillo acto.

Las mujeres permanecían sentadas, los testigos estaban parados detrás de ellas. El notario sostuvo en alto la carpeta y señalando la primera hoja leyó con voz solemne:

Testamento de don Joaquín Solar del Campo -dictado en vida frente a testigos.

Dio vuelta la hoja acartonada y comenzó a dar lectura del lugar y fecha.

Luego prosiguió con el contenido central de la sucesión. El letrado usaba un tono pausado, resaltando con su voz los nombres de las herederas. A medida que la lectura avanzaba y se daban a conocer los nombres de las beneficiarias, los rostros y las miradas se iban transformando, pasando de la serenidad al asombro en el caso de las tres jóvenes mujeres. Las facciones de Mercedes Etchevez se endurecían y descomponían en muecas horribles, hasta que de pronto se puso de pie y avanzó con furia hacia el escribano, pretendiendo alcanzar los documentos con intención de romperlos.

Hasta el momento sólo se había hecho mención de las destinatarias del beneficio, sin llegar al apartado de la que fuera desheredada.

Los certeros reflejos del hombre y un especial estado de alerta impidieron que la anciana lograra su cometido, al tiempo que las otras mujeres también se levantaron de sus sillas.

Estupefacta la mujer atinó a mirar hacia todos lados esperando alguna clase de explicación, como si quisiera que alguien le diga que había un error.

María del Pilar rodeó a su madre por la cintura y besó su frente, pero por toda respuesta, Mercedes le asestó un cachetazo. Las otras dos retrocedieron acobardadas y presas de temor. Mercedes se abalanzó contra el notario y alcanzó a aplicarle algunos rasguños en el rostro, mientras insistía en su propósito de alcanzar y destruir el testamento, el cual el notario alcanzó a guardar en su portafolios, al tiempo que se aseguró de sostenerlo con absoluta seguridad y firmeza, contra toda intentona de la señora por lograr sustraerlo.

Al verse impedida de lograr su propósito y sabiendo que nadie podría ni querría ayudarla, comenzó a descargar su ira

echando fuera de su casa a todos los presentes en la habitación, inclusive su hija.

—¡Fuera todos de aquí! ¡Salgan inmediatamente de mi casa! ¡Todos! ¡Tú también! —dijo señalando a María del Pilar.

En el momento que todos los presentes se dirigían hacia la salida de la *stanza*, compelidos por una temible Mercedes Etchevez, más temible que nunca antes, tal su grado de exasperación, hizo acto de presencia en la misma sala don Joaquín Solar del Campo. El hombre andaba descalzo y se apoyaba en un bastón. Al entrar en la habitación extendió el bastón en semicírculo, obligando a todos a retroceder.

—Siéntense todos —manifestó—. Mercedes siéntate por favor, tú también. Obedece de una vez.

Mercedes se encontraba tan fuera de sí, y a su vez se sentía tan doblegada en su voluntad, que obedeció como nunca había aprendido a hacerlo, desde el lejano día en que descubrió el poder con el cual podía moverse en la mansión. Dueña y señora de todo cuanto había y habitaba dentro de aquella inmensa y extensa propiedad.

—Usted también doctor por favor, siéntese —expresó al escribano al tiempo que le señalaba un banco. —Y también ustedes —formuló mirando uno a uno a los testigos—. Seré breve —prosiguió.

Mientras todos se acomodaban entre sorprendidos, desconcertados y conmocionados, el servicio doméstico y algunos peones se habían acercado al lugar, atraídos por la gritería y se mantenían juntos, silenciosos y ocultos tras una puerta de dos hojas, a la espera de cualquier desenlace.

—No perderemos más tiempo en protocolos —aseveró—. He nombrado mis herederas universales a mis hijas María del Pilar, Cándida y Ana.

Ante tal revelación se oyó un breve murmullo dado que los rumores cada vez que habían comenzado a correr,

rápida­mente habían sido silenciados. Las propias jó­venes quedaron enmudecidas y boquiabiertas ante tal arroj­o de sinceridad por parte del anciano padre. El viejo las miraba fijamente, llevando la vista de una a otras.

—Perdón por tantas cosas que hice mal y por el daño causado a las tres —agregó.

—Y a ti Mercedes te he desheredado —manifestó con una mueca de desprecio y sin esbozar la menor pena o muestra de sensibilidad hacia su esposa.

Tiesa en su silla, Mercedes prorrumpió en llantos sostenidos y espasmódicos, buscando un pañuelito entre sus ropas.

—Nunca me quisiste Joaquín, pero yo te amaba. ¿Por qué me haces esto? Te di todo lo que tenía, te di mi vida y te traté lo mejor que pude. Nunca me respetaste. Tuve que convivir con el nombre de tu mujerzuela metido hasta en nuestra cama desde el día de nuestra boda. ¿Qué pretendiste? ¿Que también tuviera que aceptar y soportar tus desprecios mientras la nombrabas? Pobre de mí, anciana, maltratada, humillada y desheredada de la fortuna que me corresponde —sollozaba.

—Bah, no la necesitas. Eres más rica que el rey de España mujer, deja de gimotear —concluyó exacerbado y la ignoró completamente.

Dirigiéndose al escribano y los testigos pronunció su agradecimiento y les dijo que su presencia allí ya no hacía falta.

—Haré que le sirvan un té, ¿o prefiere un refresco? —cambió de idea, por cortesía hacia los presentes, en especial hacia el letrado.

La servidumbre y los otros que permanecían ocultos se dispersaron rápidamente, antes de ser descubiertos.

—Un té para mí estará bien don Joaquín, gracias, no sé qué querrá usted doña Dolores —dijo el escribano dubitativo, aludiendo a la enfermera.

—Un té por favor —requirió esta, sin dejar de observar a doña Mercedes—. Para la señora —agregó.

—Por mí no hace falta nada don Joaquín —afirmó el capataz.

—Yo tampoco señor, muchas gracias —pronunció el peón haciendo ademán de negativa—. Permiso —finalizó diciendo y salió de la habitación junto al capataz.

—¿Y usted no va a tomar nada? —interrogó don Joaquín a la enfermera.

—Un refresco, una limonada quizá. Gracias.

Cuando la empleada trajo el servicio de té y los refrescos, la enfermera ofreció atención a doña Mercedes, quien ya vencida no atinaba a reaccionar, aceptando unos sorbos de té que le fueron dados como a un niño de poca edad.

Al día siguiente Mercedes Etchevez con sus casi 70 años de edad, le indicó al chofer que la llevara a la capital, a la antigua casona de sus difuntos padres, en la calle Terrero. Llevaba como dama de compañía a una de las empleadas, quien compadecida por la situación que atravesaba la señora, aceptó la propuesta de la misma, para acompañarla y atenderla en la gran ciudad. Hizo cargar un baúl con unas pocas pertenencias. En el fondo del equipaje había acomodado su traje de novia, desgastado por el paso del tiempo, no obstante el mismo traje le traía remembranzas del único día de felicidad en toda su vida.

CAPÍTULO XIV

Las nupcias de Ana y Franchesco Vicenxo

Habían pasado unos dos meses desde el día en que las tres sucesoras tomaron conocimiento de las condiciones de la herencia que les fuera legada.

María del Pilar no aceptó que Cándida, junto a Basilio y Ana, siguieran viviendo en el humilde rancho con paredes de barro y pisos de piedra.

Aún no se había efectuado el traslado definitivo del flamante matrimonio, hacia la casita adquirida por Basilio; y a la luz de las buenas nuevas, probablemente ya nunca lo harían, dado que la situación había tomado a todos por sorpresa y poseía contornos y ribetes para nada previsibles por Cándida y Basilio antes de su boda. Además hubo trámites que finiquitar y otras cuestiones relacionadas con el reciente descubrimiento, acerca de las verdades que se le habían ocultado durante toda su vida a la joven Ana.

María del Pilar sentía desbordar su alma sabiendo que allí, en el humilde rancho habían vivido su medio hermana y su hija hermana, mientras ella conocía el vínculo sanguíneo que las unía, aunque nada hubiera podido hacer contra la voluntad de sus padres don Joaquín Solar del Campo y doña Mercedes Etchevez.

Cándida y Basilio aceptaron la invitación de permanecer en la estancia el tiempo que fuera necesario y pensaron que necesitaban un período prudencial para decidir más adelante,

cuál sería el lugar definitivo de su vida conyugal. Por lo pronto existían muchos temas y cuestiones por hablarse con libertad, demasiado *racconto* de intimidades del alma por desnudarse entre las sucesoras —de cicutas y rosas— dados los venenos y mieles que la vida les fuera prodigando.

Basilio también comprendió que todo aquello le pertenecía a su mujer y era tiempo de tomar posesión de su patrimonio y disfrutar del mismo.

El anciano Solar del Campo permanecía postrado y día a día parecía perder su lucidez mental de manera vertiginosa. No eran tantos sus años cronológicos, pero se veía como un hombre enteramente abatido y senil.

Las tres jóvenes mujeres que además de conocer su vínculo sanguíneo, se amaban entre sí, comenzaron a recobrar la confianza y la alegría que durante tanto tiempo se les había negado.

Compartían paseos por los jardines, caminaban juntas hasta las orillas del arroyo, tomaban largas conversaciones. Algunas veces Basilio y Franchesco Vincenzo las acompañaban, especialmente en los días de descanso. También realizaron un breve viaje a Buenos Aires para compartir la elección de las ropas de cama que la casa estaba necesitando.

Fue aquel precioso domingo de sol en otoño, en el momento que las tonalidades del cielo se reflejaban cobrizas en las aguas mansas del serpenteante hilo cantarino, cuando Franchesco Vincenzo sacó un envoltorio de entre sus ropas y lo ofreció a su amada.

No hubo sorpresa aunque sí mucha emoción, cuando Ana abrió el pequeño atado en tela azul y encontró dentro un minúsculo cofre de madera que contenía dos alianzas de oro.

—Ya está todo preparado para nuestra boda, *bambina*, no he de consultar la fecha, ya están apalabrados el Juez de Paz y el cura. Las anotaciones están fijadas para el 24 de abril. Solo falta que pases a tomarte las medidas y elijas tu traje de

novia. Mi madre ya estuvo haciendo los aprontes con la señora Merlina por las telas y esas cosas. Ella se ocupará también de su vestido —prosiguió—. Descuento que estarás de acuerdo conmigo.

Ana se aferró al cuello de Franchesco Vincenzo, este le rodeó la cintura y permanecieron juntos en un abrazo quieto y prolongado.

Luego se miraron largamente a los ojos y leyeron las páginas escritas en los cuadernos del alma del otro, a lo largo del tiempo. Se amaban y habían soportado tempestades y horrores que la cautividad dejaría marcada con sus huellas de fuego. Lo habían sobrevivido todo. El amor había sido insondable y profundo. Allí estaban ellos eligiéndose una vez más.

Los horrores de la guerra parecían flotar en los aires que el mundo respiraba, y ellos no eran ajenos a tanto espanto -en lo absoluto-.

Ana y María Úrsula fueron a visitar a la señora Merlina por sus trajes. En el trayecto, mientras Franchesco Vincenzo conducía el coche, María Úrsula recordaba los días de su propia boda efectuada en su lejana y amada Italia, en Santa Sofia d'Epiro. Aún conservaba entre sus recuerdos más preciados el pequeño atado que había traído dentro del baúl, entre sus enaguas. El mismo olía a flores de su tierra —recordó.

—Elegiré un diseño sencillo —pronunció Ana—. El mundo está sufriendo los escabrosos dolores de esa maldita guerra. Sé que las cosas no han de cambiar cualquiera sea mi vestido de casamiento, pero me sentiré bien conmigo... no quiero lujos...

—Me recuerdas a mí misma, querida Ana. ¿Te he contado que ya estaba vestida con un atuendo muy recargado el día de mi enlace con Franchesco? Llevaba enaguas, faldas y faldones de organza y brocados, un incómodo corsé, las mangas y los guantes se colocaban directamente sobre los brazos desnudos,

la modista y su hija hasta me habían ayudado con unas medias de seda, ¿y sabes qué? Yo no dejaba de pensar que aquello era una obscenidad, habiendo tanta gente empobrecida en la comarca, así que sin darles tiempo a proseguir con ese vestuario -encargado por mi difunta madre, que Dios la tenga en su Santa Gloria- comencé a quitarme todo y elegí de entre mis ropas, un sencillo vestido de color claro y puntillas en el cuello, rechacé el carruaje tirado por caballos que me esperaba en la puerta de la casa y montando mi caballo de andar, me lancé al galope hasta la Catedral.

Recuerdo que cuando me quité toda esa tulería, respiraba un aire nuevo, cargado de luz y perfumes, y sentí como si pinceladas de sol me envolvieran. Imagínate la sorpresa del gentío en el lugar, las niñas esperaban verme llegar vestida como una princesa o un hada de blanco, de acuerdo a lo que mi madre había contado a las vecinas, ¡pobre madre mía!, creo que ese día debieron sostenerla para que no cayera desmayada por el pasmo, al verme entrar hacia el altar vestida de manera tan humilde. Franchesco en cambio, aprobó con su mejor sonrisa mi arrojito.

—¡Vaya! ¡Qué bonita decisión, doña María Úrsula! Nunca me lo había contado ni tampoco lo hubiera imaginado, pero en verdad creo que ha sido un gesto precioso...

—Lo volvería a hacer si hoy fuera el día de mi boda. Las cosas estaban muy mal para la gente de mi pueblo por entonces y han ido para peor, ahora la guerra... no sé qué quedará de la que fue mi casa paterna, ni de nuestro palacete, debimos dejar todas nuestras posesiones sin volver la vista atrás. Lo que teníamos eran propiedades materiales, pero no había alimentos, ya no quedaban ni una papa, ni una porción de zapallo, la noche que Franchesco decidió partir. Y yo, con el alma acongojada y rota asentí. El niño, tu futuro esposo Ana, *mío Franchesco Vincenzo*, parecía darse cuenta de lo que

nos pasaba, pues en aquella pobrísima cena, no cesaba de llorar.

No te imaginas cuán duro fue despedirme de mi madre. Extendió sus brazos hacia mí la última vez que estuvimos juntas, cuando nos despedimos en el puerto atestado de gente, hasta que un empujón de otros que también se despedían de los suyos nos separó para siempre.

A mi madre pude divisarla entre la multitud cuando subimos a cubierta. La vi saludar con su pañuelo blanco. No sé si ella logró verme entre el gentío —expresó doña María Úrsula sintiendo sus lágrimas rodar por la cara después de aquel doloroso recuerdo.

Ana le tomó una mano afectuosamente y le ofreció su pañuelito bordado con hilos de seda.

La señora Merlina las hizo pasar a la sala de costuras. Varios *manequen* de hierro tenían vestidos semiacabados, tomados con hilván o alfileres. La máquina Singer se encontraba junto a una ventana con buena iluminación natural, luz que se reforzaba o mejoraba con un farol de combustión, ubicado en una mesa ubicada junto a la máquina. Esta contaba con su propia mesa de madera, apoyada sobre patas de hierro -muy elaboradas y trabajadas-, y por debajo se encontraban los pedales (las mismas fueron inventadas durante la primera revolución industrial para mejorar la producción y disminuir la cantidad de trabajo manual en las empresas textiles).

Ana y María Úrsula estuvieron viendo fotos y diseños y realizaron las consultas acerca de las telas y detalles de la confección. La costurera les tomó las medidas, hizo sus anotaciones, intercambiaron ideas y sugerencias y quedaron de acuerdo para volver la siguiente semana a medirse. La señora Merlina contaba con un muestrario de telas y se encargaría de hacer el encargo.

Ana se decidió por una organza bordada en plumetí, de color blanco, que iría cocido sobre tela firme también en color

blanco. El traje era de corte recto y sencillo, y llegaba hasta los tobillos. Para resaltar delicadamente la extrema sencillez del atuendo, la costurera sugirió hacer un ruedo de puntillas al tono y agregar el mismo detalle sobre el cuello y las mangas.

María Úrsula se decidió por una seda en color celeste muy suave. Dado que esta manifestó su deseo de no opacar la sencillez en el ajuar de la novia, dejó a criterio de la señora Merlina los detalles de su propio vestido. Acordaron que el mismo caería suavemente y tendría unos pliegues a la altura de la cadera, los cuales acabarían en un lazo a uno de los lados.

Tal lo acordado volvieron una semana después y la costurera dedicó tiempo y esmero en las pruebas. Ambas mujeres pudieron imaginar sus vestidos hermosamente confeccionados por aquellas hábiles manos, que con ayuda de alfileres fue haciendo los ajustes finales.

El día del casamiento se presentó tormentoso, con un gris uniforme cubriendo los cielos en el completo e infinito horizonte.

Al levantarse esa mañana, María del Pilar recorrió el cortinado de su ventanal y se entristeció al ver que el sol no asomaba en el día de boda de su amada hija del alma y las entrañas.

—*Que no sea un mal presagio* —rogó.

Cándida por su parte casi no había dormido la noche anterior. Junto a Basilio se habían ocupado de ayudar con los aprontes de la comilona, ella en la cocina y él con los asadores. Poco importaba si había sol o lluvia. Ana y Franchesco Vincenzo al fin cumplirían su destino largamente postergado contra sus voluntades.

La familia Di Mastro Pietro también se sentía con ánimos festivos desde los días previos y esa madrugada amanecieron dando rondas de mates y pasteles, con invitados y vecinos que llegaban para acercar sus obsequios y saludos.

Ana tenía preparados un tocado y un ramo de perlas, ostia y nácar, pero al ver las dalias blancas del jardín no pudo refrenar su impulso de armar un ramo de flores naturales, una absoluta originalidad para la época, pero no por eso un impedimento, para aquella alma libre e impetuosa.

Aspiró las flores y su mente divagó por praderas de nubes y lejanos paisajes que nunca había conocido pero que a través de sus lecturas, en libros de poemas y cuentos, lograba imaginar o fantasear.

Se vio envuelta en los brazos de Franchesco Vincenzo, elevándose juntos en una espiral de perfumes y estrellas, con música de ángeles rodeando su vuelo en estelas brillantes.

A las siete de la tarde sonaron fuertemente los campanarios de la pequeña capilla. Toda la vecindad se encontraba congregada con sus mejores galas para atestiguar las nupcias de dos queridos y apreciados jóvenes del lugar.

La primera y muy agradable sorpresa la había dado el sol, que a las cuatro de la tarde había vencido a la tormenta, despejando de los cielos las paletas de los grises y pintando en su lugar, el firmamento, con acuarelas azules, diamantinas y transparentes.

Al entrar la novia del brazo de su futuro suegro, don Franchesco Di Mastro Pietro, muy elegantemente vestido con un traje mil rayas en negro y azulino, como lo había usado en el día de su propia boda, en la lejana Italia, y llevando como entonces un pañuelo blanco doblado en el bolsillo superior de su saco, enorme fue la sorpresa de Ana al ver al propio Obispo Uriel, muy anciano y con su más amplia y bonita sonrisa, oficiando como sacerdote principal de la ceremonia, aunque acompañado por el Cura del pueblo, junto a los niños monaguillos vestidos de blanco inmaculado, con enormes puntillones en las mangas de sus albas.

El viejo Obispo estaba cumpliendo su promesa:

—*Yo mismo me ocuparé de bendecir el matrimonio. Ana no tiene vocación religiosa. Deje que cumpla su destino: casarse con el muchacho que ama y tener muchos hijos tal su voluntad expresa* —le había manifestado a don Joaquín Solar del Campo.

Embriagados por hondas emociones, el Ave María que emanaba de los finos dedos de la joven pianista, la señorita Trinidad y de la voz de la señorita Lola —quien había perdido las esperanzas de que alguien la cantara para ella porque los años se le estaban pasando y nadie la había pedido en compromiso— invadió los espacios y rincones del templo y las almas allí congregadas.

Ana y Franchesco -su futuro suegro- avanzaban un paso y se detenían, andaban otro paso y nuevamente suspendían la marcha y así sucesivamente fueron llegando hasta el altar, tal la costumbre ceremonial de entonces.

El Obispo Uriel realizó una ceremonia cálida y aunque la misa fue dicha en latín, la acogida, los gestos y la expresión de su rostro llegaron a los novios con una indubitable carga de afectividad y gozo.

Tras la solemne ceremonia sobrevinieron los festejos en los jardines de la casona donde Ana había pasado toda su vida. Donde ella misma fue concebida y gestada.

Hubo empanadas de carne, entrada de fiambres y ensalada rusa, costillares vacunos asados y ensaladas varias, tanto como salsa criolla, todo bien regado por vinos y jugos de frutas.

Después del Vals Vienés prosiguieron las danzas criollas e italianas, dando colorido y espíritu festivo a las celebraciones.

Para el momento del corte de la torta de bodas, las mujeres solteras se apresuraron a rodear la misma, a fin de elegir y tirar una delicada cinta blanca. Tales tiras de seda estaban introducidas en la torre de la misma y en su extremo, oculto

en el interior del pastel, contenían un dije cada una, entre las cuales, una de ellas poseía una fina alianza de oro.

La ilusión de obtener ese trofeo conllevaba la fantasía de ser la próxima desposada.

Ana y Franchesco Vincenzo sostuvieron la torta para impedir que la misma se cayera a pedazos tras aquel ritual de doncellas, mirándose con gestos divertidos y amorosos.

Tras servirse el pastel, los invitados brindaron por la felicidad de los novios, con sinceras intenciones, dado que todos conocían las penurias que había soportado aquel par de almas.

Transcurridos dos años de aquella celebración Ana confirmó a su esposo que su primer retoño estaba en camino.

Ana daba clases gratuitas a los hijos de los peones dos tardes a la semana para reforzar las enseñanzas que les impartían a los niños en la escuelita rural. Siempre los estimulaba para que leyeran todo material que pudiera llegar a sus pequeñas y curtidas manecitas, dado que muchos niños también realizaban tareas rurales junto a sus padres.

Una vez al mes Ana compraba algunos libros que los niños intercambiaban al término de su lectura, con notable apetito, dado que el estímulo que ella les iba inculcando les reportaba un genuino y cierto interés.

Al cabo de un año, una de las salas de la casona se había convertido en una biblioteca comunitaria, a la que llamaron El Martín Fierro.

Aunque ya había nacido el pequeño Martín, Ana seguía dedicando parte de su tiempo a esa actividad que le enriquecía el espíritu.

—¿Eres feliz? —le preguntó Franchesco Vincenzo un medio día, mientras ella mordisqueaba distraída una manzana.

—Tal vez —respondió Ana— y antes de darse cuenta la manzana ya no estaba en sus manos.

Se quedó observando un punto fijo en el horizonte. Un árbol desnudo alzaba sus ramas penetrando las infinitas y pronunciadas neblinas de aquel cielo gris de invierno. Pequeñas partículas de humedad formaban gotas que se deslizaban lentamente por los cristales del ventanal. Ana recorrió el cortinado y vio pasar por su mente el campanario del convento, el huerto de las cicutas, las dalias del ramo, los libros en manos de los niños, las pinturas y bocetos en sus cuadernos, el piano de la capilla.

Una bandada de patos cruzó la nada en la distancia, graznando y aleteando su vuelo hacia los pajonales.

La voz de Franchesco Vincenzo la volvió al presente. Rodeó su cintura en un abrazo suave. Otro hijo se estaba gestando en su vientre.

—Tengo sueño —pronunció—. Me recostaré un rato. Más tarde vendrán los niños. Les contaré un cuento.

En la quietud de su alcoba dio vueltas en la cama. Las sábanas se escapaban y escurrían como aves. Cuando creía que soñaba, le pareció que la habitación se iluminaba con estrellas que caían lentas, brillantes, titilando luces de oro. *Soy feliz*, se respondió.

Epílogo

Al morir el antiguo patrón, los padres de Perla y otros trabajadores fueron despedidos por los albedríos y caprichos de Mercedes. Pero aguzando su sadismo y odio, ordenó que la joven hija de Perla, Cándida, quedara a su servicio.

La familia juntó sus ahorros y alcanzó a pagar los pasajes de los tres, hasta la provincia de Mendoza, donde trabajaron en los viñedos de don Juan Canadé.

Perla seguía amando a Joaquín Solar del Campo en silencio, resignando su destino al duro trabajo de días agobiantes bajo soles de fuego y noches de soledad, lágrimas y recuerdos.

Enviaba cartas dirigidas a su amada hija Cándida una vez al mes, las cuales llegaban a la casilla de correo de la familia Di Mastro Pietro en Pergamino.

Con el paso de los años conoció a un representante de la firma Codini Bertoglio, que tenía oficinas en Rosario y visitaba la finca vitivinícola de manera semestral.

Don Juan Canadé había descubierto las condiciones especiales que Perla poseía para la tarea de secretaria (trabajo infrecuente por aquellos años para una mujer) y la había puesto al frente de sus oficinas en la ciudad. El trato comercial, afable y correcto entre ambos, fue dando lugar a un nuevo sentimiento que los llevó a contraer matrimonio cuando ella contaba con 50 años de edad.

Perla volvió a ver a su hija Cándida el día que esta contrajo enlace con Basilio Díaz.

El abrazo entre ambas fue tan intenso frente a la capilla, que un jazmín que se encontraba florecido en el jardín, no dejó de ofrecer sus perfumados pimpollos aunque fuera otoño o invierno. Los lugareños lo atribuyeron a la fuerza del amor liberada ese día entre las dos mujeres.

Habían transcurrido casi el total de sus años separadas.

El cuento que Ana leyó a los niños aquella tarde:

El caballero del paraguas.

En la noche cerrada y oscura, bajo un cielo plomizo que amenazaba caer como una cortina de aguas pesadas sobre el angosto callejón de piedras, la dama oyó el traqueteo del carro que se acercaba. Los cascos de los caballos resonaban como golpes veloces y continuos, que se aceleraban a medida que avanzaban hacia la mansión.

La servidumbre ya se había retirado a descansar y el esposo ahogaba sus furias en la sala de los licores.

Ella permanecía quieta y queda, conteniendo la respiración, junto al cortinado del ventanal, en la penumbra de la noche, mientras las luces de un candil encendido al final del pasillo languidecían como lenguas sedientas y mortecinas, dibujando raras sombras en la sala.

Estrujaba entre sus manos un pañuelito blanco, bordado con puntillas a los lados, y se sobresaltó cuando la luz de un relámpago pareció encender con destellos de fuego, los parques y el jardín.

Creyó escuchar la voz del esposo bramando algún insulto rabioso y oyó el estrépito causado por una copa de cristal arrojada contra un mueble. Rezó porque el hombre quedara prontamente dormido. Sabía que los efectos del alcohol tardaban en apagar su excitación y por el contrario, aunque obnubilaban sus sentidos, no lo vencían fácilmente.

Ensordecida por un trueno, acalló su propio grito, tapando su boca con el pañuelito, mientras sus ojos exorbitados buscaban en medio de la noche lo que tanto anhelaba ver. Agudizó sus oídos para poder calcular la distancia... El caballero del paraguas descendió del carruaje, justo a tiempo.

Autora: María del Pilar Solar del Campo.

Entre la peonada, en *La Perla de los Solar*, se encontraba El Indio. Lo apodaban así por su pertenencia a la comunidad Mapuche. Había llegado montando su caballo una mañana de primavera para pedir *conchabo*.

Venía de la provincia argentina de Río Negro, ubicada en la Patagonia. Las condiciones de pobreza que soportaba su pueblo eran el motivo por el cual se había lanzado a buscar oportunidades de trabajo en la provincia de Buenos Aires, después de atravesar el desierto sobre el lomo del equino.

La primera vez que cruzaron sus miradas, María del Pilar y El Indio, sellaron un pacto de amor callado. Ambos se sintieron fuertemente impresionados, el uno por el otro, sin más explicación que el lenguaje silencioso de aquellos ojos negros, profundos y mansos en el rostro del hombre, y los verdes, transparentes y entristecidos de la hermosa mujer.

Una tarde que El Indio presentaba altas fiebres, fue María del Pilar, quien acompañando a doña Clementina, la anciana cocinera, le aplicó compresas frescas sobre la frente para ayudar a bajar la temperatura corporal.

Si bien no intercambiaron palabras entre ellos, El Indio pudo escuchar por primera vez la melodiosa y suave voz de María del Pilar.

A ella, la cercanía del hombre postrado en el catre, le produjo un sentimiento de ternura indescriptible, y cierta urgencia por verlo restablecido y vigoroso como era habitual.

Don Joaquín Solar del Campo alcanzó a despertar bañado en transpiración sobre su propio lecho, sintiendo una sed incontrolable. Cuando intentó extender una mano para tomar el vaso de su mesa de noche, distinguió una especie de horno de fuego que se le aproximaba en llamaradas ensordecedoras como truenos y arremolinadas como brujas de garras feroces. Abrió desmedidamente sus ojos e intentó lanzar un grito, al tiempo que las llamas lo envolvieron completamente y un trozo de madera se desprendió del techo, cayendo pesadamente sobre él.

María del Pilar despertó en medio de una gritería. El olor era penetrante. El humo invadía la sala dormitorio. Alcanzó a darse cuenta que dos brazos fuertes alcanzaban a levantarla, mientras las llamas de un voraz incendio se llevaban todo a su paso. Antes de desvanecerse por completo alcanzó a descubrir las facciones de su salvador. *El Indio*, pensó.

Cuando se recuperó de los gases que había inhalado, las cenizas cubrían la superficie de la gran casona, hierros retorcidos y algunas paredes humeantes era todo lo que quedaba.

—¿Te encuentras bien María del Pilar? Bebe por favor —ofreció Cándida.

—Mi padre... —balbuceó

—No hay nada que se pueda hacer por él —adujo El Indio.

Días después, María del Pilar se dirigió a los corrales donde sabía que solía trabajar el muchacho, para agradecerle ella misma en persona, por haberla rescatado del fuego.

El hombre se limpió las manos con sus ropas y extendió la derecha para responder el cortés saludo que ella le ofrecía. Tomó la blanca mano y depositó un beso suave en ella.

—Me llamo Aukan Ñankepan señorita, aunque todos me dicen El Indio. Mi nombre significa guerrero... pero no me gustan las guerras —al tiempo de decir esas palabras miró

fijamente a María del Pilar, que aún se sentía afectada y embriagada ante el delicado gesto del Indio.

A partir de ese día los encuentros entre ellos se fueron dando de manera natural y sin darse cuenta se encontraban paseando y conversando al aire libre, junto al arroyo o entre los rosadales que no habían sido arrasados por el fuego.

Las empleadas de la que fuera la antigua mansión consumida por las llamas, habían buscado ubicación como domésticas en otras estancias de la región y sólo quedaban en *La Perla de los Solar*, María del Pilar y la cocinera, habitando una rústica y pequeña construcción que siempre había estado abandonada.

Un año más tarde, María del Pilar y El Indio se casaron bajo la Ley Civil Argentina y la religión cristiana. Luego lo harían bajo los rituales Mapuches, conforme las creencias de cada uno.

Se radicaron en la Patagonia Argentina, en Ñorquinco, Río Negro, de donde él era oriundo, estableciéndose en medio de las montañas.

El viaje al sur continental lo hicieron sobre el lomo del caballo. Ella viajó sentada a mujeriegas todo el camino, es decir, de costado, con las piernas colocadas a un lado del animal. Eso significó que la travesía durara largos meses, porque la mayoría de los días el trayecto se hizo a paso lento.

Por las noches levantaban toldos o refugios, encendían pequeñas fogatas para asar la carne y hervir el agua. Se alimentaban con pequeños animales que El Indio cazaba y lavaban sus ropas en los escasos arroyos o ríos que cruzaban sus caminos.

Al lado del Indio ella se sentía segura y protegida. Las paredes de la mansión donde había nacido nunca fueron un refugio seguro. Las peores pesadillas las había vivido sobre

una cama de buena madera, vestida con sábanas bordadas, y rodeada de toda clase de objetos costosos y ropas de lujo.

Cuando arribaron a su destino, tras dejar el desierto, el magnífico espectáculo que fue ofreciendo a su paso la majestuosa naturaleza, dejó extasiada de asombro a María del Pilar. Abrió los brazos extendiéndolos al mundo, giró sobre sus pasos tomando posesión de aquella naturaleza maravillosa que invitaba a los sentidos a un goce de plenitud infinita. Las montañas imponentes vestidas de nieves eternas en sus picos, la extensión insondable de todos los verdes en los densos bosques de lengas, cipreses y arrayanes, las praderas pobladas de flores que se multiplicaban hasta la cima de los cerros, los helechos y las lianas enredadas por doquier, eran regalos supremos, que ella así interpretaba con cada respiro. La belleza inconmensurable del contraste entre el azul profundo de los lagos helados y el pétreo esmeralda de las escarpadas elevaciones no cesaba de fascinarla y encantarla.

—Nunca imaginé que pudiera existir semejante paraíso, amor mío. Gracias por invitarme a vivir en la tierra de tus ancestros.

—La tierra no nos pertenece, María del Pilar, sólo nos ofrece sus frutos para vivir en equilibrio y armonía... ella es sagrada. Es la madre de todas las madres...

Los largos períodos del invierno los obligaban a refugiarse entre los leños que juntaban durante los meses estivales dentro de una pequeña cabaña de madera que levantaron juntos, integrando las arquitecturas de los pueblos blancos y el pueblo Mapuche.

Con las primeras nieves del invierno María del Pilar retomó su pasión por la escritura, atesorando relatos que luego volcaría en un libro al que tituló *De mieles y espantos*.

Entre sus páginas finales se podía leer el siguiente escrito, en el cual logró sintetizar sus fantasías:

Candilejas, para un bello amanecer...

Las encendió una a una, las vio esparcir sus luces tenues, diminutas e inquietas... La oscuridad comenzaba a pintar un cuadro de color púrpura en los rincones del salón y un sol anaranjado se escondía en el imperecedero semicírculo que separa el mundo en días y noches, lejos, en el horizonte infinito.

La figura espectral se hizo presente.

Sus ojos ni siquiera se turbaron, por el contrario, la esperaba.

Vestida de blanco y descalza, andando a escasos centímetros sobre el suelo, encima del aire o de la nada, la bella figura se acercó, mientras sus vestiduras se tornaban transparentes, moviéndose en delicadas ondas imprecisas.

Entre candilejas encendidas ella recobraba la vida y su amante lo sabía.

La esperaba en cada luna nueva. Se había marchado en un bello anochecer de luna llena y regresaba eternamente, para intentar prolongar aquel último abrazo...

Mientras la noche transcurría, él desnudaba su alma, sólo para abrazarla un efímero instante, justo un momento antes del alba, con la primera gota del rocío.

Al apagar los candiles, el vaho perfumado de aceites milenarios invadía el ambiente y ambos se abrazaban.

Por las tardes se los veía caminar tomados de la mano, junto al arroyo serpenteante salpicado de margaritas blancas.

María del Pilar conoció las mieles de un profundo y exquisito amor, en los brazos y la compañía de ese hombre sensible y calmo, que sabía hablar un lenguaje ancestral con sus dioses, la Luna y el Sol.

El Indio usaba las hierbas y raíces de la madre tierra de manera sabia, para curar sus enfermedades y las de sus animales.

Cándida y Basilio se mudaron a la casita de sus sueños, en las afueras de Chacabuco, en la provincia de Buenos Aires. Poseía un precioso tejado a dos aguas, que Basilio había construido con sacrificio en las chacras que adquirió en los años de desesperada soledad, aquellos en los que el nombre de Cándida parecía languidecer en medio de una bruma inextinguible y que al mismo tiempo se avivaba en cada amanecer y en cada noche, negando el derecho al exilio y el olvido del nombre amado.

El primer hijo les nació cuando ella cumplió los 47 años de edad. Y vinieron dos niños más. Los brazos de los abuelos de Basilio fueron cálidos nidos, para abrazar con sus casi 90 años de esperanzas, dolores e ilusiones, esos pequeños retoños junto a sus corazones.

Ana y Franchesco Vincenzo levantaron su casa en los terrenos de los Di Mastro Pietro, alegrando con esa decisión las vidas de los padres del muchacho, que sabían de grandes lazos familiares y mesas bulliciosas, conforme las costumbres traídas de la lejana y amada Italia.

De lo que otrora fuera un palacete en *La Perla de los Solar* nada quedó, sólo praderas con olor a hierbas y a pinos, que durante mucho tiempo vieron crecer madre selvas, pastizales, henos y arbustos enmarañados, en estado de total abandono.

Y las ruinas de un antiguo esplendor, que no alcanzó para redimir con su encanto, los tormentos de las sucesoras, de cicutas y rosas.

Ana, amore mío, con tu muerte también ha muerto una parte de mí. La vida se ha ensañado en quitarte de mi lado y al fin lo ha conseguido. Un amor como el nuestro no podía ser real para este mundo. Todo lo que tenía para darte ahora

es como un polvo árido en mis manos. De nada sirve, lo levanto una y otra vez del suelo sin poder sembrar en él una semilla. El viento lo alza y lo lleva a cualquier parte y nada, ni la menor simiente permanece, ni florece, ni da fruto en él. Ningún verdor le germina. Todo expira en esta tierra vana.

Hubiera deseado alcanzar junto a ti los años mansos de una larga vida.

Sólo queda una rosa blanca en mi mesa de noche, ya marchita, y en ella me aferro al recuerdo de tu nombre.

Perdóname por todo lo que no pude darte. Plantaré un manzano en tu memoria, en medio del jardín.

Por siempre enamorado.

Francesco Vincenzo

Una gruesa lágrima perlada se deslizaba silenciosa por el rostro de Ana. Se enjugó la lágrima con el puño de la blusa. Acababa de leer la epístola de lejana data, estampada en un papel amarillento, con varios dobleces -del tiempo en que la dio por muerta- escondido en el fondo de un cajón, entre otras pertenencias que atesoraba su esposo. Al lado del sentido mensaje, descansaba una rosa marchita y aplastada, que parecía deshojarse tan solo con una mirada.

Cuando Francesco Vincenzo entró en la habitación, ella se colgó de su cuello y guardó el escrito en el bolsillo de su delantal.

Se tomaron de la mano y ella se encaminó hacia el manzano que estaba cargado de frutas.

—¿Por qué tenemos un manzano en medio del jardín querido esposo? —inquirió Ana.

—¿De verdad quieres saberlo?

Sobrevino un silencio fugaz, se miraron por un momento a los ojos y ninguno agregó nada. Apretaron fuertemente sus

manos y vieron a los niños correteando por el parque, junto a sus amados perros.

Las rosas de los jardines perfumaban el lugar. Lejos, en el Convento de Nuestra Señora del Huerto, escondida entre las rosadas madre selvas, una cicuta rebelde parecía retoñar.

Nota de la autora: *Ninguna patología justifica la violencia machista.*

Índice

A modo de Prólogo	7
Capítulo I. Tras los muros	9
Capítulo II. La misiva italiana	19
Capítulo III. Encierro y abusos	27
Capítulo IV. Té de cicuta	41
Capítulo V. La luz de la verdad	53
Capítulo VI. Cuéntame un cuento, madre.	69
Capítulo VII. María del Pilar. Remembranzas.	77
Capítulo VIII. Basilio Díaz. Lluvias de otoño	87
Capítulo IX. Perla Álvarez	101
Capítulo X. Bodas y nacimientos	121
Capítulo XI. Aires de libertad	131
Capítulo XII. Buenos Aires. Ana y F. Vincenzo	141
Capítulo XIII. Las sucesoras	147
Capítulo XIV. Las nupcias de Ana y F. Vincenzo	157
Epílogo	167

Este libro se terminó de imprimir
en el mes de octubre de 2019 en los talleres
gráficos de La Imprenta Digital SRL,
Buenos Aires, Argentina.
www.laimprentadigital.com.ar